



AL BALCÓN

CARMEN DE BURGOS

AL BALCÓN

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

ORIGINALES

Cuentos de Colombine.—Tres pesetas.

Los inadaptados (novela).—Tres pesetas.

La voz de los muertos.—Una peseta.

Cartas sin destinatario (impresiones de viaje).—Una peseta.

En la guerra (novelas).—Una peseta.

Giacomo Leopardi (Su vida y sus obras).—Dos tomos en 4.º:
Seis pesetas.

La mujer en España (Conferencia dada en la Asociación de la
Prensa de Roma, 1906).—Una peseta.

TRADUCIDAS

Los evangelios y la segunda generación cristiana (Renán).—
Dos tomos: Dos pesetas.

La Iglesia cristiana (Renán).—Dos tomos: Dos pesetas.

La inferioridad mental de la mujer (Moebius).—Una peseta.

La guerra ruso-japonesa (Tolstoi).—Una peseta.

Dáfnis y Cloe (Longo).—Una peseta.

Diez y seis años en Siberia (L. Deutsch).—Dos tomos: Dos ptas.

El rey sin corona (F. de Bouhélier).—Una peseta.

Las piedras de Venecia (Ruskin).—Dos tomos: Dos pesetas.

Las siete lámparas de la Arquitectura (Ruskin).—Una peseta.

Las mañanas en Florencia (Ruskin).—Una peseta.

ARREGLOS

Modelos de cartas.—Una peseta.

La cocina moderna.—Una peseta.

Arte de saber vivir.—Una peseta.

Salud y belleza.—Una peseta.

Las artes de la mujer.—Una peseta.

La mujer en el hogar.—Una peseta.

Vademécum femenino.—Una peseta.

El arte de ser amada.—Una peseta.

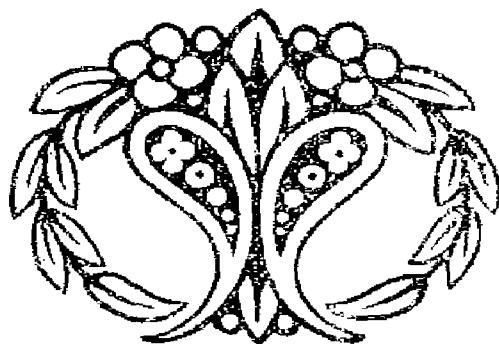
Arte de la elegancia.—Una peseta.

El tocador práctico.—Una peseta.

La mujer jardinero.—Una peseta.

Carmen de Burgos

AL BALCÓN



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la International de Buenos Aires de 1910.

Sav. 96751

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	V
AUTOBIOGRAFÍA	VII
Misión suprema.	15
Miniaturas de la moda.	19
La vuelta á Goya.	22
Tema delicado.	25
Amor de emperatriz y odio de emperador	28
Oyendo á la infanta Eulalia.	32
Las porcelanas.	38
Las mujeres y la literatura.	40
Las fumadoras.	46
Las españolas en América.	49
Los españoles en París.	52
El Ministro de la moda.	56
Los brazos de las Venus.	59
Engaños de información.	64
La elegancia de las manos.	68
Esposas de presidentes.	71
Cincuenta años de teatro..	77
Mujer fuerte.	81
Las encantadoras.	84
Sin acuerdo.	87
Beethoven y las mujeres..	91
Colombine y Pierrot.	95
La popularidad femenina.	100
La ladrona (cuento).	104
Las admiradoras de Rousseau.	110
Las mujeres de Sudermann..	113
El feminismo de Benot.	116
Las periodistas... de la Puerta del Sol.	119

	<u>Págs.</u>
Mad. Catulle Mendés.	123
El Napoleón inédito.	128
La danza del oso.	130
Contrastes	133
Las mujeres de Mæterlinck.	136
Hablando con Georgette Leblanc.	139
La influencia persa.	144
Cuestión internacional.	147
Inconsecuencias de la gloria.	151
Presentimiento de muerte.	154
Danzas de arte.	158
Leyendas y tesoros..	162
El 3.330.	166
Los nuevos bailes rusos.	169
Grandes coquetas.	172
Trouville y Deauville.	175
La elegía de las faldas..	178
Desde Melilla..	181
¡Guerra á la guerra!	200
Por los israelitas.	206
Los árbitros de la moda.	210
Los cuadros del Greco..	213
En el último capítulo.	219
Catalina Sforza y sus recetas.	223
La ciudad de los Cristos.	226
Las mujeres en la vida de Jesús.	230
La hermosafea.	236
Jorge Sand.	239
La viuda de Wágner.	243
La originalidad.	246
Leonardo de Vinci y su obra.	248
Teresa.	255
La belleza del gesto.	259
Cristo en la cruz.	262
La viuda de Zorrilla.	267

DEDICATORIA

A D. Francisco Sempere.

Una labor de muchos años en su Casa; una constante correspondencia con usted; el haberle mostrado el esfuerzo esparcido en otros ámbitos, en otras empresas y en otras imprenias; el saber que los libros que usted tan bien me edita se venden también, todo eso me da hoy una desenvoltura que me consiente volver á la sencillez que yo deseaba, para poderle ofrecer un libro con una dedicatoria, ni equívoca ni complicada, homenaje al espíritu inteligente, lleno de transigencia y de convencido y ejemplar liberalismo que hay en usted.

He aquí el libro. Son cosas distintas, lejanas entre sí; escogidas al acaso, no sólo entre las últimas del Heraldo, sino de A B C, de Diario Universal y de La Correspondencia de España, en aquellas distintas épocas en que fui redactora de unos y de otros.

Tal vez por eso este libro podrá parecerles á algunos algo inconsistente y pasajero, pero yo que lo sé á ciencia cierta y que me he sentido periodista tan fervorosamente, le digo á usted, y por eso se lo dedico, que este es el libro que revela lo que ha sido más constante en mí; lo que ha sido el almanaque entrañable y asiduo de mi vida; lo que, aunque no me sobreviva, me ha hecho vivir; lo que es la unidad profesional de mi vida: tienen todos estos trabajos adherida la anécdota del día siguiente á su

publicación; esa anécdota que alarga y apasiona su vida; esas anécdotas que me parece haberle contado á usted ya: la de aquel que por denunciar la venta insospechable de los cuadros del Greco en Toledo me valió la persecución del obispo de Jaca y dió lugar á interpelaciones en el Senado y en el Congreso; la de aquel otro al que dió razón el tiempo, como el que hice sobre la monarquía de Portugal; el artículo sobre el descubridor Isaac Peral, que tal vez me enemistó con la familia y trajo á mi casa, en visita callada y conmovedora, á un sepulturero, que según escribí cuidaba flores en la tumba del sabio y que vino á decirme que lo hacía por la admiración que sentía por los grandes hombres, aunque era un sepulturero; aquel otro sobre la Teresa de Espronceda, que dió lugar á la visita de un caballero enlutado al director del periódico por haber entregado al público el único retrato de la muerta, y así las anécdotas de tantos otros más, que si la cuartilla de una dedicatoria lo permitiese sería curioso contar, sobre todo en aquellas que se refieren á las polémicas apasionadas que despertaron los artículos con que traté de alegrar á los que tienen hambre de justicia ó de pan. ;Mis mejores artículos!

Acéptelo usted por todo esto, en la confianza y en la sinceridad.

CARMEN DE BURGOS.

AUTOBIOGRAFÍA

Prólogo á la autobiografía

Es esta autobiografía anterior á no sé qué tiempo de mis tiempos, ni á qué moda. (¡Bueno sería que se rompiesse el retrato en que se salió mejor de cara porque las mangas no sean ya las de farol que se usaron entonces!)

En esta autobiografía han salido bien mis ojos, y en ella tengo el talante fresco y sencillo de por las mañanas, cuando después de bañarme miro qué día hace. Tiene la sinceridad y el solecillo de esa hora; no he querido corregirla en recuerdo de aquella fecha de franqueza tan clara y de tan buen humor. Estoy sin sombrero, y no en traje de calle, sino en bata, con otro peinado distinto del de ahora; pero sin embargo reconozco que es el retrato que más se me parece. ¿Que si no me han faltado inquietudes tanto cuando la escribí como ahora? Claro está. Pero siempre al dar un retrato hay esas inquietudes; nunca es el que debe ser; nos define demasiado de una manera, nos limita; parece que no nos permitirá ser diferentes ni tener otra juventud distinta é insabida.

Pero sin embargo, ¿por qué hacer traición á mis puerilidades si de ella está hecha la vida de que he de morir?

Después de esta autobiografía nuevos y numerosos libros han visto la luz; he hecho distintos viajes; pero al mirarme en el espejo en las horas íntimas he vuelto á ver reverdecido ese entusiasmo de antes, esa suma modesta de cosas, esa candidez plácida y crédula, y sobre todo mi rebeldía de siempre, haciéndome dichosa, llenándome de buena fortuna, llenándome de independencia y creando alrededor de mi casa más bosque.

Y no digo más en la nota preliminar de esta autobiografía, porque eso sería corregir un retrato, cuya espontaneidad es

incorregible, y al que la corrección sólo conseguiría endurecer las facciones comprometiendo todo el conjunto. Además, ¿para qué? En lo que se hace no entra la idea de uno mismo, se cuenta con elementos invisibles indecibles cuya fuente no se sabe, y se escribe olvidándonos de nosotros mismos hasta llegar llenos de desinterés á eliminarlos, porque quizás nosotros no somos¹ ninguna autobiografía personal y reducida, sino una biografía del mundo y sus mundanidades.

* * *

Mi amigo y director:

La disciplina de la redactora y los deberes de la amistad me imponen hoy el deber de escribir estas líneas.

Yo he creido siempre la confesión basada en la necesidad natural que sentimos de exteriorizar las cosas que nos atormentan el espíritu, esa necesidad que nos impulsa á desgarrarnos el alma y verterla sobre el papel, y que ha dado origen á todas las obras de arte. Claro que no se me ha ocurrido nunca ir á contarle las exquisitezas más íntimas de mi ser á un señor vulgar é indiferente por entre la rejilla de un confesonario. Se las revelé á las personas queridas que supieron entenderlas... ó las entregué al público, bajo el disfraz de un libro. Para el escritor que es sincero, y no siéndolo no vale la pena de ser escritor, la vida no es más que una confesión á voces.

Sin embargo, tuve por un momento la tentación de tomar una pose artística, algo campanuda y pintoresca, como sabe hacerlo nuestro paisano Villaespesa; tal como quisiera ser mi fantasía; pero me acordé de usted que espera lealtad de mi pluma, y venció la amistad. Yo tengo el vicio de la amistad: que no es de los que se suelen pagar menos caros.

Mi vida es sencilla ó compleja, según se la quiera considerar. No hay en ella escenas emocionantes ni hechos melodramáticos dignos de ocupar la curiosidad del público. Mi vida se deslizó dentro de mí, y todas sus complicaciones nacieron en mi espíritu... Ha variado de fases muchas veces—tantas, que me parece haber vivido en muchas generaciones diferentes—. Y yo también he cambiado de ideas... de sentimientos... ¡Qué sé yo!... Me río de la unidad del yo, porque llevo dentro muchos *yoes*: hombres, mujeres, chiquillos, viejos... Me pelearía si discutiese con alguno... pero les dejo que venza el que más pueda y haga cada uno lo que le dé la gana... ¡Todos son buenas personas!... A veces, imprudentes, demasiado confiados...

suelen obrar con ligereza y tener de qué arrepentirse... Entonces intervengo. ¡Nada de esta debilidad que nos hace estar todo el tiempo de cara al pasado, lamentándolo... nada de lágrimas... Consuelo como puedo al culpable y despierto á todos los demás para que lo aturden con sus cantos... la-la-la-la-la...

Muchas veces envidio las vidas sencillas que llevan trazado el camino... pero me dura poco. Hoy me gusta lo impensado, lo incierto; me atrae lo desconocido; el encanto del libro que no se ha leído y la partitura que no se escuchó jamás... No comprendo la existencia de las personas que se levantan todos los días á la misma hora y comen el cocido en el mismo sitio. Si yo fuera rica no tendría casa... Una maleta grande, y viajar siempre, deteniéndome en donde me agradase, huyendo de lo molesto... respirando el aroma de las cosas sin analizarlas. Eso de hacerse un palacio, con cementerio y todo, para vivir y morir en un mismo sitio, me parece que nos asemeja á los moluscos. ¡Picaro progreso, que trajo los ferrocarriles en lugar de las cómodas escobas sobre las que cruzaban el aire nuestras respetables abuelas!

He sufrido mucho... ya no me acuerdo... pero experimenté el placer del sufrimiento. No lo crea usted paradoja: tuve el placer de sentir la vida intensa vibrar, agitándome en ansias de muerte y desesperación... Otras veces se me desbordó del pecho en amor, en placer, en esperanzas... algunas en anhelos de bien y de justicia... ¿Qué más da?... Lo hermoso es sentir la vida. Por fortuna tengo una naturaleza fuerte y sana que se libró del peligro de excitar la morbosidad del dolor... Hoy (con ligeros interregnos) mi gesto favorito es el encogimiento de hombros. ¡Hay tan pocas cosas que valgan la pena de apasionarnos!

Detesto la hipocresía, y como soy independiente, libre y no quiero que me amen por cualidades que no poseo, digo siempre todo lo que siento y se me antoja. Así, los que me quieren me quieren de veras. Los que me detractan por la espalda, se quitan el sombrero delante de mí. Jamás pensé en el medro personal á costa de mi libertad ó de abjurar de mis convicciones.

¿Hechos de mi vida? Ninguno notable. *Me crié* en un lindo valle de la provincia de Almería, oculto en las últimas estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada, á la orilla del mar, frente á la costa africana. En esa tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de leyes; y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios. Allí sentí la adoración al pan-

teísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia á la mentira y los convencionalismos.

Pasé la adolescencia como hija de la Naturaleza, soñando con un libro en la mano á la orilla del mar ó cruzando á galope las montañas... Después fuí á la ciudad... y yo creía buena á la humanidad toda, vi sus pequeñeces, sus miserias... y sentí el dolor de los pesares ajenos, y lloré con los oprimidos, y envidié los mundos donde no habitan los hombres...

Podría parodiar á los héroes de Homero: «Reina en unas partes, mendiga en otras.» Fui rica y carecí de todo. Vi alejarse las gentes con la miseria, y dejarme sola cuando tuve hambre á los que me convidaban cuando nada me hacía falta. Y les vi volver otra vez con la fortuna... y les recibí con encogimiento de hombros...

Y así, sufriendo y amando... entre lágrimas y goces, se formó mi espíritu... Viajé... estudié... me adularon y me zahirieron... Hoy sólo creo en el arte y no siento amor más que por los artistas.

Encontré mucha gente buena en mi camino, almas leales que me tendieron la mano protectora, y á las que no olvidaré nunca. Si no cito aquí sus nombres es por no herir su modestia, pues, en lo que á mí toca, tengo orgullo en proclamarlos... ¡Jamás oculté los favores que recibo, los amores que siento ni los ideales á que rindo culto! Sólo á veces disimulo los desprecios con que sustituyo el odio, porque éste no pudo hasta ahora caber en mi alma.

Los fuertes escondemos en la piiedad del perdón el concep-to de inferioridad de los que nos ofenden.

¿Otra de mis vidas? La de profesora... Esta sería tan insufrible como el matrimonio y el cocido si yo no la supiera adorar de azul. ¡En todo caben ensueños! Yo pienso en las almas de mujer que con una frase puedo libertar del obscurantismo... Pienso en los corazones en que despierto el amor al arte... y en abrir todos los años la puerta de las aulas á una multitud de jovencillas, que mi severidad podría retener, para que vayan á saltar al sol sin molestarte con nuestras indigestas y vacías explicaciones. Cuando las veo delante de mí, reflexiono en que deben amar y ser amadas; en que hace sol y ellas están encerradas en el aula sombría; en que hay lindas canciones para los labios de rosa, y marchitan los suyos los problemas del Álgebra. Y las amo y quisiera gritarles: «¡Huíd de esta parodia de ciencia. Sed libres!...»; pero callo y les doy la libertad...

Mis penas como profesora son dos... la imbecilidad de gen-tes inferiores que dirigen á los que valemos más que ellos... y

haber visto un día un sitio vacío en el banco que ocupaba una pobre alumna pálida... ¡La mató la Primavera!

¿Mi vida de periodista?

Es más curiosa. Empecé por cajista de imprenta, en la que poseía mi padre político. Después escribí con las tijeras para completar un periódico satírico. Mi primer artículo mereció los honores de la crítica y la reproducción fuera de la provincia... Luego, circunstancias tristes de la vida, que pertenecen al sagrado de la familia y no quiero recordar, me impulsaron por la senda del Arte y del Trabajo. ¡Divinidades benditas que me libertaron y me dieron el consuelo! La primera vez que me llamaron *escritora* volví la cara á ver si se lo decían á otra; y me ofendí cuando me dijeron *literata*... ¡Casi me sigo ofendiendo!

En la lucha se moldeó mi espíritu... y hoy envuelvo en triste piedad creencias viejas que cayeron y sentimientos que no comprendo cómo pudieron vivir en mi alma. El olvido tiene la melancolía de las cosas que mueren. Nuestros corazones son grandes cementerios sin epitafios. No soy siquiera una amargada ni una vencida. Alcancé más que podía esperar: y si mi ánimo fuera darme *un bombo*, aprovecharía la ocasión que usted me ofrece para citar los elogios que he merecido á hombres ilustres... las amistades valiosas que me honran... los triunfos que alcancé en conferencias en España y el extranjero... las polémicas de que salí vencedora; las iniciativas en que peleé en primera fila por el bien y la justicia... las sociedades de que formo parte, y cómo mis libros pasaron triunfantes la frontera... ¿Pero qué vale todo eso para quien ha sentido como yo el dardo de la ingratitud y conoce la pequeñez de las cosas? ¡Humo que ni satisfizo mi corazón ni desvaneció mi cabeza!

El único timbre de gloria que me atrevo á invocar es no haber sido jamás elogiada por los neos y haber tenido fuerzas en mi mano para castigar sus insolencias.

Mi labor de periodista es extensa, apasionada por todas las causas nobles. En la actualidad soy redactora del *Heraldo de Madrid*, colaboro en un centenar de periódicos, y dirijo *Revista Crítica*, fundada por mí, que es la primera en tener una sección dedicada á los judíos. En sus columnas escriben con amor aquellos descendientes de los infelices que sufrieron la bárbara persecución que les arrojó de España en pasados siglos. Conmueve el amor que guardan á la ingrata tierra española; ver cómo conservan nuestro viejo romance y nos contestan con voces hermanas. Cuento con las personas más eminentes para fundar una sociedad de «Alianza Hispano-

Israelita», destinada á cumplir una misión de reparar la injusticia y estrechar los lazos fraternales. Compare usted el estado de las naciones en que viven judíos é intervienen en su gobierno, Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, con aquellas que como España padecen la plaga de los frailes.

En mi revista escriben todas las gentes de ideas progresivas y toda la juventud.

Por mi casa de Madrid pasan escritores, periodistas, músicos, escultores, pintores, poetas... y cuantos artistas americanos ó extranjeros nos visitan... No es necesario vestir de etiqueta... todos somos hermanos, todos hablamos de arte... todos son soñadores que luchan por el ideal. Yo tengo á orgullo el afecto que me demuestran, y les amo y siento con ellos entusiasmos y energías. Yo leo todos sus libros y veo todas sus obras. Jóvenes y maestros, cuantos ahora luchan, despiertan mi interés y me deleito en sus creaciones.

¿Mi labor?

He escrito muchos miles de artículos en toda la prensa del mundo; me los han traducido á todos los idiomas. Me pegaron y me elogiaron. Es decir, *se me discute*. ¡Qué honor! No se pondrán nunca de acuerdo, ni yo me inquietaré por el fallo. No tengo vanidad de escritora, y si alguno de mis compañeros la padece, le aconsejo que se haga periodista militante, vaya á las redacciones y verá cómo se nos dan los bombos... El lector puede tener la seguridad de que hemos puesto de necio y majadero por lo menos al *insigne* que elogiamos.

¿Libros? Muchas traducciones y muchos prólogos: Naquet, Moebius, Tolstoi, Renán, Darwin, Bovio y todos los hombres cuya inteligencia puede influir sobre nuestro pueblo de un modo benéfico, destruyendo las doctrinas de Loyola, han sido traducidos por mí para la importante casa editorial de Sempere, que dirige en Valencia el gran novelista Blasco Ibáñez.

Ahora empiezo mi labor seria. Permitame usted que guarde silencio acerca de todo lo que preparo. Baste decir sólo que hasta que he recibido todas las lecciones de la vida y llevo tantos años de escritora, no me he atrevido á escribir mi primera novela. Miro la novela con miedo. Es la diosa de la literatura.

¿Tendencias? Yo soy *naturalista romántica*, variable como mis *yoes*. Me gusta todo lo bello y la libertad de hacerlo sin afiliarme á escuelas.

Ya lo demuestro en los dos únicos libros que amo de todo lo que he producido: *Por Europa*, descripción de un viaje á Francia é Italia, escrito con toda sinceridad, sin pensar en el

público, diciendo cuanto pensaba, y que me atrajo odios y persecuciones de carlistas y neos, por haber pintado fielmente á Pío X, el Pontífice de los carcas, y *Cuentos de Colombine*, en los que puse mucho de mi alma, y están traducidos ya por el ilustre Naquet al francés, y también al alemán y al italiano.

Mis placeres más grandes los hallo en el Arte. Un libro de Heine, Larra ó Leopardi; una partitura de Wágner; una sonata de Beethoven. Extasiarme ante los cuadros del arte ingenuo del Beato Angélico ó de Andrea Orcagna, con la sonrisa de enigma de la *Giocconda* de Vinci y con las escuelas tan diferentes de Velázquez, Ticiano, Ribera ó el Greco. He pasado tres días contemplando la plaza del Duomo en Pisa y muchas horas ante la puerta del Baptisterio que modeló Ghiberti en Florencia.

Alguna vez sentí impulsos de arrodillarme al pie de las estatuas de Donatello, Luca della Robbia y Miguel Angel. He soñado en Pompeya y en Venecia, he sentido en Roma añoranzas de la corte de los emperadores... He evocado á Grecia ante la *Venus* de Milo... y me he aburrido en París y Montecarlo.

¿Mi pesar más intenso? ¿El que siempre va como espina molesta agarrado al corazón? Ver cómo se enseñorea la injusticia; sentir el malestar del dolor ajeno; saber que existen seres que padecen hambre... y ver á los pueblos resignados con su miseria... desconocer su fuerza... Ser esclavos en vez de hombres libres... forjar ellos mismos inconscientes las cadenas... y que el hambre, la anemia, la prostitución y la tisis imperen en las grandes ciudades cuando se pierden los frutos de la Naturaleza en las selvas vírgenes donde para todos hay aire y sol.

Los bailes de máscaras y los payasos de un circo me hacen llorar... mientras el canto de un entierro suelte traer á mis labios la sonrisa.

¿Aspiraciones?... Que sobre los cimientos de esta sociedad, arrasada, se levante la sociedad del porvenir... de hombres libres y buenos... sin más código que el espíritu de justicia grabado en sus corazones... ¿Es una utopía? Espero que no. El progreso verdadero de los pueblos está en la Ética. Nada de filosofías ni convencionalismos; leyes humanas basadas en la misma Naturaleza, amor de hermanos para todos; que los derechos individuales acaben en donde principie el dolor ajeno. Será obra de siglos... á ella va el esfuerzo de todos nosotros... Los precursores de Miguel Angel fueron los hombres que hicieron con el puño las primeras vasijas de barro... ¡No...

verlo!... ¿Qué importa, sabiendo que ha de venir?... Hay que ser buenos y leales... Vale más ser buenos que ser artistas.

Movida de piedad, hago otros trabajos en favor del divorcio, contra la pena de muerte, contra el fanatismo... que me han valido el anatema de los imbéciles.

Y esto ya se acaba. ¿A qué seguir? En mi vida familiar é intima usted me conoce. No se adivina que soy escritora, ¿verdad? Sé amar á mi hija, una preciosa gitanilla que es la mejor de mis obras, y ser alegre con los míos, atender á las labores de la mujer y entretenérme fácilmente en nimiedades que no entienden los genios. Aparte de que me gustan los cintajos y los trapos y no me suena mal algún piropo, aunque no sea literario.

Para complemento del retrato que me obliga usted á hacer: *mis caprichos*. Un dia me pongo el mantón y escandalizo á mi portera, para ir á enterarme de cómo son las casas donde duermen los golfos ó cómo viven los gitanos del barrio de las Cambroneras. Otro dia tomo un palco en el Real y escandalizo á *mis amigas con mi lujo* (podían ver que son las cuatro de la mañana y aun arde mi lámpara de trabajo). Ya tomo el tren para ver la miseria de Almadén ó para aceptar una paella con mis amigos en la Albufera valenciana, la tierra española que más amo, porque tiene pasión y rebeldía, arte y libertad; ó escapar á París á comprarme un traje.

Si quiere usted hacer el resumen de todo esto, hágalo. Yo no veo más que una amalgama de todas las cosas que forman la vida de una mujer que poco á poco fué desligándose de preocupaciones y avanza tranquila por el camino, entre lágrimas y sonrisas, sin pararse á contemplar unas ni otras... siempre de cara al sol y sin escuchar los perros que ladran á su paso... ni siquiera á los que menean, halagadores, la cola.

P. D. Así creo que soy esta noche; tal vez seré de otra manera. ¡Es tan difícil conocerse á sí mismo! Si no soy así, perdóneme el engaño, porque yo misma lo padeczo.

Otro si. Envieme las pruebas por si para entonces he cambiado de modo de pensar.

AL BALCÓN

Misión suprema

La mujer debía ser un castigo ó un premio difícil y exaltador para el hombre. La honda doctrina de esta misión debía deducirla la mujer en su soledad, mirando seriamente la entraña de los problemas, la fuente de los mares que existe en cada una inexplorada y formidable.

En las sociedades abunda un tipo de hombre mediocre que carece de fantasía, pesado, de una pereza sin gracia y con orgullo, que á muchos de ellos les hace parecer artistas por el flujo de su palabrería, pero no por sus obras. Este tipo suele conseguir á veces reputaciones ficticias, y no es raro verlo retratado en los periódicos, con esa semejanza que se halla entre todas las fotografías de pies fastuosos, tan idéntica á la de todos los Garcias, á veces tan correctos y con el aire amable de los clichés de propaganda de las píldoras Pink.

Esos hombres quieren inculcar sus ideas en la mujer, obrar sobre su inteligencia con un fraude sostenido en la intimidad en la que ella los soporta siempre, y siempre les admira, y siempre hin-

cha su vanidad; dan asilo blando á su traición, y aunque les vean las manos llenas de sangre ó de suciedades, se las lavan con abnegación y acrecientan su alma fea y ridícula para seguir exaltándola.

La mujer, por pasividad, por bobaliconería, por respeto á una tradición que la hace sumisa, se doblega servilmente y cree que su misión es la de obedecer, la de aplaudir, la de aceptarlo todo en una estúpida moliecie; sin raciocinio ni voluntad, como si su papel en el mundo fuese el de las comparsas ó la clac que ayuda al éxito de la comedia.

Así resulta que la mujer, que debía ser toda la justicia, es casi toda la injusticia, porque la perpetúa, la mimá, la sostiene con lujos y tibieza, la complica y la mezcla en una tregua alentadora, con linfatismos dulzones, que la hace más ruin y más invariable.

Sería hermoso que la mujer se decidiese á hacer valer toda su grandeza en una obra noble y firme, y en vez de creerse un falso ideal con altivez inaguantable y egoísta, se considerase como la guardadora del ideal, semejante á la caja de seda en que se guarda la copa del premio.

Deber suyo sería saber aquilatar méritos sin padecer deslumbramientos, y rechazar á esos hombres ambiguos, que creen que sólo les deben un aparte de su vida, reservando para el sórdido despacho de sus negocios, para la dudosa preparación de su porvenir, para las subterráneas conspiraciones de su política, para sus horas de convivencia con otros hombres y para sus escapatorias á la hora del trabajo equívoco, la otra inmensa parte de su ser. Admira el que estos hombres puedan sostener el interés y la incondicionalidad de una mujer.

Asumiendo el poder de la Providencia, tan distraída generalmente, encarnándolo, cuidándolo, interpretándolo en horas llenas de ritmo y de intuición, la mujer debía hacer terrible, implacable, suprema esta justicia distributiva. Ella ha de pensar, no en acrecentar su belleza, sino en acrecentar su interés de un modo que siendo común á todas sea personalísimo en cada una.

De este modo, la mujer no sería una cosa inconsistente y hasta poco real, sino algo muy firme, completador, que compensaría al hombre entendiéndole y exaltándole de un modo alto, sin monotonía, sin ese atroz silencio ahogado, sin esa falta de fantasía con que convive ahora con él.

Así, cuando veo las dominaciones, las falsedades, las torpes insinuaciones en la vida pública de hombres cuya silueta heroica es falsa, es fea y de todo punto insostenible; cuando leo las literaturas vanas y sin arraigo, no pienso en una falta de justicia (la justicia, ¿qué va á hacer si no puede tener una estrecha y eficaz vigilancia y autoridad privada?), pienso en una falta de mujeres de clara inteligencia, de gusto delicado y fino, de limpieza esmerada, para las que todo eso fuese de una repugnancia inconcebible; mujeres que plenas de inteligencia cívica y de un sentido moral cotidiano, al par de una sencilla virtud doméstica, no dejaseu aproximarse á ellas más que á hombres sinceros y dignos, prefiriendo la soledad, con esa serenidad interior y satisfacidente de las soledades, antes que la promiscuidad vergonzosa.

Mujeres de una sensibilidad tan educada, que no pudieran engañarse á sí mismas en esas complacencias que ciegan y matan todo el porvenir de todas las mujeres; mujeres llenas de la suprema aspiración que haría ecuánime la vida, y cuyo

secreto está en la entraña de la mujer, tan humana si perfecciona su humanidad. Humana hasta serlo más que el hombre, y llegando por humanidad á ser la gloria que hubiese de contener finalmente y para siempre al hombre que lograse ser supremo.

Miniaturas de la moda

La moda, con tanta ligereza tratada por los ignorantes, no es más que una importante manifestación del arte de la indumentaria, y cuando como tal se manifiesta, merece un agasajo cariñoso del estilo y de la fantasía, puesto que, como bello arte, ha de mover el corazón produciéndonos la emoción estética.

Grandes escritores, grandes novelistas, han rendido culto á la moda. Nadie como los hermanos Goncourt se ocuparon de los trajes de sus heroínas, y los escritores de gusto selecto, como Mallarmé, Mæsterlinck, Daudet, etc., entran en detalles de *toilette* que revelan observación y distinción de espíritu á que no llegan jamás los novelistas de «brocha gorda», los cuales nos roban de pronto toda la ilusión describiendo una *toilette* de sus heroínas.

Es tan agradable para el escritor como para el artífice trazar algunos modelos, esmerarse en su precisión, descubrir su inspiración, entonarlos y poderlos narrar como un bello cuento.

Hay especialmente un aspecto de la moda que se presta á esta literatura, capaz de delicadezas y de gracias esmeradas: la moda de las niñas. Es

como los cuentos de hadas en la literatura francamente novelesca y fantástica.

Un traje de una niña no admite lo borroso ni los excesos de formas de todas las decadencias de las artes plásticas. No debe jamás recargarse, porque como las niñas, con su frescura mañanera, son siempre bonitas, se las aja y se las hace cromos con el exceso de adorno y monería.

La gracia infantil necesita la ligereza de plumas que hace también infantiles á los pájaros. Está en eso su gracia y el acuerdo con su edad. Sería un error lamentable hacerles soportar el exceso y la vanidad de las madres.

Los figurines nuevos, que me inspiran estas reflexiones, vienen á demostrar que se va comprendiendo el carácter artístico de la moda. Las niñas, en ellos, tienen ese aire que los franceses denominan tan onomatopéyicamente *souple*, desnudas hasta donde la temperatura lo consiente. Desnudos castos.

Nada que haga resaltar la línea del cuerpo como en las mujeres, ningún detalle indicador; por el contrario, vestidos muy sueltos y de mucho color.

En las niñas no son ridículas las telas frescas, vivas, espléndidas de color; las telas rústicas, las decorativas que no podrían llevar las mujeres sin desentonar, porque su moral y su tono es más riguroso, pero de las que las niñas deben de conservar la tradición de tonos centelleantes, de flores primaverales, de los juegos de color más encontrados y más arbitrarios. Se puede poner en ellas toda la fantasía.

En la disposición del cuadro de la moda, la moda de las niñas representa el álbum de los apuntes pintorescos, sinceros, preciosos, impresionistas,

que, por la falta del rigor académico y convencional de las otras modas, pueden tener lucidez más commovedora.

Esta cuestión de arte en el vestir de las niñas, esta alegría y este buen gusto que debe dárles su propio vestido, compatible con la posición más modesta, ejerce una influencia notable en la formación del carácter, lo mismo para las pequeñas frívolas que rien ó lloran con la misma inconsciencia que para esas preciosas criaturas, con grandes ojos melancólicos, donde se asoma un pensamiento superior á su edad, y que nos afigen con la melancolía de las almas á cuya mayor ex-celsitud acompaña mayor grado de desdicha.

La vuelta á Goya

Es extraordinario, para el que analiza la psicología en las bellas artes, el hallazgo que hizo Goya de la mujer en toda su gracia española y castiza.

Tanto acertó con la figura entrañable que lleva en sí una raza, que se da el caso de que un siglo después de la desaparición de aquellas mujeres, lo que encanta más al pueblo y lo que lo entusiasma y le hace delirar son los parecidos, los trasuntos de él; y lo que escogen las mujeres actuales para su coquetería más irresistible es el parecido con las mujeres de Goya.

Se copia de ellas el movimiento, el contoneo, el donaire, y es extraordinario ver en la capital de España vestigios claros y vivos de aquellas mujeres esbeltas, inmortales, puesto que tan definitiva fué su elegancia y su belleza, que en vez de ser rechazadas con esa envidia de las supervivientes que hace viejas á las mujeres de otras generaciones muertas, se las acoge con cariño y bajo su disfraz y su aire reverdece su encanto, su coquetería y su feminidad.

Es que Goya, en vez de creer en la severidad, en la solemnidad aparente de la mujer, solemnidad y gravedad que han recogido los pintores antiguos

creyendo que aquello era lo más eterno y lo más eternizable de las mujeres, recogió su confidencia, su frivolidad, lo que hay en ella de fugaz y de frágil.

El supo apoderarse de todo lo que hay de inconsistente en el carácter de la mujer y de todo lo que en ellas existe de elegancia presuntuosa, francamente presuntuosa y ataviada; y porque supo recoger todas esas sutilezas, todas esas apariencias tornadizas, es por lo que Goya vivió y es por lo que la pintura de Goya vive y vivirá y nos amistará siempre con sus mujeres.

Esto hace que en lugar de contemplarlas como muertas, en lugar de verlas con tristeza como tránsunto de un pasado, las asociemos á nosotras y sintamos el ritmo chiquito de su corazón como si no se hubiese paralizado. Goya se atrevió á dar en su *tic-tac* limitado y mortal el ritmo de los corazones inmortales, y esto supo lograrlo sin hacer mujeres de epopeya, mujeres de estatua ó mujeres simbólicas. Las recogió en su mañanita, llenas de preocupaciones menudas y sin trascendencia, que son precisamente las que dan firmeza á la vida.

Además, Goya puso tanto aliento en sus cosas porque en un momento en que los colores no se atrevían á llenarse de luz y á descomponerse en policromías brillantes, él, con su colorido animoso, fresco, sobrepuerto á los perfiles y las duras líneas del dibujo académico, reveló la palpitación de la luz y su movilidad, amalgamada, transpirada y respirada por la carne tan humana de sus modelos.

Goya no es un pintor como sus predecesores, exclusivamente cortesanos, metidos en el oscuro claustro de los palacios, temerosos y llenos de pesados deberes. El vivió su vida, se atrevió á acer-

carse á las cómicas, á las hijas del pueblo y á las grandes damas, con las que según se dice fué excesivamente afortunado.

La leyenda repite sin recatarse mucho que uno de sus modelos fué la duquesa de Alba, la aristócrata de más genuina cepa española, la mujer que conservaba, por esa condición que tienen los títulos conseguidos en los tiempos heroicos, todo el troquel antiguo, tradicional y fortísimo de la raza.

Según la leyenda, el modelo de la *Maja desnuda* fué la duquesa de Alba, y su cabeza, de ojos demoniacos e inquietantes, una máscara que colocó el pintor sobre el rostro original.

Lo cierto es que la *Maja* de Goya es el desnudo más grácil de española que existe; está lleno de una desnudez casta, reservada, de gran señora, cuyo velo no se ha levantado nunca de un modo tan completo. Es una desnudez no personal ni particular, sino una desnudez nacional y entera.

Por eso cuando nuestro espíritu ansioso de una orientación firme busca las tradiciones y el alma castiza española, nuestros ojos se vuelven como único faro á los modelos en que tan bien supo sorprender, sin énfasis, el alma femenina y el alma patria nuestro señor don Francisco de Goya y Lucientes.

Tema delicado

La escritora escribe piano piano en un despachito en el que entra durante el día una luz clara y optimista. Está situada en su calle y en su ciudad y está contenta. Tiene unas reproducciones de cuadros «de espíritu» colgados cerca de ella; ama las porcelanas cuyos floreados, hechos de flores frescas, animados de un espíritu de agua, le dan buenos pensamientos. Tiene unos cuantos objetos de bronce, de hierro y de talla á los que ama, no sólo por la belleza de su forma, sino también por la noble solidez de su materia. Su lámpara tiene una gran pantalla de la cual cae la luz y se esparce como de un plafón de teatro. Con esa lámpara trabaja por la noche con un reposo, una calma y una buena fe que por sí solas merecerían el agrado de las vecindades.

Así pasan las horas, y cada nuevo día va hacia las selecciones y las eliminaciones supremas. Cada día que pasa cierra más la puerta de todos los días sobre una intimidad perfumada, y abre más la puerta de su día de recibir, alegre, desenvuelto y fraterno en su publicidad.

La escritora vive de sí misma y de todos los móviles más desinteresados y más abnegados. Sólo

perfecciona su desinterés aclarando su conciencia, como un débito de amor al amor como abstracción rigurosa, cada vez más implacable en su propio seno y más transigente para los otros. Abstracción sublime de la que brota el arte para unirse á la vida.

A su rincón apacible, de un dulce empapelado, que cubrió é hizo olvidar el otro empapelado de flores vulgares, trae un nuevo objeto de vez en cuando; y la expresión de sus ojos, ante ellos, se hace cada vez más franca, más dilatada, menos dolorosa; cada vez más dentro de su retiro, en la tranquilidad y la bondad, cada vez más conseguida, más apacible.

Sin embargo, hasta la escritora llega el murmullo de las insinuaciones... El número de escritoras es de seis, y esa media docena está formada de números impares. Una mitad es completamente contraria á la otra; una mitad tiene la castidad del criterio limpio y honrado y la otra mitad no. El público, la masa belfuda de los sábados, juega con los tres nombres recatados uniéndoles á los otros tres y cree que la mujer que sale á la calle de todos sale para ser befada. Así le achaca desde el rey al general, ó al Pedro Luis de Gálvez, ó al apestado cuya aproximación fué la del enfermo de San Juan de Dios, á la monja que lo cuidó, que lo soportó y le aconsejó la limpieza en su vida allá fuera, allá fuera donde estaba su vida y sus conspiraciones vulgares.

La escritora no sabe nada, vuelve á ignorar lo que se dice rápidamente, y en su lealtad, en su repugnancia sencilla, allí, en su rincón, á cada nuevo rumor, tiene el ademán apropiado que ingenuamente, sin ira ni maldad, cree que debe bastar para confundir todo acto torcido y feo, consiguiendo de

este modo, en sí misma, la depuración de sus recuerdos, que si no se borran se depuran en el tiempo como bajo el consejo de un Dios verdadero é indiscutible.

Aparte de la vana *pose* literaria, fuera de todo *blasfemismo*, dentro del concepto más alto de la literatura, acostumbrado el espíritu en el transcurso de los días á una obra de disciplina que domina la sensibilidad, el trabajo es sencillo y esas insinuaciones que llegan á ella son algo tan incomprendible, que se le hacen más que ajenas invisibles.

En la escritora por su trabajo, por su constancia y por su serenidad, se va verificando un fenómeno raro y preciso: y es que se hace tan humana, tan comprensiva, tan alejada de vanos alardes de divinidad su casa, que encuentra en ella y en su interioridad fuerzas vivas y sensatas, de una eficacia extraordinaria, hasta el punto de que se podría decir que por concentración, por conciencia de sí misma, brota de ella algo así como un rayo de luz ultravioleta que esteriliza y hace limpio el aire de su rincón.

Amor de emperatriz y odio de emperador

Recorriendo las columnas de la prensa diaria en busca de noticias femeninas, miro distraída los escándalos del Congreso, las luchas políticas, los telegramas que narran desdichas y muertes, hasta que mis ojos se detienen en una letra mayúscula, que sirve de inicial á un nombre; conjunto de letras que agitan mi alma con la emoción sublime que produce en el creyente el nombre de *Dios*, que me causa el escalofrio sentido por Teresa de Avila al leer el nombre de *Jesús*, que me embarga con esa atracción, grande y simpática, de lo admirado y querido: es el nombre de mi adorado poeta ¡HENRI HEINE! Gigante, dios humano, su pensamiento ha cautivado mi espíritu desde que aprendí á comprenderlo; es decir, desde que supe lo que era amar y lo que era sufrir; su belleza dominó mi corazón desde que supe admirar el encanto de una puesta de sol y el ritmo del canto de los aires; su dulce ironía y su amable amargura llegaron á mi alma cuando con el desprecio de las miserias humanas sentí la bondad del perdón, y la necesidad de sus latigazos poderosos llegó á mí con el convencimiento de la injusticia y la ruindad. Heine es mi dios, es el dios más divinamente humano, es el dios de las mujeres tristes. Me he arrodillado en

París ante su tumba de mármol blanco, obra de otra mujer que le amó mucho, de una pobre mujer coronada, que vagó de país en país llorando su vida, deshecha bajo el peso de su desventura.

¡Pobre emperatriz Isabel de Austria! ¡Pobre enamorada espiritual del divino poeta! Casada, niña aún, con Francisco José, dejó aquella su dulce casa de Wittelsbach, donde reían las flores en la enramada y cantaba el agua de las fuentes, la compañía de sus bellas hermanas y la libertad y alegría de su vida para ir á morar en la fastuosa corte de Viena.

¡Cuánto dolor soportó con el peso de su corona! Soledad de alma, ruindad de afectos, desamor del esposo, y por último, el trágico suicidio de su hijo el archiduque Rodolfo. El puñal de Lucchessi la libertó de la vida enojosa á orillas del lago Leman, pálida, bella, vestida de negro...

En su vagabundaje doloroso, un espíritu hermano vivió cerca del suyo. Llevó siempre consigo los versos del gran poeta alemán, que gustaba de leer entre el estruendo de las flaquezas humanas y en la tranquila paz de la campiña.

Y fué por su satanismo, mezcla de ironía y llanto, por su gran amor al mundo pagano y la serena belleza del arte antiguo, por lo que la emperatriz Isabel amó á Heine. Sentía en su lírica y rebelde nostalgia la nostalgia de su vieja patria alemana; educada en la pequeña corte de Wittelsbach, donde la bella poesía de la tradición perpetuaba el antiguo recogimiento de paz, de trabajo y de amor, sentía, con Heine, la necesidad de llevar á Dios dentro de sí y dar al pueblo el concepto de su dignidad y á la belleza profanada el culto supremo de lo bueno.

Y tanto como amó al romántico revolucionario

Isabel de Wittelsbach, emperatriz de Austria y reina de Hungría, tanto le odia Guillermo de Hohenzollern, rey de Prusia y emperador de Alemania. Al entrar en posesión del *Achilleion* ha consentido que la estatua del poeta fuese ultrajada por sus soldados con la grosería brutal que refiere el gran crítico italiano Tomás Monicelli.

Pero ahora va más lejos; el emperador de la Alemania feudal no perdona al autor de *Atta Troll* y de *Germania*, como muchos de sus paisanos no perdonan al genial fustigador de las *Reisebilder*. Guillermo II proscribe de las ciudades alemanas la estatua que perpetúa la belleza soberana de dios griego de Heine, el despreciador de su dios, de su patria y de su imperio; el apóstol de una Alemania pacífica, intelectual; el cantor de la libertad y la igualdad, de la justicia y el amor. Con ideales tan opuestos, el poeta y el emperador habían de ser enemigos, y es natural que el vivo, el poderoso, no sufra el recuerdo y la esfinge del rival y abandone el primero á una aduladora historia y la segunda á las profanaciones de sus cortesanos.

La sombra de la emperatriz Isabel parece protestar, conservando en el corazón celoso el enamoramiento hacia el poeta, criatura sobrenatural que se alza en cada generación para apartarnos de las miserias terrenas y ennobecer los espíritus en las ansias infinitas de la belleza y la verdad.

¿Qué importa que la patria de Heine rechace su estatua, si la mayor grandeza de Alemania es haber sido su cuna? Miremos la Historia. ¿Qué sobrevive de la magnífica Grecia y de la poderosa Roma? Sepultadas en el polvo sus legiones, sus ciudades, su historia misma, los inmortales, los eternos, lo que sobrevive siempre son los nombres de Homero y Virgilio.

La grandeza no perdura con la púrpura de sus emperadores, sino con el siempre verde laurel de sus poetas.

Cuando caiga el poder de las naciones de hoy, cuando las nuevas generaciones pierdan hasta el recuerdo de su existencia, los pensamientos de Heine seguirán encantando á la humanidad y se estudiará la muerta lengua alemana para entenderlo.

Entretanto, el gran poeta del dolor tiene su estatua en el corazón de todas las mujeres que saben de amar, de sufrir y de las ansias de lo infinito.

Oyendo á la infanta Eulalia

Desde que las modas europeas han igualado el vestido de todas las mujeres, una princesa no despierta ya el interés por el mero hecho de su realeza; necesita unir á ella alguna otra cualidad que la haga interesante y destaque su nombre de las columnas de letra negrita del *Gotha*, ese libro sin lectores, porque no le leen más que sus biografíados.

Sin duda, una de las princesas que actualmente merecen más la atención pública es doña Eulalia de Borbón. Aparte su regia alcurnia, ha sabido conquistar un puesto entre las mujeres cultas e intelectuales y desollar entre las demás princesas de ese modo honroso, firme y sólido con que descierra entre las reinas Isabel de Rumania, amparada en el seudónimo de *Carmen Silva*.

Mi inteligente y bella amiga Aurora Cáceres me acompañó á ver á la infanta en el lindo hotelito de las afueras de París, un hotelito apacible, que parece brindar una sencilla y serena paz.

Su Alteza conserva toda su belleza y ese aspecto esbelto y señorial que conocemos. Une á su porte la nobleza de gran dama española y la elegancia parisíen de su origen. Comienzo dispuesta á tener

una discreción atroz, salvada con puntos suspensivos continuados.

Nos acoge muy afectuosa y llena de expansión.

Su conversación, viva, animada y espiritual, denota su gran inteligencia, y mientras su hijo el príncipe don Luis habla con Aurora Cáceres, haciendo víctimas de sus chispeantes sátiras á algunos conspicuos personajes, la infanta me hace el honor de recordar que fué el *Heraldo*, en un artículo firmado por mí, el primer periódico que en época no muy lejana defendió los derechos de su hijo el infante don Alfonso, y me concede la intervención para nuestro periódico.

Autorizada por ella, le pido noticias de su labor literaria.

—Yo no he tenido en mi vida de escritora más que sinsabores—me dice—, y sin embargo, tengo tal placer en pensar, tal necesidad de exteriorizar mi pensamiento, que, á pesar de todas mis ocupaciones, no sé estar un día sin emborronar algunas cuartillas.

Le pregunto qué género le gusta más para cultivarlo.

—Ya ha podido usted verlo en mis obras—responde—. Obedecen todas á una necesidad de expansión de mi pensamiento; son todas sinceras, ingenuas, fruto de estudios y de leales creencias y basadas en el espíritu de la moral más recta... Todo esto no ha bastado para que se me censure; y no se me ha sabido comprender, no se han visto los hechos ni la intención, y se ha tergiversado todo... Es que para mucha gente existe aún la

creencia de que una persona real debe quedar reducida á ser un simple maniquí, que no piensa, no siente, no trabaja... Yo, por el contrario, creo que una persona real debe trabajar y dar ejemplo... Mi espíritu, que se ha asomado á Europa, que se ha formado en este país libre y progresivo, está abierto para recoger todo lo que signifique adelanto para mi patria ó para mi sexo. No hay que olvidar que la revolución me hizo salir de España muy pequeñita, que me he educado lejos de las gradas del Trono... Mi intención fué siempre limpia, recta, respetuosa con nuestro espíritu y nuestras creencias, aunque no retrocedí para abordar en mis libros todos los problemas sociales... «Mi delito» es el de trabajar. He visto que generalmente la calumnia y la maledicencia se ceban en las mujeres que trabajan y les achacan como crímenes los actos que toleran en los demás.

Se detuvo un momento, apenada, y sus grandes ojos verdes se dirigieron á la ventana en busca del extenso horizonte...

—Pero mi alma sabe serenarse y ser fuerte —añadió—. Por eso amo tanto esta paz del campo; es un sedante para mis nervios. En la soledad, en la quietud, en la serenidad, el espíritu se hace más grande, se aparta de lo externo y sabe encontrarse á sí mismo. Por eso dentro de pocas semanas me iré á la Mancha, á un apartado rincón lleno de poesía, frente al mar, en un paisaje maravilloso; allí escribiré otro libro.

—¿En español?

—No; en francés. Mi última obra, *Para la mujer*, que se ha vendido extraordinariamente y que está traducida al alemán y al inglés, no ha sido aún traducida al castellano.

—Y sin embargo, en España no se la olvida.

—Ni yo dejo de amarla ardientemente y de sentir sus males. Precisamente hoy he escrito al rey diciéndole cuánto siento el estado difícil que se me ha creado, porque esto hará que no le vea en mucho tiempo.

Se detiene un momento y continua:

—Yo amo con delirio á mi sobrino; tiene un espíritu capaz de comprenderlo todo; y sobre todo, me sugestiona por su carácter entero y valiente, en el que parece que se verifica como una concreción de todo el espíritu caballeresco y prestigioso de nuestra raza. Cuando estuve aquí, yo no lo he visto... Estaba en Alemania... Me dan miedo esos cambios de visitas entre los reyes y los presidentes de Estados republicanos. Me hacen el efecto de esos padres que invitan á sus reuniones jóvenes calaveras y luego se indignan si sus hijas se enamoran de ellos...

Y como si temiese, en su exquisita delicadeza, herir mis ideas políticas, que conoce, se detiene y rectifica.

—Fíjese usted en que yo no censure ningún acto concreto; amo á Francia, mi segunda patria, y veo con alegría su simpatía para España. No hago más que enunciar un principio general respecto á las amistades entre naciones monárquicas y republicanas; por lo demás, individualmente, yo no le pregunto á nadie cómo piensa; me basta con saber cómo obra.

Una graciosa ocurrencia del príncipe don Luis nos interrumpe.

Doña Eulalia enjuga sus ojos, ablandados aún

por el recuerdo del rey, y mira satisfecha al infante.

—Mis hijos son dueños de su fortuna—me dice—; pero yo me entristezco más cuando menos deberes pesan sobre mí. Las mujeres tenemos todas un espíritu abnegado, pronto á sacrificarse por los que amamos; pero que en ninguna parte se exagera tanto como en nuestra patria, donde á veces suele degenerar y hacer de la mujer una esclava, en vez de hacerla la compañera y la educadora del hombre.

Una dama rusa aparece en la estancia. Es la doctora de Su Alteza, que me la presenta con grandes elogios á su talento y á los adelantos femeninos de los países del Norte.

Me complazco de recordar que en este punto, si nos ganan en número, no nos ganan en calidad, y cito como testimonio los nombres de mis ilustres amigas la doctora Aleixandre y la gran oculista Arroyo de Marqués. La dama rusa parece sorprendida.

—¡Doctoras en España! ¿Y ejercen? ¿Y hacen sus estudios como los hombres?

La infanta sonríe, viendo el entusiasmo de la defensa que me apresuro á hacer de las mujeres españolas, tan desconocidas, cuando no calumnias, en el extranjero, y se une á nosotras para entonar ante su doctora un himno de alabanza al espíritu austero de la lejana patria.

Pero el teléfono llama; la princesa de Rumanía espera á la infanta de España.

Su Alteza nos despide afectuosamente, no sin hacerme antes el honor de dedicarme un ejemplar

de sus obras é interesarse por recibir mis últimos libros. Parece que su cariño á la España que evocamos cerca de ella le hace retenernos á su lado, y al despedirnos nos dice con voz emocionada:

—Dichosas ustedes que vuelven á la patria. ¡Con cuánto placer iria yo también á darle un abrazo á mi sobrino Alfonso!

Y yo, olvidando su alcurnia, le estrecho la mano con cariño, porque para mí ha desaparecido su jerarquía y no queda más que una mujer adorable y digna de respeto, porque sabe de amar y de sentir, porque trabaja y piensa y porque he visto lágrimas en sus ojos y he escuchado de sus labios palabras sencillas y sinceras.

• • • • •

Las porcelanas

Es un hecho nada ruidoso y poco comentado, pero importante é inefable. Hay un renacimiento, del arte de la cerámica en toda Europa. Es una cosa que vengo comprobando hace tiempo en mis viajes tanto en España como en el extranjero párandome á mirar los escaparates ó entrando á comprar algún objeto con ese placer con que se compra un *bouquet*, que es el mismo placer que se experimenta al comprar un cacharro de porcelana.

No hay nada que halague más que este resurgimiento. Es algo que causa una emoción tan sencilla, tan agradable como la de cuidar un jardín y verle sembrado de rosas y de florecillas azules.

No existe ningún colorido que como el de las porcelanas llegue á ser tan «caliente» como el de las flores, que las iguale, que haya llegado á toda su frescura y á toda su elevación, consiguiéndola con la magia del fuego, que en esta aplicación de la industria no agota la frescura espontánea.

La gracia de la porcelana es silvestre, no recaba para sí la admiración que merecen las cosas que simbolizan ideas más humanas y hasta alegrías sobrehumanas. No es la materia erigida en estatua; no es la pintura que tiene tan amplios horizontes y expresión de rostros humanos, y sin embargo, no siendo nada de esto tiene una humanidad

y una belleza extraordinaria en la expresión contenida en su luminoso esmalte.

Las porcelanas son discretas, son dulces y delicadas para la sensibilidad; en ellas todo es ingenuo, pueril y jovial. Forman las notas alegres de las habitaciones, lo que las aclara, las despreocupa más y las anima. No complican la vida con énfasis, con representaciones trascendentales, no son serias ni arquitectónicas nunca; están siempre en la mañanita de su color, tanto al atardecer como á la noche. Distraen de un modo agradable, sin cansarla ni apartarla, á la mirada fija, y tienen á veces una consoladora infantilidad.

Las porcelanas constituyen más que otros elementos el hogar, le dan su nota más curiosa, más concentrada, más sencilla, y tienen siempre algo aldeano, campesino y patriarcal.

Generalmente estas porcelanas que más nos seducen no son las selectas, excepcionales y afamadas de Sevres ó Sajonia, sino las vulgares, las que son un poco rústicas, los cacharros en lugar de las figulinas.

Es pintoresco comprobar el que las porcelanas como si fueran hijas del clima y del país en que florecen, son distintas en las diferentes regiones y después de cada viaje ellas son las que representan mejor, de un modo más popular y más privado el recuerdo de las campañas de cada pueblo; el especial carácter de su provincia, la campechanía que nos fué favorable y amiga y que nos recordó los vasares de nuestro pueblo en su hora más confidente, más sencilla y más tierna.

Por eso yo me congratulo y aplaudo este renacimiento de esas amadas porcelanas que forman nuestro encanto, no como coleccionistas, sino como poetas.

Las mujeres y la literatura

El alma colectiva, la gran alma femenina, que resume un siglo, ó la reunión de siglos contados en evolución de costumbres y analogía de hechos, se transforma lentamente dejando como un inmenso retrato en la linterna de la época.

Nuestra literatura castellana, desde que sale de las primeras *Gestas*, es austera como el alma de Castilla. El culto á la mujer tiene algo de místico, de conventual. Rima la figura de la dama con el grave silencio del castillo. Hasta que florece la literatura picaresca se le conserva la servidumbre y no hay figura de mujer repugnante ni dama sin servidores.

Cuando aparece la caballería, la exaltación de la mujer llega á su colmo. Son musas y señoritas, inspiradoras y dueñas. Toda mujer es reina, y las Cortes de Amor les rinden vasallaje. Se ha discutido en tiempos de feminismo y de tranvías (yo creo que los enemigos de la mujer son los tranvías y el feminismo, porque en ellos nos disputamos el sitio), si la galantería medioeval era ó no adversa á nuestro sexo. Las modernas *Pentesileas* abominan de que se concediera á nuestra gracia lo que ellas

reclaman por la fuerza. No entraré en la cuestión, porque si el gustar de amor y de caricia es antigua, confiéssome una atávica impenitente, que añora el raso del palanquín y la plácida dulzura del comedor familiar, con su alto techo artesonado y su monumental chimenea.

Gusto más de aplaudir el triunfo de un amado que de cosechar laureles propios; y lo confieso, siento cierta envidia hacia esas mujeres servidas y amadas, que presidían los torneos, donde los paladines ostentaban sus colores. Son más *artísticas* que las que disputamos el voto en el torneo sin gloria de nuestra vida social.

Así, pues, dejando á un lado si aquel estado de cosas favorecía á la mujer, me limitaré á consignar que desde luego favorecía al hombre.

El modelo de la hidalguía española está en aquellos caballeros, servidores de las mujeres, que sabían sacar la espada en defensa de todo desconocido y tenían á orgullo pregonar sus amores y hasta el sufrimiento por los desdenes de una hermosa.

Conservóse este espíritu caballeresco hasta después de la decadencia literaria. En los novelones de la época de transición, llenó la mujer todas las páginas literarias, se mezcló en todas las fábulas, intervino en todos los conflictos. Más ó menos perfecta de formas y de plena originalidad, los escritores continuaron siendo muy hombres, muy humanos; hasta la literatura mística siente el influjo sexual. San Juan de la Cruz cantó á María con el mismo entusiasmo neurótico con que Teresa de Jesús canta á Cristo. La Divinidad se hace carne en sus éxtasis y en sus amores, como en los sueños de Safo se diviniza Faón.

Hija bastarda de la literatura, aborto monstruo-

so de la preclara obra de picardía, aparece la novela *sicalíptica* prostituyendo á la mujer.

Es producto de un siglo corrompido que se deshace en vicios hipócritas, sin la grandeza artística de las antiguas cortes de Atica y del Lacio. Desmoralizando el gusto, asqueando de la mujer, la novela sicalíptica de nuestros días es obra de niños estragados, de viejos eunucos y de jóvenes invertidos. No saben sentir á la mujer, y en sus libros no está la mujer, sino un efebo ó una querida complaciente que no sienten verse desflorados en páginas de imprenta, como cebo de una lujuria cerebral.

No hay intimidad en estas mujeres que nos pintan. Más que la intimidad es en ellas importante el traje y los broches. Se nos vilipendia como á criaturas incapaces de pensar ó de una maldad refinada. No se admira ya la belleza y la bondad, sino lo que tiene la belleza de *utilizable*. La *Venus* de Milo, sana, hermosa y fuerte, no es más que una belleza inútil. ¡Está desnuda! ¡No puede desnudarse! ¡Ni se podrá vestir después! Se prefiere una tíssica de huesoso armazón, ojeras moradas y labios cárdenos, perversos (este es el lenguaje), que sepa desnudarse, *caer* con gallardía.

El arte de ciertos mal llamados novelistas está en desnudar mujeres, porque no saben verles el alma. Y la mayoría de ellos se contentan sólo con desnudarlas... ¿Después?... Nada. Son pavesas de lujuria y les basta con avivar en los otros la llama. Se parecen á esos enfermos del estómago que se complacen en ver preparar manjares que no pueden comer... que no son dignos de comer... Por eso no dejan más que una sensación de hastio, un bostezo de mala digestión. No busquéis en ello algo grande y noble. No penseís en un grito de pasión.

Esos son libros escritos para hombres por hombres en contra de las mujeres. Algunas se engañaron oyendo que se habla de su hermosura, porque las ingenuas leen por encima lo referente á la mujer. Quieren verles á ellos en la novela y no notan lo lejos que está el hombre de la novela por lo lejos que está de ellas la mujer novelesca.

Si nos fijamos bien, indignan esos hombres novelescos por su poca gallardia y por su precocidad; hombres que no saben imaginar á su mujer; y esos hombres que no ven á su mujer se inferiorizan... se pierden... En esas novelas no hay para las mujeres el interés de hallar un hombre.

Parece que el autor no ha tenido grandes amores ó que el ánimo público no los necesita. El *futurismo* nos encamina á un país de asexuales ó de onanistas. ¡Se pone un empeño en *hacer mujeres*! Los lamartinianos hacen madres y hermanas que no son amantes; y los otros hacen amantes que no son ni madres ni hermanas. En todas ponen un gesto de *demimondaine* y no de mujer de hogar. La preparan para el espectáculo. Todos son empresarios de Edén-Concert; buscan en ellas lo decorativo, lo momentáneo; les fabrican el templete y las exhiben. Hasta á las que quieren rendirles homenaje las ofenden contando intimidades en las cuales se evapora el perfume del misterio. Una novela de amor vívido, es una infidelidad.

Lamentables también cuando las hacen vivir un melodrama. No dejan de ser en medio de todo mujeres de Edén-Concert.

Por eso las mujeres debemos protestar y protestamos de figurar así en una literatura que es la vergüenza de un siglo. Por fortuna es una corriente de mal gusto que no puede ser durable. Basta pararse y *dejar pasar*. Pasarán sin dejar huellas

todos estos libros estúpidos y mal escritos, en los que no hay ni un centelleo de ingenio ni un momento de arte.

Volverán á imperar el Arte y la Naturaleza, y con ellos lo sano. Las conciencias honradas sin perversiones, lo anarquizante por llevar escrita la ley natural: culto de la hermosura y de la mujer. Entonces, en vez de figulinas buscaremos personas de carne y hueso. Las mujeres y los hombres con sus vicios y pasiones, pero siempre humanos, honrados. No contra Natura. Mujeres que amamantarán hombres futuros, que al respetarlas no las prostituyan como los novelistas sicalípticos prostituyen á sus madres, á sus hermanas y á sus esposas, por vender unos cuantos libros más, explotando la bestialidad de los inexpertos.

No quiere esto decir que en toda obra se cante el amor sexual. No; el amor á la mujer es independiente de ciertas pasiones. Sin esas pasiones y su cortejo de celos y venganzas pueden hacerse grandes obras. Hay mucho que estudiar y que escribir más importante, la humanidad tiene misión más alta que la de ocuparse sólo en las uniones sexuales. Pero en toda obra de hombre, trate de lo que trate, habrá siempre amor de mujer. De madre que amamanta, de compañera que alienta, de hermana que acaricia. La influencia femenina se siente en toda obra de hombre-hombre, aunque no se hable de ella. Es como el sol, como la luz, que genera los colores. Hablamos de los colores sin hablar de la luz, pero ella está en todo.

Empecemos por abominar de esta literatura todas las mujeres, no en nombre de una moral falsa y acomodaticia en la mayoría de los casos, sino por su falta de corazón, de verdad y de delicadeza intelectual.

Los aplausos de ciertas hembras que envían tarjetas y cartas á los *escritores sicalípticos* (1) son sólo aplausos de pobres ninfómanas.

(1) Me parecen antagónicos los términos de *escritor* y *sicalipsis*. Los uso sólo como se usan las palabras admitidas en el léxico para hacerse entender de los otros; porque en nuestro *idioma* interno tenemos otras palabras nuestras para nosotros. Palabras hechas para nuestra idea, que no es la idea de los demás. La idea mía quiere un signo representativo. *Dios*, *virtud*, *moral*, *sicalipsis*, son del idioma de los demás. No de mi idioma. Entiendo otras cosas en estas palabras y tengo otras palabras para mis cosas.

Las fumadoras

El uso del tabaco se va extendiendo cada día más entre las mujeres. En el extranjero son pocas las que no fuman, tanto si pertenecen á las clases humildes como á las aristócratas.

El tabaco es el más inexplicable de los caprichos, «la definición del capricho», para decirlo más profesoralmente. Así es que como capricho único, como capricho frívolo, el tabaco es femenino. El fino tabaco, claro está, ese tabaco que es un perfume de pebetero, un perfume crudo y áspero sin empalagos ni dulzonerías, y además es una danza: la danza del velo azul, ó la danza de la serpentina azul.

Viendo fumar á las mujeres en el extranjero me ha parecido que entraba en su elegancia el humo de su cigarrillo como un *esprit* alto y delicado; que en sus manos era una piedra de sortija el puntito de la lumbre y que en su expresión unía el cigarrillo una dominación comparable á la del hombre, pero además con gracia.

Las españolas, que no hemos admitido aún abiertamente esa costumbre, experimentamos una gran sorpresa al entrar en un salón y ver á todas las señoras, vestidas de sociedad, descotadas, fumando graciosas su cigarrillo.

Tal me ha sucedido á mí en Roma, en el salón de la condesa Sovatelli, una de las damas más severas de la aristocracia negra y linajuda.

El cigarrillo se acepta; merced á él la mujer halla nuevo arsenal de recursos de coquetería para lucir la mano, las sortijas, los encajes de la manga y hacer mil movimientos originales, mientras tal vez con ellos simula una distracción y oculta un momento de duda que le sirve para reflexionar.

Pero la pipa, en cambio, está desdeñada por todas las elegantes. ¿Por qué? ¿Es acaso más hombruna ó menos graciosa?

La pipa es el instrumento más antiguo de que se valieron los fumadores; cuando Nicot, embajador de Francia en Portugal, nos trajo á Europa la preciada planta de las colonias de América, nos trajo al mismo tiempo la pipa. Algunos se preguntan: ¿cómo las mujeres, conservadoras de los usos y creencias antiguas por naturaleza, prefieren los cigarros? No creo que sea por su mayor delicadeza, pues la pipa puede ser delicada y linda, y además atenúa los efectos del humo y de la nicotina.

La explicación se halla más bien en que, habiendo empezado á fumar mucho después de extendida la costumbre entre los hombres, cuando ellas empezaron la pipa pertenecía ya á las viejas costumbres populares, era una cosa antigua, fuera de moda. En los países donde la costumbre de fumar las mujeres es más inveterada, hacen uso de la pipa: Bretaña y Bélgica, en Europa, y América y los países asiáticos. Allí la pipa es símbolo de paz, que se une naturalmente á la gracia indolente de la mujer. El largo tubo del narguile lleva á sus labios un perfume, al que se mezcla algo de opio. Se ven surgir del humo del braseroillo visiones poéti-

cas, una prolongación de los ensueños... en la sombra del harén ó bajo los abanicos de palma.

Entre las elegantes se cuentan lindas anécdotas de fumadoras en pipa. Saint-Simón refiere que un día las princesas de la corte de Versalles se reunieron para fumar en las habitaciones del Delfín, y emplearon las pipas del regimiento de guardias suizos. En lo mejor de la diversión fueron sorprendidas, con gran confusión y vergüenza, por el here-dero de la corona.

Alfredo de Musset, el gran poeta, nos ha dejado un grabado de su amada Jorge Sand, que la representa en 1833 sentada en el suelo sobre unos cojines, peinada en bandós y fumando una larga pipa, mientras se extiende por sus facciones una sombra de placidez casi irracional.

Por mi parte, si los higienistas logran ponerse de acuerdo acerca de si es nocivo ó no el uso del tabaco, no veo que en emplearlo haya falta de respeto en los niños ni de pudor en las mujeres.

Sin embargo, el paladar femenino gusta más de los caramelos, y nuestro olfato se aficiona mejor á los perfumes delicados que al humo del tabaco.

No concibo bien una figura de Reynolds ó de Gainsborough con la pipa ó el cigarrito en la boca.

Si me pidieran opinión, parodiaria al admirable Manuel Machado cuando ataja á una linda mujer que le va á dar una opinión filosófica: «Tu boca es sólo para besar.»

Las españolas en América

Es cosa bastante común el que los hombres se quejen siempre del nivel intelectual de las mujeres de su país, y cuando se ven obligados á confesar el talento de alguna, lo presentan como excepción. No creo que estén en lo cierto. La inteligencia femenina es vivaz, pronta á la comprensión, exaltada para la fantasía, astuta para la resolución y de una maravillosa intuición en los juicios.

Tal vez éstos sean menos fundados en la lógica; pero téngase en cuenta la herencia que ha pesado sobre nosotras y lo que aun hoy se nos regatea: cultura y libertad.

Sin embargo, rápidamente adelanta la mujer en la obra educativa. Abundan señoras de conocimientos sólidos y cultura superior. La sorpresa que muchos hombres muestran ante una mujer instruida desaparecería si tratasesen mayor número de ellas y vieran qué injustos son al juzgarlas en masa, sin conocerlas apenas.

Esto, que es triste en sí, puesto que engendra un desprecio del hombre á la mujer, perjudicial para el equilibrio social, es todavía peor cuando adquiere un valor inmerecido en boca de un escritor de talento. No engrandece á ninguna nación

el que sus hijos le atribuyan defectos cuando pasan sus fronteras.

Con el título de «Otro y van mil» escribe la espiritual literata argentina Eva Canel un precioso artículo, cuyos párrafos transcribo:

«*Es una desgracia que los españoles no sepamos ser pobres*, decía yo en un artículo, lamentando las adulaciones de Valle Inclán y sus despectivos conceptos para las damas españolas, y sus adulaciones, que por serlo desmerecían en el buen criterio de las aduladas como feble moneda de gratitud á las patrocinadoras de sus conferencias.

»Cuando escribia esos renglones no podia presumir que don Antonio Cavestany, hombre culto y de mundo, cantor de la belleza y de las flores de su tierra, cayese también en la vulgaridad de rebajar á las mujeres españolas sólo por el insólido prurito de adulación que ataca á todos los que viven con el inmoderado afán de conquistar América sin esfuerzos mayores. La mujer americana agradece los corteses halagos con que se la arrulla; pero en el fondo critica con criterio elevado esos arranques de humillación que desentonan de la grandeza espiritual. ¿Cómo hablar mal de la mujer ibera, madre y abuela de las hispanoamericanas?»

He leído con pesar estas líneas; parece lo natural que los ingenios españoles que van á América hiciesen una excepción de nuestra patria divulgando sus grandezas y presentándola simpática para estrechar los lazos de la confraternidad. Desdichadamente, no es así. Esos mismos escritores que en su teatro nos adulan para que les aplaudamos, son nuestros detractores.

¿A quién se puede culpar sino á ellos del atraso de España? Se necesitaría que fuese la suya una

obra educativa, sin vejar ni humillar á las mujeres por un lado, y sin ensobrecerlas con sus adulaciones al mismo tiempo, extraviándolas entre los delirios de una literatura falsa y convencional.

Así no se daría el caso de que se disputase su puesto en la Academia de la Lengua á uno de nuestros más grandes escritores, incomparable hablista, sólo por ser mujer, como ocurre ahora con doña Emilia Pardo Bazán.

Académica ó no, si doña Emilia va á la Argentina, será con su ejemplo un gran *mentis* para los que nos detractan y ella sabrá agradecer á las nobles mujeres americanas, especialmente á Eva Canel, el que nos hayan defendido contra nuestros propios compatriotas.

La masonería del feminismo nos ha unido más fuertemente que el haber nacido dentro de la misma frontera geográfica.

Pero al menos que sepamos lo que vale la sinceridad de los que buscan nuestro aplauso.

Los españoles en París

Hay un hombre que mide medio metro, como uno de esos indios mulatos, enclenques, quebrados y traidores, de color amarillo y ojos pequeños, con bigote lacio á lo chino y sienes hundidas, al que hacen más traidor sus lentes; conocido tipo de importación en las grandes ciudades donde se hace sentir la influencia oriental; tipo de baja calidad, sin familia en su patria, sin ideas y sin músculo. Ese hombre vive en las afueras de París, libre y con hotelito; posee la misma ironía de Callemin, el célebre cínico de *la banda trágica*, que con un barniz semiliterario sonrió mucho, tuvo grotescos desplantes y creyó que tan fácilmente corregía así sus agresiones inexplicables. Creyó que, como Bona-foux, después de sus diatribas de *hombre de la carabina*, entraba en el *Bar Criterium* á charlar; pero le cortaron la cabeza, que remedó el genio de los rebeldes y de los nobles ironistas, por haber hecho ruin ese genio que ha de ser el más justo, el más desinteresado y el más consecuente!

La enorme máquina de la publicidad le ha propagado como al villano de actualidad, esa actualidad que adquiere el tipo de criminal que sólo deseaba *salir en los papeles* (y otra vez se me ocurre

la comparación con Callemin, porque como á éste su literatura testamentaria, se le pagan también sus cuartillas).

Pero sus hazañas son menos comprometidas: un día arroja vitriolo sobre un cuadro del Louvre; otro dia le tira una piedra á un transeunte; otro dia insulta á Oscar Wilde y niega su talento indiscutible; todo por ataques epilépticos, por rachas, no por razones obedientes á un criterio fijo, noble y gallardo. Es un histérico, un *camelot du roi*, y á la vez un jacobino; el espía que se hace pagar su espionaje á ambos lados de una misma frontera.

El periódico recoge esas cosas como el suceso del que no hay más remedio que dar cuenta al público, y él, riendo de su gracia, corre después de cometerla como un chico que ha llamado al aldabón de un portal antes de que salga la portera. ¡El imperdonable golfo viejo!

Es el hombre que no comprende, que carece de imaginación, que carece de amor. De su letra son todos los anónimos cobardes que demuestran una asechanza trabajosa.

Está ya hecho una vieja, porque en la ancianidad los indios, mulatos y agostados, se invierten y resultan de un sexo contrario; pero es una vieja sin esa resignación y esa maternidad de las mujeres; una vieja bruja que, como aquella saludadora de D'Annunzio, pincha estatuítas deformes que hace á semejanza de sus odios, adornándolas con un cabello que les robó, é intenta con ese pinchazo matar á los originales. Es cándida, pero es sordida y maligna su labor.

Este hombre es amigo oficioso de todos, que toma cerveza á su costa y les atrae con adulaciones y lisonjas, hablando mal de sus contrarios; es ese hombre cuyo asesinato recomendaba César

Borgia, después de darle las gracias, en previsión de que tengan otro secuaz nuestros enemigos.

Es como la desagradable mancha de aceite que cae en el traje, no en la reputación; pero aunque es lastimoso é irreparable, mancharse el vestido no es trágico. Eso lo hacen los camareros torpes tan irreparablemente...

Come carne de «fallecido» como un animal cobarde, pues todo animal valiente de la selva rechaza las carnes muertas de enfermedad.

Es, entre todos los fracasados, el de peor clase; porque es el fracasado ante sí mismo, con esa dura y terrible convicción que se vuelve cólera negra contra las victorias y los fracasos públicos, esos fracasos externos para los que puede haber un día de revisión y que no comprometen la bondad de alma.

«Ya se sabe quién es», dicen todos; y parece que eso lo rechaza y lo aisla; pero en las horas oscuras muchos de los que dicen eso se reunen enmascarados con él y le ayudan, porque eso influye en sus sucias jugadas de Bolsa.

Esta vieja beata, retrasada y burguesa, no encoleriza, sino conmueve, porque su historia es una historia anodina de arrivismo y de impertinencia que le ha hecho ganar el pan que muerde como una rata inutilizándolo para la exaltación que adquiere el pan sobre el blanco y dulce mantel de las buenas mesas. ¿Qué mayor tristeza? ¡Ni una obra de arte, ni un empeño grande; un alma de cacique español, es decir, alma de cacique corrompida en la soledad, en la expatriación, convertida en ira la autoridad que no pudo expli-cárselo.

Llena de ingenuidad ante ese hombre hostil, ante esa alma de consumero, me pregunto: «¿Cómo

ve el sol? ¿Lo ve siquiera? ¿En qué obscura zahurda de memorialista escribe sus trabajos de encargo? ¿Con quién le casaron por la fuerza? ¿Qué hijos engendró? ¿Conserva recuerdos de su madre ese hombre que con tanta frecuencia insulta á las mujeres? ¿Conservará algún retrato de ella? ¿Comprende la dulzura de égloga del paisaje? ¿Ha gozado alguna vez un instante de emoción pura con una obra de Beato Angélico, Pouvis de Chavannes, San Francisco, Verlaine ó Francis Jammes?» Sin duda todo lo delicado, todo lo que es gloria acá en la tierra se le escapa y se le pierde. Es quizá porque este hombre menudo y pardo que no hizo estrofas ni alta prosa, que está lleno de flamenquismo chabacano y ordinario, semejante á un animal sin cantos, sin alma, sin oído, sin fondo en los ojos, sin paladar y sin ideal, no es un hombre, sino una mosca. Su autopsia se hará en el paraninfo de la Facultad de Medicina como en los más curiosos casos de degeneración.

* * *

Todo esto me lo ha sugerido la última obra de Luis Bonafoux, como *ex libris* que faltaba para completar el número de siluetas de los españoles en París; ese libro lleno de una mala sarna, muy pagado de lo que vale la imprenta, para la que hay dos clases de tratos, como con las mujeres: el de los que viven ilícitamente á expensas de ellas y de la entrega lasciva y fácil de su carne á todos; y el de las que las superan y las hacen vivir de su espíritu y de su valer, ganándolas para sí solos con la imposición de su genio ó de su bondad.

El Ministro de la moda

En los anales de la moda se encuentran damas y soberanas que influyeron en la indumentaria de su tiempo de un modo despótico, imponiendo su gusto y su capricho á toda la época.

Siempre ha sido Francia la más notable en esta materia. Entre el lujo y la decadencia de las antiguas Cortes imperó fastuosamente sobre el mundo. Si con Luis XIV dominaron los cocineros, con Luis XVI imperó la moda. La modista de María Antonieta, Rosa Bertin, mereció de los cortesanos el sobrenombre de *Ministro de la moda*. ¡Lindo ministerio el suyo, y no menos importante que los otros que arruinaron á Francia!

Rosa Bertin, protegida por la duquesa de Chartres y por la princesa de Conti, fué presentada á la reina en la época de su esplendor, cuando el pueblo idolatraba en ella y los colores se llamaban *cabellos de la reina, mirada real*, etc.

En ningún caso como en este se ve la veleidad del favor de las multitudes.

La joven soberana se prendó de las ideas originales de la modista y le encargó proveer su casa de todos los objetos de moda.

Las funciones de Rosa Bertin son difíciles de

definir en nuestra época, en que el arte de la costurera y el de la modista están completamente separados. En el siglo XVIII, por el contrario, la *toilette* se componía de piezas que no permitían la separación. Había de hacer los vestidos, los adornos, los sombreros y la lencería. Rosa Bertin tuvo una fama europea.

La reina se complacía en llamarse *colaboradora* de Rosa Bertin. La etiqueta le prohibía á ésta asistir á *la primera toilette* de Su Majestad; pero en seguida que cumplía el ceremonial pasaba á la habitación vecina, donde la esperaba la Bertin. Allí trabajaban las dos; la modista presentaba sus modelos, y de allí salieron los peinados extravagantes y los *flou* empenachados.

Bajo la influencia de Rosa, el traje llegó á una riqueza increíble; los cabellos empolvados llegaron á tal altura, que las elegantes se arrodillaban en sus carrozas ó tenían que sacar las cabezas por las portezuelas. Los peinados iban llenos de cosas alegóricas. Para los tocados de duelo por Luis XV, ella inventó el célebre *consuelo en el dolor*, que costaba diez luises, suma enorme en aquel tiempo, y que llevaba en medio de los tulles y las gasas una serpiente que representaba la Medicina; una máscara figurando el Arte; un Sol levantándose, emblema del joven rey, y algunas ramas de olivo para significar paz y dulzura.

Pero cuando el lujo llegó á su colmo fué cuando la Bertin lanzó las plumas de avestruz y la soberana acogió los penachos con tanta exageración, que provocaron la censura de su marido, el cual nada pudo influir.

Leonardo, el modisto de la aristocracia, quiso rivalizar con la corte, y la duquesa de Chartres inauguró una obra maestra, que consistía en «una

mujer sentada en un sillón con un niño en brazos, que representaba al duque de Valois y su nodriza; á la derecha un loro, pájaro favorito de la princesa, y á la izquierda se tendía un negrito. El *surplus* estaba guarnecido de cabellos de su esposo, el duque de Chartres; de su padre, el duque de Penthièvre, y de su suegro, el duque de Orleans».

Rosa hizo palidecer este tocado con uno caprichosísimo que llevaba diez plumas. En este tiempo no se podía decir que las señoritas *no tenían nada en la cabeza*.

La desgracia de la reina trajo la de la modista, y con habilidad escapó de Francia, encargada, según se dice, de una misión de la reina. Rosa Bertin estuvo en Inglaterra y en Austria. A su vuelta, el Comité revolucionario quiso demandarle el estado de sus cuentas con la reina, pero Rosa arrojó al fuego todos los libros en que se encontraba el nombre de su protectora, y respondió que Su Majestad no le debía nada. Esta muestra de fidelidad, dada en los días más críticos del Terror, hace perdonar á la modista su orgullo y sus extravagancias de los mejores días.

Muerta María Antonieta, desapareció el ministerio de la moda, que en vano quiso resucitar Eugenia del Montijo con sus famosas crinolinas, sus chales y tirabuzones.

Desde entonces el reino de la moda quedó convertido en república, acabaron los dictadores de elegancia, y grandes modistas crean, triunfan ó desaparecen, según el versátil gusto del público. La memoria del ministro de la moda constituye, sin embargo, la aspiración de grandeza de todas las modernas modistas.

Los brazos de las Venus

La noticia de que han aparecido los brazos de la *Venus* de Milo puso en conmoción al mundo de los artistas hace pocos días. Se duda siempre un poco de «esos» brazos. «No son», se dice una. Nunca la misma vena de su mármol se unirá á la vena madre del muñón cercenado. La vida, la movilidad, la desenvoltura, no pueden estar en esos brazos. Son brazos falsos, brazos como menestrales, de esos que sostienen vulgarmente una luz en los portales de casa grande, brazos quizá de manos preciosas, pero manos cuya psicología no responde á la estatua, brazos de una plástica delicada, pero en los que la *humanidad* de los brazos de Fidias no está.

Lo mismo que existen en Francia ocho brazos de San Blas, diez y ocho de Santiago, nueve de Santa Teresa y sesenta de San Juan, son éstos ya los décimos pares de brazos que se atribuyen á la bella estatua, y allá, en su rojo camarín de la catedral del Louvre, aparecen en una vitrina fragmentos de la rota piedra, que quieren pasar por pedazos del cuerpo divino de la diosa suprema.

Pero los artistas somos más severos que los católicos, y mientras la autenticidad no dé lugar á

dudas, ninguna mano sacrilega profanará el hermoso cuerpo de piedra con la antipática restauración.

Yo no comprendo á la *Venus* de Milo con brazos. Es la más imperfecta de las *Venus* célebres; las he contemplado á todas, y creo firmemente que ésta es la más divina, porque es la más humana.

El desnudo completo, que estamos cansados de oír proclamar como forma más perfecta del arte, no alcanza la suprema hermosura del cuerpo velado y visto á través de una túnica.

Lejos de nosotros los hipócritas que visten camisa á la estatua divina de Julia Farnesio en el Vaticano, que cubren de ropajes las pinturas de Miguel Angel en la Capilla Sixtina y tapan, con obscenas hojas de parra, la pura desnudez de las figuras de los museos; pero bien venidos los artistas que supieron presentar toda la línea del cuerpo humano sin la crudeza de la desnudez ni el pudibundo impedimento del traje.

La estatua con ropas á la moderna no puede concebirse, como en la tragedia actual no pueden ya intervenir las divinidades como actores. Ni nuestras modas ni nuestros dioses sirven de elementos para el arte; pero no hay nada comparable al encanto de aquella admirable túnica que aparece ligera y flotante en las bellas *canéforas* del friso del Partenón, cuya actitud reproduce Rafael en las ropas de la *Portadora de agua*, de su *Incendio del Borgo*, y Chiberti en las figuras de bronce del Baptisterio de Florencia; la túnica de ondulaciones severas y majestuosas, plegada como manto regio en torno de una Victoria ó de una vencedora Minerva; la túnica, trágicamente plácida, que envuelve á la desesperada Niobe en transparente velo de mármol y deja adivinar la carne y la forma per-

fecta de su cuerpo que el dolor abate, próximo á desfallecer en una angustia que commueve. Nada hay más bello que un semidesnudo así.

Dos son las venus Afrodita que aparecen con túnicas: la de Milo y la de Canova. En la segunda la túnica no es bella. ¿Por qué? Porque el escultor se cuidó demasiado de sus pliegues; porque hay amaneramiento y estudio harto visibles, y el pensamiento del artista aparece antes de la impresión ingenua del que contempla.

La *Venus* de Canova no es la diosa serena y tranquila, es una linda mortal que se asusta de su desnudez y parece querer huir. Da la impresión de una inocente muchachita que sale del baño y se ruboriza de su belleza. Con la *Venus* de Milo no sucede eso. No es su cuerpo modelo de perfección de forma, como algunos han podido creer. Su columna vertebral sufre una desviación, su torso está algo inclinado, su vientre se ensancha de un modo irregular; el muslo, envuelto en la túnica, es demasiado fuerte para la fina pierna que le sirve de sostén; pero en su actitud hay una seducción extraña, una verdad que cautiva; la rodea un sortilegio, es una piedra encantada la que retiene prisionera el alma del artista... un mármol que pide besos.

Y no me cabe duda de que contribuye á esta impresión de provocativa inocencia la falta de sus brazos. No se sabe si va á cubrir su desnudez con el blanco lino que la envuelve ó si va á desceñirlo con impúdica altanería.

¡Oh! Convengo en que el desnudo completo es más casto, más inocente, provoca menos al deseo que este misterioso semidesnudo que envuelve á la diosa en un cendal de pureza y esparce el encanto del rubor sobre su faz de mármol.

¿Cómo colocaríamos los brazos á esta *Venus*? ¿Qué artista ha encontrado una irreprochable colocación de brazos para el completo desnudo? La *Venus de Médicis*, de irreprochable cuerpo de adolescente, que puede confundirse en su corrección de líneas con un bello Apolo, en la que el escultor salvó admirablemente la posición de las rodillas —otro escollo de las bellezas desnudas—, no pudo salvar la posición de los brazos. Hay mucho de impudico en querer ocultar con la mano abierta secretos de su cuerpo que, en serena inocencia, no debe reparar, y lo mismo sucede con la *Venus del Capitolio*, tipo de mujer romana en competencia con sus hermanas griegas, con la *Venus Callipiege* y con la *Venus de Arlés*. Sus brazos les estorban. No mencionemos á la grasa *Venus Agripina*, estremecida al fuego de los amorcillos, porque llega á lo repugnante; ni á la *Venus Borgia*, con su amarillada actitud de reposo y la dureza de pliegues de su manto. Lo mismo sucede con la pintura: ni las *Gracias* de Rubens ni la *Venus del Falderillo* de Ticiano presentan una artística colocación de brazos. En esta última, su brazo izquierdo es capaz de destruir, si se piensa un poco, toda la esplendorosa armonía del conjunto. En cambio, ¡qué encanto tiene la mano de aquella misma mujer en el retrato que se conoce con el nombre de la *Bella de Ticiano*, cuando sale acariciante entre los terciopelos de su traje!

Más feliz Miguel Angel, halló colocación admirable á sus estatuas desnudas de la capilla Médicis. El *Alba* y la *Noche* son incomparables. Esta última, flaca, musculosa, vieja, puede competir con las venus más hermosas. Tiene una anatomía admirable; los huesos del tórax, los de la clavícula, los músculos de las piernas, todos, en fin, se acusan

de manera que parece que va á moverse y respirar. El pecho flácido, con la piel que ha dejado de ser tersa formando pliegues, es el estudio más acabado de la belleza marchita y soberana aún de una mujer hermosa. Ella, el *Crepúsculo* y el *Alba* tienen admirablemente colocados los brazos, porque duermen ó languidecen, porque están en reposo, porque no les inquieta su belleza. En el *Dia*, ya la actitud es más forzada; en una venus no podría tolerarse semejantes posturas.

Entre todas las representaciones del cuerpo humano, es la *Venus* de Milo la que causa mayor sensación de belleza.

Repite que crec contribuyen á ello sus imperfecciones, la feliz colocación de su túnica, y sobre todo la falta de los brazos.

Hay que pensar que el Destino se compadeció del desconocido artista, y al guardar con amor tantos siglos su obra en la tierra, que acariciaban las olas, colaboró en favor suyo, destruyendo los brazos de manera que no se adivine su colocación, para librarla del insulto de los restauradores; ahora que se alza triunfadora, con su belleza eterna é inmortal, encarnación del amor humano, sano y fecundante, con el gozo de vivir en plena Naturaleza, con el culto de lo bello y la adoración de la forma, sin misterios terribles que anonadan el espíritu ansioso de verdad ni falsos ideales de anquilación y sufrimiento.

Engaños de información

La información en que se presentan al público las figuras de mayor relieve, como un agradable entretenimiento, se mantiene entre nosotros en su justo medio, mientras en algunos países, como los Estados Unidos y Francia, alcanzan las proporciones colosales de una verdadera manía.

Hay casos curiosos de información. Con el deseo de hacer que las figuras más plásticas y más bellas de las artes decoren las revistas, se las obliga á acceder á metamorfosearse á capricho del repórter.

—Pero si yo no tengo perrito—dice la agraciada cuando la información tiene por título, verbigracia, «Los perros de las mujeres notables».

—No importa—contesta el repórter—. Los traemos de todas clases. Es solo un momento, un momentito...

Y así, sobrecogida, la princesa ó la cómica se dejan retratar con *Mignon*, el perro favorito, al que quiere con delirio.

Otras veces se trata de mayores excentricidades, y «la popular actriz», ó «la distinguida escritora», ó «la reina destronada», aparecen en falso:

la una con su serpiente, la otra con el puñal que lleva siempre oculto en el pecho, y que ese día ha mostrado al fotógrafo, y la otra con la corona que lleva para andar por casa en el destierro.

A todo se prestan las vanidades halagadas por la información y se certifican así costumbres falsas, literaturas excesivas, rarezas estupendas, que necesita el público para no hastiarse de vulgaridad, pues en este siglo, mientras declamamos en favor del naturalismo, los nervios predominan cada vez más, con más pasión y más romanticismo.

Un día se ve en las planas de una revista «Las quinientas pulseras de la señorita H». Se reproduce después en lugares distintos, se comenta la originalidad y se siente una profunda simpatía por la mujer que ha podido tener la saciedad completa de un capricho.

La carita de una actriz, su rostro fotográfico, embellece la información, y aparece con una intimidad que enloquece á los cadetitos y á las almas primitivas ó curiosas.

—¡Qué bella está así! ¡Qué postura!—exclaman.

Y apenas se ve lo que ha dado motivo á la información.

Otras veces hay un objeto más esencial de distracción que el que ha servido de pretexto al reportaje, y se oye exclarar:

—¡Qué bonita pantalla tiene aquella lámpara!

—¡Oh! No conocía ese sistema de cubrir la chimenea... Está bien... Lo ensayaré en la mía.

—¡Qué zapatos más lindos lleva!

No hablemos de los anuncios de revistas extranjeras, porque estas son ya informaciones inferiores, en las que el texto, de puño y letra de la celebridad escogida para el reclamo, cede demasiado á la docena de frascos y á los veinte mil ó á veces cien

mil exemplares de su efigie. «A ese perfume huelen las rosas del paraíso», dice una. «Una copita de su licor merece el sacrificio de la vida.» «Yo recordaré el día que lo probé como el mejor de mi existencia», dice otra. «Mirándonos en los espejos biselados—añade una ilustre poetisa—escucha la mujer hermosa el más hermoso piropo, la anciana vuelve á su juventud, el sexo feo se debe sentir irresistible.»

No hay reputación que no enloquezca por esa publicidad y no despida á los fotógrafos hasta la escalera.

Estas reflexiones me las ha sugerido una información reciente, en la que varias mujeres de fama, refinadas, que no salieron jamás de su gabinete, entre ellas la gran Cleo de Merode y Mlle. Spinelly, aparecen en fotografía haciendo una especialidad culinaria. Lucen sus bellas manos ensortijadas, haciendo ascos, con un melindre claro, al plato y á la sartén, simulan las labores que exigen por un momento el delantal, y miran sonrientes en un *flirt* encantador el objeto vacío de la batería de cocina en donde fingen hacer lo que no hacen.

La información es tanto más curiosa cuando esa misma revista reia, pocos días antes, de la falta de dotes culinarias de las mujeres francesas, afirmando que en los exámenes de los cursos de cocina celebrados últimamente ninguna alumna supo freír un huevo ni hacer un buen filete.

Pero la información obliga y ella hace el milagro de presentar facetas insospechables hasta de la misma persona que las ostenta, y que á veces despiertan una vocación en la incauta que las contempla.

Y ocurre también que lo que se ha dicho por galantería es tan grato, que se acaba por creer la

propia mentira. Por eso mucha gente anda perdida, sin encontrar su verdadero centro, pensando, no en «lo que es, sino en lo que cree que es». Nos perdimos en lo externo cuando escuchamos las impresiones de los demás, en lugar de escuchar á nuestra propia alma.

La elegancia de las manos

Las manos de la mujer han tenido siempre apasionados de su belleza, que con el pincel ó con la pluma cantaron su encanto y su espiritualidad.

¡Oh, las *manos cristianas*, las *manos religiosas*, las *manos venenosas*, las *manos de araña!* ¡Y todas las otras, y las otras, y las otras!...

Así los grandes pintores se han superado á sí mismos en la representación de las manos femeninas. Antonio Van Dyck, el pintor de las elegancias, nos ha dado la distinción suprema en las pálidas manos de mujer que caen sobre oscuros terciopelos y salen de los encajes blancos como flores de su cáliz.

Leonardo no puso más misterio y ensueño en los labios de su *Gioconda* que en la mística plegadura de sus manos; Miguel Angel ha olvidado la fuerza de sus figuras para ponerles unas manos tan espirituales, tan desecadas, tan puras, como las que tiene la estatua del cardenal Caraffa en la cripta de la catedral de Nápoles. Unas manos orantes, de plegaria.

Rubens y nuestro Goya, por el contrario, pintan manos más humanas, más pecadoras. El primero les da transparencia de rosa y nácar: parecen

atravesadas por rayos de luz; se cree que tomó por modelo las de su amada Elena. Las mujeres de Goya van llenas de vida y de verdad, con su mano ligera, reflejo de una voluntad fácil y de un ánimo varonil.

Porque las manos, como el rostro, tienen su fisonomía, su gesto, su ademán, su carácter. Parece, si se admite la teoría de Sängel respecto á los centros nerviosos de la médula, que no pensamos sólo con el cerebro, que pensamos también con las manos.

En cuanto á los escritores, no han prestado menos atención á las lindas manos. Recuerdo en este instante las hermosas páginas que les han dedicado Flaubert, Víctor Hugo, Gabriel d'Annunzio y los Goncourt, los cuales les llamaron «hojas del árbol de la vida agitadas por la pasión».

El divino Heine dedica un bello capítulo de sus *Reisebilder* á cantar aquella mano «de azulada red de venas y aristocrático brillo», entrevista en una catedral de Italia, y que no era una mano «medio cordero y medio rosa, desprovista de idealismo, mixta de animal y vegetal; aquélla tenía más bien algo de espiritual, cierto atractivo histórico, como las manos de las personas bellas muy bien educadas ó que han sufrido mucho».

Es una delicada observación psicológica que se comprueba fácilmente. La mano se educa, se espiritualiza. Tal vez de aquí nace el estudio de sus líneas. Los caracteres complejos, las personas de talento, tienen una complicación de signos y líneas que no aparecen en las manos de las personas sencillas. Se puede decir que las líneas de la mano reflejan las circunvoluciones del cerebro.

Hablo de esta importancia que tienen las manos para encarecer la necesidad de cuidarlas. Son tan

sensibles, que sufren con el frío y con el calor se enrojecen, se resquebrajan y se deforman.

Además, el gesto de la mano es el más necesario á la mujer. Una *mano muerta*, pesada, lenta ó inmóvil quita todo encanto y viveza en la conversación.

No hay gracia si la mano no la inicia con sus movimientos armoniosos; la mano debe poner fuerza en sus gestos, hasta en los movimientos desmayados y lánguidos.

Pero el extremo contrario se hace temible. El *manoteo* destruye toda la elegancia y da un aire de persona poco educada. La mano es una habladora indiscreta; para un observador revela el carácter en el modo de moverlas al hablar ó de tenderlas al saludo, se adivina el carácter de la persona, se ve si es franca ó recelosa, leal ó falsa, educada ó grosera.

A veces, en una mujer el movimiento de una mano echa á perder toda la *toilette*. Una mano rojiza, gorda, que se mueve á destiempo ó levanta sin gracia una cola; una mano angulosa, brusca, dura, que sujetá una cinta ó un rizo del cabello, ha destruido todo el encanto del conjunto, ha anulado los terciopelos, las joyas y los encajes de su dueña.

Es inútil cubrirse de galas si en el interior del espíritu no existen armonías para rimar con ellas. Será bueno cuidar la belleza externa de la mano; pero es preciso no olvidar que la distinción y el encanto principal que encierran reside en el espíritu, y de aquí, aunque parezca paradójico, resulta que, para poseer unas hermosas manos, hay que poseer una hermosa alma.

Esposas de presidentes

La República francesa tiene su nuevo presidente en M. Poincaré, y al verificarse este hecho histórico dirigimos una mirada retrospectiva hacia sus predecesores, no para juzgar su labor, sino para consagrar un recuerdo á las que fueron sus compañeras durante el tiempo que duró su cargo.

Ateniéndonos á los términos de la Constitución francesa, la esposa del presidente de la República no es *la presidente*. Teóricamente no es más que una ciudadana como todas las demás; pero en la práctica no sucede lo mismo. Siendo la dueña de la casa en el *Elysée* la esposa del presidente, es en cierto modo la *dueña de la casa nacional* y se ve obligada á aportar algo de su dulzura femenil á la austeridad democrática de las recepciones y á recibir en su casa á los soberanos extranjeros.

Nadie ignora que, á veces, de pequeñas causas se derivan grandes efectos, y que de la simpatía de una reina ó de una *presidente* depende la aproximación de dos naciones, sin necesidad de pacientes astacias de hábiles diplomáticos.

El papel de *la presidente* es más difícil que el de *la soberana*. A esta última se la educa para reina, le es familiar el fausto de la corte, y está,

por sus costumbres, separada de las costumbres del vulgo. La *presidente* ha de conducirse estudiadamente como la soberana por la formación de su carácter; y además, la *presidente* no ha de olvidar que ella no es la soberana. En todos los momentos necesita recordar que no posee ningún privilegio; pero ha de unir á su modestia la dignidad que el alto rango del esposo le impone. Se necesita aunar distinción y sencillez, inteligencia y *esprit*, un gran tacto y un gran equilibrio para no sentir nunca el deseo inmoderado de brillar.

Las mujeres francesas han dado altas pruebas de poseer ese buen sentido; á pesar de no estar acostumbradas al protocolo, han sabido adaptarse, con flexibilidad femenil, y ser dignas de su rango sin abandonar las dulces tareas de su hogar burgués.

La primera *presidente* de Francia fué madame Thiers. Casada cuando apenas tenía quince años, formó con su encanto y su belleza el salón más *chic* de París, y cuando los días sombríos del *golpe de Estado* compartió con su esposo las amarguras del destierro en sus tristes peregrinaciones por Europa. Tal vez con una mujer más frívola y menos amante, Thiers no hubiera tenido la fuerza moral necesaria para cumplir su destino. Ella supo acompañarle dignamente en su elevado cargo, y después de su muerte guardó el culto de su memoria como amante fiel, publicando los *Discours parlementaires* de su esposo, cuyas pruebas corregía cuando la sorprendió la muerte.

La segunda *presidente*, Mad. Mac-Mahón, nacida en Castries, era el tipo por excelencia de la dama del gran mundo; envanecida de su alto linaje, creía que la magistratura suprema de su esposo la perjudicaba en vez de enaltecerla, y no quiso

tomar parte en la vida pública, ni siquiera en las grandes fiestas con que la República obsequió al sha de Persia, primer soberano que la visitó.

Madame Grevy no tomó tampoco parte en la vida pública, aunque por razones contrarias. Su rara modestia le hacía querer conservar sus hábitos sencillos de mujer del pueblo. Se cuenta que salía á pie del Elíseo para hacer sus compras como la más humilde ciudadana.

Con Mad. Carnot apareció el tipo de la aristócrata republicana; cuando su marido ocupó la presidencia, ella, que había vivido en el interior del hogar, supo encontrar el ademán, los gestos y la distinción de una soberana de nacimiento. Su parte en la vida pública fué bienhechora, pues todo su esfuerzo se realizó en favor de los desvalidos, consagrando sumas considerables á las obras de beneficencia. Al mismo tiempo sus recepciones eran fastuosas y del gusto más exquisito.

Después de la muerte trágica de Sadi Carnot, la viuda rechazó con triste dignidad la pensión nacional que le ofrecía el gobierno, y al morir dejó una renta de 50.000 francos para socorrer á las viudas de los obreros.

Madame Casimir Perier vino á realizar el tipo de la mujer elegante y representativa. De su corto paso por el Elíseo se conserva el recuerdo de recepciones verdaderamente regias y mundanas. Con motivo de su reciente muerte toda la prensa ha rendido un homenaje á su grandeza.

En el tiempo de Félix Faure, la presidenta verdadera no fué su esposa, que deseó quedar retirada en su vida sencilla del hogar, sino su hija Lucía, escritora de mérito, que hizo un salón literario, rodeándose de artistas, de poetas y de hombres de ciencia.

Con Mad. Loubet volvieron otra vez al Elíseo las costumbres patriarcales y sencillas, pues la *presidente* era, ante todo, una dama buena, modesta, cariñosa y muy dada á la vida de familia.

Madame Fallières, que acaba de abandonar el palacio presidencial, ha sido otra de las damas que ha sabido dar pruebas de cordura y distinción, soportando resignada «los pequeños inconvenientes del oficio».

Ahora el peso de la representación cae sobre otros débiles hombros de mujer. ¿Será más feliz Mad. Poincaré en su alto cargo que lo ha sido en su sencilla vida familiar? Lo dudo. En el interior del hogar, en la unión de dos espíritus que se compenetran, existen supremas dulzuras que, al interrumpirlas el curso cruel de ambiciones ó deberes, nos oprimen el corazón.

Tal vez la mujer amante camina con tristeza, con paso incierto, deslumbrada y sin fe, lejos de su gabinete familiar, con el rumbo inseguro de lo desconocido.

Y hay que confesarlo. Casi no se las conoce. Llegan á la presidencia un poco decadentes. Su esposo aun no es viejo; pero ellas han envejecido un poco por esa ley injusta que aja á las mujeres antes que á los hombres; de su juventud no se ha acordado nadie; fueron quizás bellas; pero mientras al presidente se le piden hasta sus fotografías de niño, vestido sólo con una medalla, á ellas nadie les pide la galería de su pasado, y ellas tampoco se atreven á exhibirlo. No tienen derecho á dar su fotografía de jóvenes. Se notaría demasiado la diferencia junto á su aspecto en la calle y en las instantáneas de actualidad. Además el tiempo que evocarían no tiene derechos de publicidad, y eso las intimida. Han pasado inadvertida su juventud.

tud, que es sobre la que sentarían mejor las joyas de la presidencia.

El público, además, si es republicano para los reyes, es monárquico para las reinas. Si fué cruel con María Antonieta fué porque temió ceder ante ella, con ese temor á reincidir por su encanto que exaspera al amante y le hace cegarse y hacer fatal, por exceso, la ruptura. El pueblo tiene, por lo general para las reinas, un monarquismo supersticioso, lleno de ternuras de criado anciano, que exige su fotografía cada cinco minutos, aunque por su continuidad insistente resulte siempre idéntica.

De las presidentas, tan burguesas, sólo exige una presentación; quiere conocerlas porque son las esposas del presidente, del que parecen no compartir la autoridad ni el rango. Son las dueñas de su casa, no las dueñas de su palacio, con una moda un poco anticuada, sin joyas de relumbrón, esas joyas que ya han abandonado los reyes en la exhibición, vistiendo la levita y la chistera de los presidentes, pero que las reinas conservan.

Las presidentas se asemejan demasiado al pueblo, á sus mujeres escondidas y hogareñas. El presidente tiene un uniforme; pero ellas no tienen ni manto de corte, ni armiño, ni cetro, ni corona, ni un sillón dorado y espléndido al lado del de su marido. Han de sentarse á su lado en una simple silla.

Todas sonríen un poco deslumbradas, con sonrisa demasiado agradecida. Su peinado y su atavío no tienen ningún atrevimiento.

Pero esto le conviene al pueblo; que sean así, humildes, sin vanidad, sin gran belleza, porque si fueran bellas y orgullosas incitarían á sus maridos á proclamarse emperadores.

Y sin embargo, son tantas ya las presidentas

de repúblicas, que podrían imprimir un Gotha para oponerlo al otro. Es cuestión de que persistan, se comuniquen y entre todas se inventen un distintivo.

Son ya 23 presidentes de todos colores los que existen. En Europa, además de las repúblicas francesa, suiza y portuguesa, existen las de Andorra y San Marino; en Asia hay un presidente de piel amarilla, su excelencia Yuan-Shi-Kai, y en África, en Liberia, un presidente de la raza negra. ¿Por qué estos presidentes no han de figurar en un Gotha como el príncipe de Mónaco ó el duque de Luxemburgo? Y sobre todo, ¿por qué, como sucede en las monarquías, los pintores no reproducen la figura de sus presidentas y éstas se cuelgan en los estrados, en los sitios públicos?

Sería un homenaje democrático que honraría á los pueblos como el amor á sus madres y á sus esposas, sin esa mezcla de humillación que ponen en su amor á esas mujeres, ofuscado por los grandes espectáculos y las grandes coqueterías, desdeñosos y crueles.

Cincuenta años de teatro

Un hecho extraordinario en los anales del teatro acaba de realizarse en nuestros días. La gran trágica israelita Sarah Bernhardt celebra el cincuentenario de su vida escénica.

Londres, donde actualmente se encuentra trabajando, ha celebrado estas bodas de oro de la artista con esplendidez, ofreciéndole un homenaje entusiasta. La noticia de esta actualidad produce al leerla una extraña impresión de anacronismo. Sarah es para nosotros, á la vez que una contemporánea, una reliquia del pasado; tan acostumbrados estamos á leer su nombre en viejas revistas y libros antiguos. La concebimos mejor fajada y embalsamada, como una momia de las novelas de Teófilo Gautier, que como una mujer por como está dotada de esa eterna juventud que le hace sobrevivirse á sí misma y centuplicar su vida, desdoblándose en tantas creaciones.

¿Será posible calcular los personajes masculinos y femeninos que en sus cincuenta años de teatro ha representado esta mujer? Porque Sarah Bernhardt tiene esa duplicidad que consiente á una actriz representar los papeles masculinos, y su figura ha llegado á ser tan culminante, que el

público ha resistido la superchería de la suplantación de sexo como vindicado en la mujer que, con su genio, reune espiritualmente los dos sexos en un sexo superior.

La historia de Sarah es superior á la de toda otra mujer, porque ella ha sabido tener el don de la perseverancia tan excesivo, que la noticia de que este año es su cincuentenario de actriz parece rebajar en años la cifra de sus éxitos.

La idea de su continuidad, de su longevidad es tal, que no se concibe bien que llegue á morir y si que sea la continuación de otra existencia. Parece que en ella vive una figura de mujer anterior á ella, fuerte como un símbolo; y de tal modo es viva esa superstición que sugiere su gloria, que parece que esa Adriana Lecouvreur que ella imita con preferencia en el drama que lleva por título el nombre de la célebre trágica del siglo XVIII, ha encarnado en su sucesora del siglo XIX y que persiste en ella con todo lo que tenía de prestigio clásico, académico y solemne su figura representativa.

Para este milagro de conservación, Sarah ha sabido cuidar, con la misma asiduidad que su figura escénica, su figura privada, renovando constantemente todas sus anécdotas. Ha tenido ese aspecto novelesco que para los franceses necesita la vida íntima para no decaer de interés. En sus fastos de mujer siempre bella, figuran desde el pobre enamorado que se cuelga de un farol de su calle hasta el príncipe fabuloso que se arruina en vano para conseguir una sonrisa. Aun, á sus años, ha sobrecogido á París últimamente la noticia de su próxima boda con el apuesto galán joven de su compañía.

Ha cultivado también las rarezas, esas rarezas que atraen como un enigma, y se cuenta que, con

un rasgo de altivez rayano en el delirio, dormía en su propio ataúd.

Los veranos, retirada en su isla, como una soberana, frente al mar, con su gesto trágico y magnífico, ocupa las columnas de los periódicos por las extravagancias y originalidades de que constantemente se rodea.

En su inquietud de artista, ha perseguido todos los fines de la existencia: ha tenido temporadas de amor, de retiro, de vida de familia y de cultivar diversas artes; ha escrito, ha pintado y ha esculpido con el mismo talento y fortuna, aunque su pasión por el teatro la ha hecho abandonar bien pronto todo lo que no sea esa manifestación del Arte.

Su fortuna le ayudó á su triunfo. Se cuentan fabulosos gastos de *toilette* y de tocador para mantener una belleza que se conserva en realidad por el prestigio de su genio. En París, donde radica su fortuna, posee un lindo teatro que perpetúa, con su aureola de luces eléctricas en el frontón, el nombre que la gran trágica ha hecho mundial. Porque Sarah, con la sutileza de su gesto expresivo, ha hecho el milagro de hacerse entender de todos los pueblos por donde pasó, dando la vuelta al mundo, como si hablase á cada uno en su propio idioma, y en todos se la recuerda como la primera trágica del país. Quizás el ser judía la hace ser de todos los pueblos en que supo hallar una Jerusalén ideal.

En España recordaremos siempre aquella *Dama de las camelias* que en Sarah perdía una parte de su falsedad, demasiado lánguida, por lo humano de su gesto, de su fragilidad natural y de su muerte.

Hoy, rica, con un caudal inagotable de memo-

rias, ocultándose bajo el *maquillage* ó bajo un rizo bien dispuesto, en la penumbra de un sombrero ó á favor de una distribución de luz tan artificial como ella la requiere, Sarah Bernhardt se defiende del tiempo y continúa en sus papeles de dama joven, sin reducirse á ser la actriz de carácter, dando ese paso trágico que dan todas las actrices.

La ayuda en esto toda la importancia de su éxito, que pone como una perspectiva entre el público y ella, por esa admiración que ya no se discute ni critica, propia de los pueblos sometidos á ella.

Y así como toda figura de actriz vieja deja ver sus *maquillages* y entristece ó repugna, en Sarah parece que se da con amplitud y franqueza el triunfo de la vejez, y de la muerte misma, hacia la que sabe caminar sin miedo, con la mano tendida, los ojos de luz y de pasión y la sonrisa de la eterna coquetería.

Mujer fuerte

«Mujer fuerte, ¿quién la hallará?», nos dice en uno de sus poéticos versículos la Biblia, y esas sencillas palabras evocan toda la concepción de la mujer que sabía hilar el lino y el hilo, tejer sus telas de púrpura y sus lienzos blancos; de la mujer que vela para que no falte aceite en su lámpara, que compra un campo de vid y lo cultiva, para que sus hijos y su esposo la respeten y sus conciudadanos la llamen bienaventurada. ¡Hermosa concepción de la mujer fuerte en la vigilancia y cuidado de su hogar! Si después de la concepción de la mujer en la familia buscamos otro tipo de mujer fuerte en la antigüedad, Débora administrando justicia, Judit defendiendo á sus hermanas, Ester salvando á su pueblo, se nos aparecen siempre grandes, poderosas, magnánimas, como una demostración de que al dejar el trono del hogar es siempre á impulsos de un sentimiento levantado, patriótico ó humanitario.

Mujer fuerte es la que sabe ser débil, dejarse seducir en la oportunidad suprema, y por eso, porque la mujer de la antigüedad se supo decidir sobre todo, es por lo que se revela fuerte. Ella no se

resistió con la fortaleza vana y pasiva y mediocre, sino que se rebeló y se asistió á sí misma.

La mujer de la antigüedad nos da tan hermoso ejemplo, que en justicia obliga á exclamar á sus historiadores: «Mujer fuerte, ¿quién la hallará?»

Durmió, después de la primitiva lucha de los cristianos, el ideal de la mujer fuerte, y las delicadas y frágiles figulinias reemplazaron á las arrojadas matronas. Ser anémica, clorótica, inútil y enfermiza fué el ideal de la belleza femenina mucho tiempo. No han faltado, sin embargo, mujeres de exaltación heroica en todos los momentos ni mujeres fuertes. Yo conozco muchas. En Almería habitaba frente á mi casa una dama solterona, de aspecto vulgar; había heredado de sus padres una fortuna, y la gastó toda en criar á diez hijos huérfanos de una hermana suya. Por ellos renunció al amor, al matrimonio, á los hijos de su carne; se arruinó, y vivía dichosa al verlos crecidos, aguantando sonriente siempre las ingratitudes y la desconsideración de una educación que á fuerza de cariñosa fué descuidada. ¿Puede dudarse de que mi sencilla vecina era una mujer fuerte, heroica? ¡Hay tantas de estas almas buenas, de santa y desconocida virtud! Yo creo que ellas indican mayor suma de bondad y grandeza en el tranquilo curso de la vida que los arrebatos ocasionales que estremecen los nervios y llevan el cerebro á la locura, hermana del heroísmo.

El feminismo nos ha creado otro tipo nuevo de mujer fuerte. Este aparece de dos maneras. Simpático, en Nicolasa, de *Matrimonios morganáticos*, de Max Nordau; abominable, en *Mistress Warren's profession*, de Bernard Shaw.

La primera es la mujer educada, consciente de su deber, tolerante y dulce, y la segunda de cora-

zón seco, sin sentimientos, que gusta más de andar entre estadísticas y seguros para ganar unas cuantas monedas que de escuchar á Beethoven ó de recorrer un museo, que se encastilla en su honradez para rechazar á su propia madre, para sustraerse á las leyes del sentimiento, á la hermosa mentira del amor, y que hace exclamar á la protagonista del gran dramaturgo inglés: «¡Dios nos guarde de un mundo en que todos quieran obrar rectamente sin ninguna consideración!» Parodiándola, podría decirse: «¡Dios nos guarde de estas mujeres fuertes!»

Las encantadoras

Pocos animales tienen ese encanto terrible y misterioso que emana de la piel leopardina de las serpientes.

El terror que inspiran va mezclado á algo de curiosidad inquieta; hay una elegancia en sus formas, en sus colores, en los movimientos lentos y majestuosos, en las actitudes graciosas que las combina en monogramas. Tal vez la leyenda de que el diablo encarnó en la serpiente para perder al género humano nos ha hecho armonizar las ideas de mujer y sierpe.

En todos los tiempos, aparte emblemas de mal gusto que nos han representado medio mujeres y medio serpientes, la figura de estos animales se ha asociado al atavío femenino. Los brazaletes de los griegos tenían forma de serpiente. Yo recuerdo haber visto en el museo de Pompeya una momia que conserva en su antebrazo la serpiente de oro.

No era entre esos pueblos de mal augurio la serpiente. Para tenerla propicia se le ofrecía el vaso de leche en la pintura mural que presidía la entrada de la casa, y sólo con satisfacerle este pequeño egoísmo se podía contar ya como uno de los dioses lares de la familia.

Hay alrededor de las serpientes una leyenda de misterios; los encantadores que las duermen al son de su música y de su canto hacen pensar en que la serpiente siente la sugestión del arte, y por eso se duerme también en el seno de las mujeres bellas y adorna con su piel de escamas sus brazos y su cuello.

Las egipcias son quizás las primeras mujeres que no sólo las representaron en sus joyas y llevaron el *arus* sagrado sobre su frente, sino que jugaron con ellas en su regazo.

Todo lo que se ha comprobado de las serpientes es extraordinario. El poder mudar la piel y vestirse de nuevas y policromas escamas en una perpetua juventud; el poder de sugestión que lleva hasta ellas á los pájaros; el sueño que infunden en las mujeres criando, cuyo pecho oprimen, sin morderlo, para extraer el jugo lácteo; la astucia, la perspicacia, son condiciones todas que les dan una especie de aristocracia sobre todos los otros animales.

El Brasil es hoy día la tierra donde existen más serpientes venenosas, si bien no se registran tantos accidentes desgraciados como en la India. El Estado de San Pablo es célebre por el Instituto Butantan, donde en bellos jardines y bosques viven en aparente libertad todas las razas de serpientes del país, que dejan oír el ruido de sus silbidos y sus crótalos al asustado visitante.

Mientras allí los doctores de más fama se ocupan en estudiar las serpientes para descubrir un suero que pueda servir de antídoto á las diferentes clases de venenos que encierran las diversas especies, una bella dama se ha presentado al público de Londres sorprendiéndole con el cortejo de serpientes, con las cuales juega, se envuelve y se

hace morder. Son todas serpientes brasileñas, soberbios ejemplares de las veinte especies diferentes del país—hábilmente cazadas con lazo por los indígenas, y á las que se les ha extraído el veneno que las hacía peligrosas—, y con las cuales la linda Mary puede hacer sus juegos ante el sorprendido público.

El secreto de que son inofensivas no es del dominio del vulgo. Si lo fuese, las suertes ofrecerían menos interés. Hay la secreta esperanza de contemplar un dolor, el sadismo de compadecer á esa mujer elegante, bella y sonriente entre las convulsiones de una bárbara agonía.

Pero de todos modos el espectáculo es sugestivo é interesante. *La mujer de las serpientes* tiene algo de serpiente en la profundidad de sus ojos negros, y las serpientes tienen algo de mujer en la lenta y felina gracia de los anillos de su cuerpo, redondo y mórbido.

Y tal vez sea lo mismo una sugerencia de leyenda la que hace temer la caricia de unos ojos negros y el abrazo mortal de la serpiente.

Sin acuerdo

Hay cosas que consideramos como grandes problemas sin resolución, precisamente porque son tan sencillas que cada cual las resuelve á diario como le parece mejor, sin perjuicio de que todos las sigan discutiendo y no puedan llegar á un acuerdo ó contradigan con los hechos las teorías.

¿Deben casarse los artistas?

En caso afirmativo, ¿deben ser artistas ó mujeres vulgares sus compañeras?

En la contestación de la primera pregunta, después de confesar sus dudas pasadas, el novelista Zamacois acaba por decidirse en favor del matrimonio, *para el vulgo de los artistas*. Es decir, para todos esos jóvenes inquietos, más ó menos intelectuales, soñadores, ansiosos de vida, muchos de los cuales aparecen como soles en el cielo del Arte y no tardan en desaparecer como meteoros. Esos—dice el escritor Zamacois—deben tener ocupaciones graves que los aten al mundo de la realidad y exciten su voluntad con los deberes del hogar y de los hijos...

Los casa para ponerles una cadena, los condena á trabajos forzados. Les quita su hermosa libertad de bohemios para hacerles asistir á las oficinas, ser secretarios de algún ministro ó traducir

por 50 pesetas libres á un editor. Esto es para muchos el equilibrio y el triunfo de la voluntad. ¡Crear deberes al artista! ¡Sujetarlos á la vulgaridad del trabajo retribuido! ¡Poner siempre entre la cuartilla que escriben ó el lienzo que pintan la figura de un comerciante que paga su trabajo y de una mujer que mira el calendario para que lo termine en día fijo y entre pan y carbón en la casa! ¿Hay así artista posible?

El libro inolvidable de Daudet *Mujeres de artistas* prueba el peligro, las melancolias y las monotonías inaguantables de que están llenos esos matrimonios. Sin embargo, es una promesa de frase tan bella la de la boda, que es doloroso prohibir á nadie el derecho de usar esa promesa, de lucirla, de imaginarla ó de renunciarla.

Si hubiese una prohibición terrible escrita en una ley de excepción, tiránica y mordaz, referente, por ejemplo, á un acto tan voluntario y tan libre como es el suicidio, yo creo que nos suicidariámos, que sentiríamos una violenta ansiedad de suicidarnos nosotros que de otro modo no lo hubiésemos hecho jamás.

Mi amigo Eduardo epina que se casen, tal vez porque considere el matrimonio una piedra de toque para revelar el genio si sabe triunfar de sus miserias, y aquí empieza la otra cuestión. ¿Será intelectual, no será intelectual la esposa del artista? No creo que sea la intelectualidad precisa para la felicidad de muchos de esos jóvenes que forman la *muchedumbre dorada*, porque empiezan por no poseer ellos una gran cultura. Tienen imaginación, un baño de lecturas modernas, los conocimientos que les da la prensa diaria, y naturalmente, una mujer que supiese más que ellos les humillaría.

Por otra parte, si á su vida inquieta y ansiosa

se uniese otra de mujer ansiosa é inquieta; si á sus ansias de ideal respondieran otras ansias; si á sus luchas siguieran otras luchas, el descanso, la paz, la tranquilidad del hogar, que es la última celada y la última traición del matrimonio, desaparecerían.

Por eso, sin duda, el autor del artículo se pronuncia por que las esposas de los artistas no sean artistas también... Mas en el momento de pronunciar su fallo, se detiene y exclama:

«Lo esencial es que la mujer ame intensamente al artista que comparte su vida, porque en el amor hay admiración y ésta siempre es dulce, aun cuando la persona que nos admire no haya leído á Hégel. Además, es cómodo...»

¡Oh, supremo egoísmo de artista! En esas frases se revela el sentimiento del propio valer, de la propia estimación, que hace á cada artista un Dios, un centro del universo, incapaz de amar en el supremo olvido de todo. Si; deben ser vulgares sus esposas; una mujer inteligente, que analizase su alma y se creyese digna de su cariño, sufriría demasiado cerca de ellos.

El artista lo embeillece todo en su imaginación. Hay dentro de él paisajes de luz, tierras de ensueño; es un dios, y diviniza cuanto ama. ¿Pero llega á amar? Este es el fundamento de las demás cuestiones. Creo que el artista siente un amor inmenso, grande hacia todo lo bello, hacia todo lo hermoso, hacia todo lo que crea... El lo encarna en una mujer, en una idea; pero no es el objeto en que encarnó su ideal lo que ama; es el ideal mismo... Será desgraciado siempre que vea la realidad. Dejad á su lado una mujer sencilla, modesta, buena, que no comprenda sus luchas ni su martirio de incesante ansia de lo infinito. Una mujer así no admira al

artista, porque no se puede admirar lo que no se comprende. Su mérito es para ella como el que un niño encuentra en una piedra preciosa, con la cual juega, sin conocer su valor, porque es bella y brilla.

Alejandro Sawa ha dado su opinión también en esta materia hablando de la commovedora *amistad amorosa* de Rousseau con Mad. Warem, del idilio de *Les Charmettes*, que iluminó con reflejos de ópalo la juventud del filósofo.

Para mí este sería el ideal; la mujer sencilla, modesta, buena, instruida, como Mad. de Warem; capaz de comprender al artista; de acariciar su frente con amor maternal y con indulgencia de ángel. La mujer que pueda no ir al matrimonio, que no exija en el amor ese requisito y que un día por una persuasión honda y secreta, voluntaria, callada entre en él; una mujer solitaria, inteligente, reservada, transigente, viajera, admiradora y comprensiva del paisaje tanto como del hombre, con sus ojos llenos de la suficiente variedad para que el matrimonio no se llene de sus desesperadas consecuencias. Contra mi costumbre, busco un término medio entre las dos opiniones: ni una luchadora artista ó sabia ni una analfabeta, y se habrá observado que no hablo de la belleza. ¿Para qué? La bondad es belleza; el talento es la sensualidad perfecta.

Beethoven y las mujeres

He seguido con interés creciente la controversia que respecto á una pieza de René Fauchois, ese hombre nuevo que tan distintas y originales fuerzas ha hecho contribuir en sus obras en el Odeón de París, han entablado en los periódicos de aquella capital, diciendo respecto al tema muchas cosas de substancia y tino.

Existen pocos genios que nos inspiren una adoración más universal, más profunda, más sublime que Beethoven, y el gran maestro es el héroe de la pieza, hermosamente escrita, que aplaude en estos momentos el público francés.

Los artistas se dividen en dos bandos. ¿Debe presentarse á un hombre de genio al público despojado de su aureola de Dios con todas nuestras pasiones, nuestras pequeñeces y nuestras miserias? Unos responden que no, que el artista pertenece á la posteridad únicamente en su obra; otros afirman que lejos de perjudicarlos los hace más dignos de nuestra admiración. «Vedlos con las frentes en el cielo y el corazón cerca del nuestro.»

Aparte la razón que ambos bandos puedan tener, en verdad que pocas figuras más bellamente tristes pueden pasar por las páginas de un drama

que la del divino Beethoven. «Sí; Beethoven trágicamente informe era feo; frecuentemente fué objeto de mofa, y las mujeres le negaron su amor; todos los dolores humanos fueron su musa.»

Convendría humanizar á los genios, hacer obras dramáticas constantes y hondas en las que sólo al final, después de mucha cosa cotidiana y mortal, apareciese su nombre luminoso y admirado. Sería una manera de corregir la sequedad, la inferioridad estéril, la falta de humanidad de los admiradores, que no son más que admiradores fanáticos y aberrados del grande hombre.

Y esta afirmación que se desprende de la obra de Fauchois da origen á otra nueva controversia. ¿Qué papel desempeñan las mujeres en la vida de los genios, benéfico ó perjudicial? ¿Puede culpárselas de frivolidad cuando les cierran las puertas de su corazón?

A la primera pregunta la contestación es inmejorable, puesto que se apoya en el testimonio de la historia. Amante ó esquiva, la mujer ejerce bienhechora influencia sobre el artista. Aun cuando destruye el corazón del hombre, es necesaria para dar vida á sus creaciones: ángel ó demonio, diosa ó sierva, discreta ó estúpida. ¿Qué más da? La idealice ó la maldiga, es necesaria para sus creaciones. «El genio sin amor ó sin odio, que es la imagen satánica del amor, no puede existir», aunque otra cosa pretendan *los futuristas*.

Sin embargo, no se puede acusar á las mujeres de frivolidad ó de inconstancia por no amar á los hombres de genio. Sin duda el amor más grande, el más puro, es el que se funda en la admiración; pero se puede admirar sin amor. La Naturaleza tiene sus traiciones, y existen muchos hombres que sólo son bellos en el momento de crear. El genio se

enciende en ellos como la luz que arranca chispas polícromas de una lámpara de barro; al extinguirse se nos aparece distinta, vulgar y hasta repulsiva.

La mujer necesita el hombre ecuánime que se renueve ó muera. Es difícil, necesita mucha imaginación y mucha naturalidad la consecución de la mujer. Un error, una parcialidad del hombre, una timidez ó un cinismo le perjudican para siempre. En su gesto debe haber toda la escala grave y toda la escala jovial y aguda.

Beethoven amó á las mujeres mucho; abrigó ilusiones bellas, sufrió y produjo según el ritmo de su corazón. Son sus latidos lo que se escucha en su obra.

Teresa de Brunswick, Bobette de Keglevies, Cristina Gherardi y la hermosa cantante Magdalena Wilmann pasaron á su lado indiferentes ó esquivas al amor que inspiraron. Alguna lanzó una carcajada que arrancó un gemido al músico inmortal. Más piadosa Julia Guiccardi, le quiso dulcemente, acaso subyugada por su genio; pero la pasión la llevó bien pronto á los brazos de otro hombre, hermoso y joven. La misma suerte tuvo la simpatía de Teresa Malfati. ¿Culparías? ¿Por qué? No pudieron estar á la altura necesaria para enamorarse de la belleza de tempestad que reflejaba el Arte sobre el semblante de Beethoven. Fueron necesarias para agitar aquel corazón y producir armonías inmortales, como el alma perversa de Judas fué necesaria al gran drama del Calvario y como la traición y el desengaño nos son precisos para incitarnos á la lucha y hacernos amar la lealtad y el bien.

La flor que se abre esparciendo su perfume regenerador en su vida de sombra es la dulce Bettina

Bretano, la niña entusiasta que llega á él con el saludo de Goethe y que lo rodea de una admiración tan ingenua y consoladora como el amor mismo.

Presentar en primer término tan simpática figura ha sido el acierto del dramaturgo francés.

Ella poetiza la amarga vida de Beethoven, amarga con una amargura de la que quizá se surtió más que nada su genio, de tan reconcentrada y entera mascarilla, de tan apretado dolor, de tan dinámica y sensual desesperación, de tan atravesada soledad. Fauchois, el *unanimista* más representativo, rebelde y abnegado, ha adorado en esta obra la individualidad del genio, su soledad, su finitud desgarradora y ejemplar, y á la vez le hace vivir como Dios entre los fulgores de su admiración sencilla, y redime á nuestro sexo de la mancha que parece arrojarle la historia acusándonos de no haber sabido ver el alma inmensa del gran músico para rendirle pasión y vasallaje.

“Colombine,, y Pierrot

Augusto Suárez de Figueroa me dijo el primer día de *Diario Universal*:

—Usted se llamará *Raquel* en el periódico.

Lo dijo en voz alta en la redacción y el seudónimo se discutió, se varió. Verdaderamente un seudónimo no se puede pensar perfectamente nunca, no se puede hallar ni todo lo supremo ni todo lo indiscutible que se quisiera. Siempre es discutible y liviano para uno mismo. Es una cosa de bagatela y de impremeditación.

Apareció aquel primer número de *Diario Universal*, que sólo leímos los redactores, porque no salió al público. Fué el ensayo general, con *trajes*, con *pruebas*, con *número*: el *número* humilde, caliente, perfumado, sin doblar. Mi artículo apareció con el seudónimo de *Raquel*, pero á Figueroa, por lo mismo que el seudónimo puede ser cualquiera antes de ser «uno», movido, propagado y hermanado, se le ocurrió que en el número definitivo del día siguiente me llamase *Colombine*. ¿Por qué? ¿Quizás creyó por la desenvoltura, por la agilidad y por la frivolidad que necesita el periódico mezclar á la sesudez de sus artículos de fondo y sus políticas era necesario que yo firmase *Colombine*?

No lo sé. En íntimo coloquio con uno mismo no se puede justificar un seudónimo. O es un acróstico, y en ese caso es algo muy externo y muy incongruente, ó es un nombre novelesco ó histórico de buena sonoridad, y entonces siempre al sentirse bajo el nombre supuesto nos encontramos distintos á él con hondas diferencias insuperables sin entusiasmo ni familiaridad con el seudónimo.

¡Colombine! Acepté el seudónimo porque me lo dió un periodista insigne, un maestro, y quise vestirme al escribir de alegres carcajadas, de ligera frivolidad, de loco cascabeleo y relumbrón de lentejuelas de metal y collares de vidrio, de todo el aturdidor torbellino en que aparece envuelta la romántica, graciosa y picaresca hija de Casandra, esa creación de la comedia italiana que conquistó el mundo con sus risas.

Se logra pocas veces; la escritora que sueña, piensa y analiza no puede reír con la alegre despreocupación de la pagana Colombine. Debía una reparación á esa deliciosa criatura, desvirtuada por mí; debo cantar siquiera un día á los amores tristes y ridículos de la belia Colombine y el pálido Pierrot, fuente de inspiración de los artistas, á esa Colombine de tan sonoro nombre, sonoro como una nota de violín, ese nombre que desconcierta sin entrar en el recuerdo de la figura que revela hasta haberse apagado la cristalina nota de su *bohemia*.

¡Colombine! Es para mí una cosa del oído más que del corazón y sólo cuando pienso veo á esa otra mujercita graciosa é insufrible del teatro.

La historia ligera, la historia de risas, que se desliza entre percalinas de colores, toma acordes de tragedia con el amor del pobre Pierrot, amante traicionado que llora su tristeza y va de noche, á la luz de la luna, á entonar sus trovas ante la

ventana de la ingrata Colombine. ¿Por qué conmueve más este pobre Pierrot, grotesco y feo, puesto en ridículo por la veleidad de su amada, que el bello y triunfador Arlequín? Acaso porque sufre; acaso porque hay en él la expresión de un sentimiento sincero.

Pierrot, triste, pálido, con la mueca de la alegría sobre el pintado rostro y la agonía del amor en el alma, expresa un sentimiento tan humano, tan vehemente, tan sincero, que todos los modernos Pierrots y Colombines le saludamos con cariño y respeto murmurando:

—Hermano, te comprendemos.

Porque serán pocas, poquísimas, las almas en donde no exista la herida de la traición... casi estamos familiarizados con ella.

Pero aunque el pobre amante honrado, bueno y leal, cobardemente traicionado, excite la compasión, Colombine no inspira odio ni desprecio. Se la absuelve. Es el tipo alegre, la mujer ligera, que obra con inconsciencia femenil, tan aturdida y graciosa, que no da lugar á la indignación de los moralistas. Colombine es una criatura que no sabe amar, y por lo tanto, no puede padecer; es una mujer mariposa, nacida para libar en las flores el perfume y la ambrosía, para tender las alas por el azul sereno de un día primaveral, para llenar de carcajadas la sala del festín, para recibir como diosa los homenajes á su hermosura.

Hay que admirar á Colombine, sin amarla ni pretenderla juzgar. Colombine seria, Colombine triste, Colombine amante, perdería su graciosa originalidad. Acaso en el corazón de Colombine hubo un latido para el clown, acaso el amor de Pierrot llegó á conmoverla, y tal vez su desventura trajo el rocío de una lágrima á sus ojos. Quizás Colom-

bine suspiró un día de nostalgia de amor, de deseo de amar... Pero en su alegre cabecita de mujer bella y coqueta resonó pronto el clarín de la alegría, y cayeron, arrollados en su alada carrera, amores, sueños, esperanzas y corazones de arlequines y de pierrots.

No cayó una gota de hiel, de desengaño, en el alma de Colombine; no hay en su carácter ni en su desamor amargo retorcimiento de un recuerdo; es alegre, inconsciente, y con maldad de hermosa por naturaleza; en todos sus sentimientos se encuentra la frescura de su alma sana, la frivolidad de la irreflexión, de lo inconsciente.

¿Por qué la amó Pierrot? Acaso porque el fatalismo empuja á las almas románticas hacia las almas incapaces de amar.

Y esta historia de tristezas se convierte en un símbolo doloroso. Sobre el ensangrentado corazón de Pierrot, alegre y triunfadora, se alza, con su eterna carcajada, la loca Colombine. ¿Por qué no podría también reír, con su risa de loca, pisoteando su propio corazón?

¡Desdichadas las criaturas cuyo destino es reír, reír siempre... y causar la risa de los demás!

Pero hay risas que hacen llorar, ¡cortantes risas de las crisis espirituales! como hay lágrimas que hacen reír.

¡Pierrot, Colombine! Encarnan la tragedia de la risa.

Colombine, la ágil bailarina de los saltos mortales, de los juegos peligrosos, de la mimica inimitable, del precioso traje de colores como lleno de confetti, es cada vez de un cómico más dramático, más lleno de coqueterías, de seducciones y de ojeras más hondas manejadas por los ojos como gumiás.

Colombine me apiada y me commueve. En su confidencia, esa confidencia que á mí me hace por llevar su propio nombre, como á su amiga más seria, he visto toda la ingenuidad de su alma, toda su infelicidad y todo su gran deseo de grandeza dentro del desarreglo aparente de su vida.

—A usted se lo diré todo—me ha dicho en una de esas horas en que más se ha desprendido de mi seudónimo para ponérseme enfrente, vis á vis conmigo—: no se me hace justicia, parece que soy cruel con los demás, pero no, son los demás los que son crueles conmigo porque tienen almas inaguantables... yo tengo un alma insaciable, cruel por superior, y eso es lo que me ha traído el entredicho; por eso es por lo que bailo y camino, por eso no quiero al pobre Pierrot, anodino, paliducho y cretino.

La popularidad femenina

Nada hay tan mudable como el favor de la multitud; desgraciado del que fia en el prestigio y en el aura popular.

Repitamos estos apotegmas tan sangrientos y tan verdaderos siempre, si que también tan vulgares. Repitámoslos sin gracia porque son la desgracia, y la desgracia no debe ser tratada en buen estilo, sobre todo la desgracia cotidiana, traidora, insidiosa, sorda, en la que los personajes son del pueblo innúmero de los monos.

La multitud es así, pero paga el ser así con su propio sacrificio, volviéndose liviana, torpe, débil, deleznable, fugacísima.

Las multitudes tienen una psicología tan especial, que parecen sugestionadas por un pensamiento y un sentimiento solo; hasta los mismos que, aislados, protestarían de un hecho cualquiera, cuando se suman á la gran masa que forma una muchedumbre se dejan arrastrar por ella.

Las mujeres que ocupan cargos en una nación son siempre objeto de las miradas de la multitud, se las considera como genios buenos ó malos que transforman la faz de los pueblos, y de esta creencia nacen apasionamientos de los que suelen ser víctimas.

No hay un ejemplo tan vivo y tan sensible en la historia como el de la desgraciada María Antonieta. Cuando llegó á Francia, el entusiasmo del pueblo rayaba en la locura, y el duque de Noailles, señalándole desde un balcón de las Tullerías el delirio de que era objeto, le dijo: «Señora, sois un ídolo.»

Aquella misma multitud veinte años más tarde pedía la muerte de la reina. El entusiasmo de los primeros días y el odio de los últimos se fundaba en dos motivos muy insignificantes. Se adoraba á la delfina porque era rubia, graciosa y de una distinción verdaderamente real. Se odiaba á la reina por calumnias abominables é interesadas; se la detestaba porque una de sus tías la había llamado *la austriaca* y porque se la nombraba *Madame Veto*. Nada había hecho al pueblo, ni bueno ni malo, para merecer su estimación ó su oprobio, y el pueblo la detesta ó la adora locamente.

La figura de María Teresa de Austria en 1741, desafiando con su espada desde *Monte Royal* á todos los enemigos de su país, vestida de duelo y con su hijo en los brazos, bastó para despertar el amor de sus súbditos, que prorrumpieron en el inmenso grito de «Muramos por *nuestro rey* María Teresa.»

Los países en que las mujeres obtienen puestos políticos gozan de poca paz; nosotras somos más violentas, más radicales, más apasionadas en el amor y la cólera; más propensas á dejarnos llevar del sentimiento de un instante que á meditar en el porvenir.

Nuestro sentimiento se refleja en el pueblo que se apasiona hasta el furor; y para conservar la paz se suele alejar á la mujer del Gobierno.

Actualmente no hay soberanas que pretendan

la popularidad. Las emperatrices de Alemania y Rusia y la reina de Inglaterra viven consagradas á sus hijos, y las reinas de Grecia, Rumania, Italia y Portugal no se mezclan en la política.

Quedaba un pequeño país en el Danubio donde la reina gobernaba, influyendo sobre el débil rey, y la desgraciada ha expiado bien cara su intervención.

Porque el pueblo necesita ver en sus soberanos algo grande, algo sobrenatural; le complace la pompa en que se envuelve la majestad real, y soporta mal ver á un rey sometido al dominio de una mujer; si esa mujer es de sangre real la impopularidad será lenta; pero si la reina ó la favorita son advenedizas, el pueblo se indignará en seguida.

Aquí está el verdadero secreto de la impopularidad de las reinas. Y esto sucede en países democráticos y republicanos. En Francia la Du Barry está más baja en el espíritu popular que la Pompadour, aunque hizo menos daño. No se le ha perdonado su origen humilde.

Constantinopla se vuelve contra Teodora porque dominaba á Justiniano y porque era hija de un domador de osos.

El último guardador de puercos en Servia no ha dejado de reprochar á la reina Draga el no ser de sangre real. De este sentimiento de las masas se suelen aprovechar los revolucionarios.

Pero hay una influencia femenina que todos respetan, la influencia de la madre sobre el hijo, cuando éste tiene dadas pruebas de virtud y patriotismo, cuando ha tenido talento para educarlo en el culto del honor y cuando su influencia no se extiende más que al consejo. A la infeliz María Antonieta, tantas veces citada, le lanzó Herber la acusación de haber pretendido contaminar la ino-

cencia de su propio hijo; la pobre mártir dejó escapar un rugido de indignación, exclamando: «Apelo al corazón de todas las madres.» Y aquellas mujeres, ciegas por los excesos y la fiebre de la Revolución, se arrodillaron ante la calumniada que había de redimir con su sangre inocente las faltas del trono francés.

Así, pues, aunque el aura de la popularidad es tan versátil, me atrevo á aconsejar á mis lectoras que cuando oigan una acusación dirigida á una madre virtuosa, apelen á su propio corazón y den un enérgico mentís á los calumniadores, inculcando en el alma de sus hijos el sentimiento del respeto hacia todas las madres.

La ladrona

CUENTO

Era el día de la última prueba de mi traje de baile; después de tantos días de espera iba á contemplar en conjunto aquel poema de *chiffones* delicado, frágil, verdadera obra de arte, compuesta por el modisto con el mismo cuidado con que un pintor traza la figura más importante de su cuadro.

Un traje de baile emociona siempre á la mujer. Tiene el don de rejuvenecerla con ese sentimiento de emoción sincera que se experimenta con el primer traje de cola, que ha de hacernos aparecer transformadas, casi desconocidas, ante nuestros amigos. Son esos trajes solemnes, definitivos, difíciles, en los que se juega una reputación de mujer elegante. Los modistas de París saben bien hacernos conocer la importancia, la solemnidad y la religiosidad de una elección de traje.

Para la mujer que va á París con el objeto de proveer su guardarropa, la gran ciudad es como un inmenso restaurant y un inmenso almacén donde no hubiese ninguna otra cosa en que pensar; ninguna pasión, ningún dolor, ningún trabajo: lo oculta todo el inmenso manto bordado por sus modistas.

Es preciso saber desdeñar la obra de *Gran Magazzine* y los industriales sin firma, y penetrar en las magníficas casas de los sacerdotes de la moda; aquellas en que se crean las fantasías más atrevidas; donde acuden princesas, actrices y millonarias; donde los grandes pintores ofrecen su inspiración y los directores son semejantes á ministros de Negocios Exteriores, y suelen llevar el apellido Rosthchild ó cualquier título nobiliario.

Me había aturdido un poco la visita á todas aquellas suntuosidades; sonaban en mi oído como cifras inverosímiles los millares de francos en que se marcaban los trajes de admirable sencillez, cuyo valor no estaba en los materiales, sino en la firma, en el *chic* especial con que un modisto hacía caer un pliegue ó cambiar un matiz, semejante á un Wateau ó un Nattier.

La elección se hacia difícil; una docena de señoritas maniquís pasaban y repasaban continuamente ante mis ojos, luciendo los primores de la inventiva del gran modisto, mientras *la primera* de almacén hacía valer el mérito de sus líneas y el mérito de sus encajes.

En mi aturdimiento confundía en una sola el tipo de todas aquellas muchachas, que encerradas todo el día en el almacén, sencillamente vestidas de negro, pálidas y cansadas, esperaban pacientes la llegada de cualquier caprichosa compradora para empezar la improba tarea de vestirse y desnudarse. Sus cuerpos gráciles, sus ademanes estudiados engañaban haciendo creer que aquella *toilette* que les sentaba tan bien y que salvaba su ademán de la excentricidad ó la exageración, había de sentar lo mismo en otro cuerpo ó en otro ambiente.

No eran las maniquís triunfantes que lucen los

vestidos y los sombreros en las carreras, en los teatros ó en los bulevares; eran las pobres muchachas á las que se procuraba igualar en talla y grosor para uniformarlas en una medida á propósito; cuerpos ligeros, á fin de obtener el ritmo y la modulación de los movimientos sin ponerles corsé y de dar esa silueta de hombros caídos y vientre á lo Donatello que ha resucitado Drian.

Y sin embargo, para mis ojos, que profundizaban bajo sus galas, era evidente el cansancio que en alguna ocasión daba insulsez de perchas á los vestidos que les colgaban. Se me hacia clara la palidez, la anemia, el fastidio de aquellas criaturas adormiladas en un apartado ensueño, lejano á sus galas, y que me dejaban la amarga impresión de uniformidad de sus ojeras violáceas y sus labios empurpurados exageradamente, y que rompían la ilusión de su suntuosidad dejando asomar bajo todas las faldas el mismo *zapato* de terciopolo negro, demasiado usado, y las mismas medias de color kaki. A veces la quilla de un esternón ó el saliente de una paletilla me apartaban penosamente de la contemplación de un bello descote.

Fué *la primera*, la que me impuso el traje en lugar de elegirlo yo. El gran modisto estudió con detenimiento la figura y dictó su sentencia. Desde ese momento empezó una serie interminable de operaciones y pruebas. Primero el lienzo tosco como estameña en que se moldea el cuerpo, semejante á una mascarilla. Luego las pruebas y correcciones parciales del forro, del cuerpo, de la falda, de las cinturas... cada cosa una oficiala distinta, que habían de armonizar luego aquel conjunto orquestal. No se cansaban de ceñir, de modelar, de arrastrarse por la alfombra redondeando el pico de serpiente de la cola, todo bajo la voz imperiosa

de la maestra, que nos hablaba sin cesar del misterio de la línea sagrada.

Y al fin, aquel día el traje estaba concluído, me veía vestida ante los grandes espejos del salón, que me reproducían en mil distintos aspectos, un poco aturdida por la belleza de la combinación de la *charmeusse* rosa, que desaparecía bajo los encajes de legítimo y antiguo Chantilly, el cual prestaba la aristocracia severa de su poesía á los polí-cromos rococós bordados sobre el tul de seda blanco, que ponían su nota juvenil y alegre antes de ir á perderse bajo las severidades solemnes y estudiadas del negro raso liberty de la cola y el zócalo.

Me habían dejado sola, sin duda para que pudiese satisfacer mejor mi vanidad de mujer, mientras la *maestra* iba á buscar al gran modisto que había de examinarme antes de poner su firma al traje, dando en él las últimas pinceladas, como un Rafael ó un Rubens que corrigiese la obra de sus discípulos.

Por la entreabierta puerta del salón veía cruzar los maniquís con sus deslumbrantes vestidos y el murmullo de las eternas y repetidas conversaciones. No era raro que de vez en cuando entrase una oficiala en el salón á buscar alguno de los trajes de pruebas anteriores, que habían quedado en los divanes. Los espejos me retrataban sus figuras, á las que, entretenida con mi traje nuevo, apenas prestaba atención.

—¿Qué hace esa señorita?—me pregunté de repente.

Había abierto mi portamonedas, que tenía depositado sobre la chimenea, atrayendo mi atención el brillo de su espejito como una luz encendida y apagada de repente; y buscaba en él ocultándolo con

su cuerpo y con las gasas que llevaba en la mano.

Me sentía desconcertada, angustiosa. ¿Qué hacer? ¿Debia gritar? ¿Debia recriminar á aquella mujer? ¿De qué manera? ¿Podia tratarla como á una doncella, como á una criada infiel? ¿Denunciarla como una *ladrona vulgar*?

No. Era demasiado elegante, demasiado preciosa, demasiado delicada, exquisita bajo el ligero forro de seda negra que cubría su cuerpo como una camisa sencilla. Un forro hecho traje que la modelaba, dándole algo de serpiente, con movimientos ágiles, límpidos, desarticulados. A pesar de su acción me seguía pareciendo una señorita distinguida. Aquella mujer había tenido puesto mi propio traje, como una hermana, como una igual, y en esa reciprocidad había habido como una relación tibia de corazón á corazón.

—¡Mademoiselle!

Se volvió rápidamente y hasta palidecieron sus labios pintados de carmín. Por un instante vaciló como si fuera á caerse, y después se quedó inmóvil, en una actitud de muñeca egipcia envuelta y ceñida dentro de su traje negro, con una luminosidad demasiado elegante. Después rompió su actitud de *entravé* y se acercó ofreciéndome el monedero.

—Perdóneme, no diga nada; no me pierda—susurró.

Mi mirada húmeda, apenada y piadosa, fué para ella una garantía. Me cogió temblorosa la mano y me dijo:

—Perdóneme, señora; perdóneme por caridad... no para los otros, para usted misma. Así como comprende usted la satisfacción de su traje nuevo que le sienta admirablemente (no lo crea adulación, es una verdad que le digo para que usted se

dé cuenta de lo grato que es un traje así). Se ha mirado usted al espejo, ha pensado, sin duda, en el sitio en que llevaría ese traje... ha saboreado usted la posesión de ese vestido. ¡Qué orgullo, qué juventud, qué encanto, qué nueva inteligencia añade un traje como ese! Figúrese, señora, nuestra vida. Probándome continuamente delante de todos los espejos trajes de reina. ¡Y alguno me sienta tan bien! Hay veces que al quitármelos me siento tan fea como si me hubiesen dado las viruelas, fracasada, triste. El otro día me probé un traje de *charmeuse* verde, que me dió la tentación de salir con él al bulevar. Estaría tan linda, que cambiaria mi vida, mi porvenir... me admirarian... quizá algún millonario me tomaría por esposa... Estos días me he sentido como muerta, como en esqueleto, triste y abatida sin ese traje... Al ver su portamonedas abierto... porque usted lo ha dejado abierto, señora, he tenido un momento de desesperación y... ya lo ve usted...

Hablabía bajo y con vehemencia, pero procurando hablar despacio para que yo la entendiese bien.

Los momentos apremiaban. Mi traje de *soirée*, que tal vez sería en más de una ocasión tentación imprudente, me hacía compasiva y más generosa de lo que podía ser... Abrí mi monedero y le ofrecí un regalo.

—Ahorre lo demás; es lo que yo he hecho...—le dije, y cuando entraron el modisto y la maestra para terminar la prueba, me volví hacia ellos sintiendo ya muerta mi alegría y ajado el brillo de mi traje de *soirée*.

Las admiradoras de Rousseau

El segundo centenario de Juan Jacobo Rousseau nos sorprende. En realidad no es para nosotros un muerto, nos tiene acostumbrados á su espíritu, á su convivencia, más que por la influencia de su talento y su filosofía de sabio, por la magia del sentimiento, del romanticismo, de la orientación que ha dado á los espíritus modernos. Rousseau, que comparte con Voltaire la gran popularidad del siglo XVIII, parece que se renueva y vive, cada vez con mayor ilozania, como si su misión fuese la de servir de faro á los que combaten por el ideal entre los azares del positivismo del siglo XX.

Un periódico francés ha hecho una interesante información preguntando á las mujeres artistas la influencia que Rousseau ha podido ejercer sobre su espíritu.

Las respuestas son curiosas. Ninguna de ellas habla de aquellas grandes ideas políticas, sociales, religiosas y educativas que el filósofo ginebrino expone en el *Contrato social*, ni de la revolución pedagógica causada por el *Emilio*. De ese hombre maravilloso, cuyo espíritu gobierna estos dos siglos y por cuyo influjo se renueva el arte de educar y

el de escribir, lo que ha llegado más vivo á nuestros corazones de mujer es el romanticismo, el entusiasmo lírico y exaltado, el amor á la Naturaleza, la sencillez, los anhelos de vida pura.

Para la mayoría de las mujeres, Rousseau está todo en cuatro de sus libros: *Las confesiones*, *La nueva Eloísa*, *Los sueños de un paseante solitario* y *El retiro en la aldea*.

La gran fuerza de la vida está en la capacidad de amar. Rousseau triunfó porque supo amarlo todo con fervor, con ternura; las florestas solitarias con sus secretos de vida y germinación, de línea dulce de un paisaje y el sentimiento ingenuo de los corazones sencillos. El que gemía por quebrar una florecilla bajo su pie, tenía que encontrar eco en los corazones, y su piedad, precursora de Dostojewski, marca la transición entre las elegan- cias crueles del siglo XVIII, reflejadas aún en las ironías volterianas, y que en vano tratan de resu- citar Lorraine y sus secuaces y los apostolados de Renán y Tolstoi.

Hasta los que critiquen sus tendencias morales ó políticas sufrirán el influjo de sus quimeras, sus efusiones, sus entusiasmos, el encanto de su vida sencilla, el desdén del lujo, el gusto por la soledad y la imitación.

No es raro que estas obras de amor sean ger- men de una revolución. Sin duda Juan Jacobo con- tribuyó grandemente á la Revolución francesa. Que los grandes revolucionarios sean los seres más afec- tuosos y buenos, es una paradoja bastante repetida.

La vida de Juan Jacobo nos es harto conocida. Las mujeres le dedicaron un amor admirativo y una devota amistad. Algunas, como Mad. de Ware- nes, han unido su nombre al del *filósofo-poeta*.

Maria Antonieta admiraba tanto al ginebrino,

que recitaba sus obras, y á impulsos de su influencia surgieron, como de una varilla mágica, *El hameno*, de Versalles, realización del sueño de *El retiro en la aldea*, que llegaba hasta los tronos, á los cuales su filosofía debía hacer bambolearse y caer.

En nuestros días, un espíritu tan delicado como el de la condesa Matilde de Noailles, la poetisa de las sensibilidades trágicas, escribe:

«Yo no había leído á Rousseau cuando comencé á escribir; lo he conocido muchos años más tarde. Pero su uombre, sus sueños, su leyenda, su vasta y sombría gloria, todo me ha sido tan familiar, que desde mi infancia creo haber vivido á las orillas del lago Semaa, en compañía de Juan Jacobo, misterioso amigo que había de encontrar en sus libros tantos años después.»

Leyendo esta impresión creo encontrar mi propia alma, y pienso que no existe mayor homenaje á la memoria de un hombre que este recuerdo tácito, que hace latir en un solo sentimiento tantos corazones de mujer.

Las mujeres de Sudermann

¿Existe en realidad un *alma femenina*? No me atrevo á afirmarlo; es cierto que hay rasgos comunes á toda mujer; pero éstos son los sentimientos naturales del alma humana. En todo lo demás sus manifestaciones son tan diversas, tan distintas, según el país y las costumbres, que no guardan analogía, y hasta se podría decir que sólo se pueden precisar una á una, siendo esta medida de «una» la única posible, la más holgada y la más angosta, según. Sugiere en mí estos pensamientos la lectura de las obras completas del gran novelista del Norte, Sudermann.

Aquellas mujeres que él describe y copia, aquellas mujeres que viven en las páginas de sus libros, no son nuestras mujeres, de temperamento fogoso, franco y sincero.

Las mujeres de Sudermann tienen un raro misterio y una rara dureza que impresiona y llena de interés sus novelas.

Sudermann no es genial ni sutil; es firme, es rudo, es serio, de una seriedad fuerte y humana, solemne y plena, de una rusticidad de pueblos, de ciudades y de paisajes sombríos cubiertos por una nube de nieve.

Sus fábulas son quizás vulgares, exageradas y demasiado terribles; pero sobre eso, que puede hacer un poco mediocre una obra, está esa buena y commovedora actitud dramática de los fondos y de los personajes de Sudermann.

Las mujeres de Sudermann tienen todas psicología complicada, almas de abismo; son sutiles, suspicaces, observadoras y misteriosas. Se las ve deslizarse menuditas, pálidas, temblantes, con sus rostros de marfil y sus manos de hostia, con su delicadeza de enfermas, como Marta Bremer en *El deseo*, Isabel en *La mujer gris*, y María, la esposa del pastor protestante, en *El cántico de la muerte*, quebradizas y frágiles como pétalos de flor de almendro temprano.

Otras veces son fuertes, esculturales, marmóreas, como Olga Bremer en el primero de los libros citados, y Gertrudis en *El molino silencioso*; pero todas son enigmáticas y misteriosas.

Ya es una que muere de amor, sin que lo sospeche siquiera el amado, ante el que aparece arisca y huraña, ya es otra que sucumbe de dolor con rostro sereno, ya la jovencita que se casa fríamente por cálculo, como Yolanda, ó ya la mujer que en el silencio de su gabinete pasa del amor á la indiferencia y de la fidelidad al engaño, como Alicia en *Lirios de la India*, sin que se conmueva un músculo de su rostro, sin que salga una queja de sus labios, sin que deje de tener preparado el té para el confiado amante ni le pida la llave de su *boudoir*.

En el fondo del alma de las mujeres de Sudermann hay siempre un elemento trágico, repliegues recónditos donde no llegan jamás la amistad ni el amor, una impulsión al suicidio, á la desesperación y á la muerte. Parece que no se las conoce hasta

que se las ve reposando entre miosotis azules y lirios blancos. Es entonces cuando se ha visto su alma, su alma obscura, tortuosa, llena de ardor generoso y de pasiones impuras á un tiempo mismo; que hace á dos hermanas quererse tiernamente y sentir celos; sacrificarse una por otra y desear su muerte con una vehemencia que tiene fuerza de asesinato.

Estas almas de mujer, frías en apariencia, complicadas á la vez, apasionadas y juiciosas, terribles y buenas, leales y péridas, engañosas y nobles, donde todo se amalgama, se confunde y se mezcla, no tienen punto de semejanza con las almas sencillas, inocentes, que se dejan arrebatar por la pasión y muestran sin esfuerzo su bondad ó su malicia.

Sin duda la causa principal de esta diferencia estriba en la superior cultura que reciben las mujeres del Norte, la cual, al mismo tiempo que eleva sus sentimientos, les da el dominio de las pasiones para ocultarlos ó intentar dirigirlos. La diferencia entre Marta Bremer, que muere lentamente, escribiendo día por día sus sensaciones en un cuaderno, dándose cuenta de todas sus impresiones, y la explosión de dolor de la mujer de nuestro pueblo que arroja un frasco de vitriolo al rostro de su amante ó se toma una caja de cerillas cuando se cree engañada, sin pensar en escribir dos líneas ni siquiera explicarse lo que siente, es tan grande, nos separa tan hondamente, que la admirable psicología de las heroínas del novelista del Norte es un alegato contra la existencia de la unidad de un alma femenina.

El feminismo de Benot

Ha muerto Benot.

Cuando la muerte destroza uno de esos cerebros, donde en el lento trabajo de los siglos la Naturaleza reune los elementos más perfectos, los no creyentes sienten el dolor de no esperar en la inmortalidad del genio.

Al evocar los recuerdos del gran muerto, acude á mi imaginación la primera visita que le hice á mi llegada á Madrid, cuando ansiaba conocer de cerca á todos los hombres que de lejos me parecían grandes, y que por un raro fenómeno solían desvanecerse al acercarme.

Creía á Benot feminista; yo recordaba su historia: el sabio pedagogo fué el primero que en el breve tiempo que desempeñó la cartera de Fomento durante el periodo de la República reglamentó el trabajo de las mujeres y de los niños y propuso la creación de los jurados mixtos.

Mi sorpresa fué grande al escuchar al sabio filólogo anatematizar con frase jocosa los delirios del feminismo. Pasé muchas horas escuchando su palabra, tan fluida, fácil y galana, que se asemejaba á la charla de un niño y que iba deslizando máximas profundas sin el tono doctoral al uso en los antiguos maestros.

¿Ejerció influencia su opinión sobre mi credo feminista? Sin duda. El consejo del sabio, la opinión de esos hombres, cuya superioridad merece nuestra fe; los pensamientos y las afirmaciones que el genio esparce en sus obras, van poco á poco encarnando en nuestro ser, moldeando nuestro cerebro; hay en nosotros mucho de esos grandes hombres que estudiamos, como quedan en nuestra estética y en nuestra ética sedimentos de las antiguas escuelas filosóficas que rechazamos.

Cuando entré en el despacho de Benot, ese despacho grande, soleado, sencillo, en el que no se necesitaba despertar el entusiasmo rodeándose de objetos preciosos ó extravagantes, como lo hacen los grandes de hoy, era feminista con todo el ardor de un neófito, con toda la exageración de las brillantes teorías de libertad y de igualdad. Después de conversar con aquel amable anciano de espíritu de niño, las ideas, revueltas y ardorosas, se tornaban tranquilas, y parecían irse acomodando en su lugar justo como si se encasillaran en un tablero de ajedrez.

Benot, espíritu libre y progresivo, se dolía de la injusticia de las leyes que colocan á la mujer en perpetua servidumbre; lamentaba las costumbres en que se la relega á lo secundario, se la esclaviza y se la veja; pedía para ella igualdad de derechos y de educación; la deseaba culta y capaz de trabajar y bastarse á sí misma, de intervenir en los destinos de la patria con sus consejos, en condiciones de llenar su misión de madre, compañera y educadora; pero rechazaba á la marisabidilla pedante, á la mujer masculinizada, á las que dejan por un deseo de vana gloria el sagrado del hogar y la familia, interviniendo en la vida pública.

El credo de Benot era la mujer educada, ador-

nada de todas las perfecciones para dirigir el hogar; capaz de trabajar y de ser respetada, de vivir con su propio esfuerzo; pero libre de los deseos de ser *otra especie de hombre* y luchar contra lo que su propia naturaleza le impone y la buena organización de la sociedad reclama.

—¿Y las artistas?—le pregunté antes de declararme vencida.

Sonrió con su plácida dulzura el anciano.

—Artistas se creen todas las feministas—dijo—; no verá usted ninguna que proclame la igualdad de sexos para ser modista ó planchadora; todas liberadas, todas pintoras, escritoras, etc. No, no es ese el camino. La mujer que necesite trabajar ha de buscar el empleo que mejor cuadre á sus facultades. Paso á las artistas que llevan el beso del genio en la frente; pero no las confundamos con las ilusas que vienen á perjudicar la causa femenina.

Y en el simpático semblante de Benot, tan móvil y expresivo, brillaban los ojos sin luz iluminados por la fuerza de su pensamiento.

Y desde entonces, convencida de su teoría, formé mi credo feminista.

Una lágrima y un recuerdo para el maestro incomparable.

Las periodistas... de la Puerta del Sol

—También de noche hay gente que trabaja en las calles de Madrid—me ha dicho un amigo—. Anteayer he entrevistado á las vendedoras de periódicos, con tanto interés, por lo menos, como lo hice con el general Tovar, y le aseguro que algunas dicen cosas más interesantes que la mayoría de nuestros políticos. ¿Por qué no viene usted á verlas?

La proposición tentó mi fantasía, ávida siempre de encontrar asuntos femeninos y mujeres que sepan decir algo. A pesar de la noche de frío nos lanzamos á la entrevista, sufriendo la impertinencia de grupos curiosos que se paraban cerca, mirando como cosa rara á una señora y á un caballero en amigable coloquio con los vendedores de la Puerta del Sol.

Varias veces recorrimos sus aceras. Las pobres mujeres, los viejos, los chiquillos, toda aquella gente infeliz, *que vive del papel*, se prestaban con gusto á responder á nuestras preguntas y á darnos los detalles que les pedíamos.

La primera *periodista* con quien hablamos fué una pobre mujer alta, seca, con el sello del hambre impreso en el rostro; viste chaquetilla negra y falda

azul muy obscura, de ese color que habla del trabajo en la blusa de los obreros. Unas crenchas enredadas, de un rubio cenizoso, asoman por los pliegues de la toquilla de lana gris que le cubre la cabeza.

—¿Qué gana usted con esa industria?—le pre-guntamos.

La mujer nos cuenta las penalidades de su trá-fico. Desde las ocho de la noche hasta las dos de la mañana clavada en la acera, temblando de frío, suplicando á los transeuntes que le compren los diarios. Necesita vender cincuenta para ganarse una peseta, y con esto vive una familia numerosa.

—Las horas de más venta—añade—son las de la salida, sobre todo los días de crimen *importante* ó de cambio de Gobierno. Nosotras quisiéramos que los hubiera todos los días. Después, la venta se anima á la salida de los teatros, cuando hay fun-ción en el Real.

Otra vendedora se nos acerca, María Casarrubio; contará unos quince años, y ya tiene escrita en el rostro la huella del dolor. No ha mucho salió de una enfermedad, que le obligó á cortarse el cabello. Lleva la cabeza descubierta y al aire los negrísimos y rizados bucles de la naciente cabelle-ra, que sujetá, coqueta, con peinas de metal dorado. Ese es el único detalle que delata su juventud, escondido el cuerpo en su verdinegro mantón. Ella nos amplía la información de su compañera, coin-cidiendo en todos sus puntos.

Bien pronto nos rodean las pequeñuelas, golfi-llas precoces, que ya saben de truhanerías. Entre ellas me llama la atención una niña que permanece apartada. Es *la Lolilla*, una criatura flacucha y anémica, arropada con un mantoncillo negro, por entre el que asoma la mano, que es una garra,

prendiendo los periódicos de la noche. Se arrebuja el rostro en un pañuelo desteñido, y sólo se le ven los ojos, muy grandes é intensamente negros. Tiritaba de frío bajo los andrajos que parodian cubrirla, y su vocecita doliente pregona:

—¡*Heraldo!*... ¡*Corres!*...

—¿Qué ganas vendiendo periódicos?

—No sé... pero tengo *obligación* de vender veinticinco, por lo menos.

Seguimos.

En una esquina del ministerio de la Gobernación, arrimada á la pared, duerme una linda rubita, de unos nueve años, derecha, con los periódicos en la mano. Dijérase que estaba despierta. Al acercarnos, la criatura abre unos ojos azules, grandes y limpios, y nos aproxima un manojo de diarios. Su cabellera lunar, larga, sedosa y bien cuidada, va sujetada con una cinta azul.

—¿Estás aquí sola?

—No. Mi madre está allí, en aquella acera.

Y su mano señala hacia la calle de la Montera.

—¿No tienes padre?

—No, señora, somos solas; mi madre, cuatro hermanos y yo. Todos pequeños.

—¿Cómo vivís?

—Mire usted: de los papeles que vendemos.

—Se gana poco—dice, interviniendo en la conversación, un viejo que pregonaba los periódicos á la entrada de la calle de Carretas—. Pero los que no servimos para trabajar, ¿qué hemos de hacer?

La figura del hombre atrae mi interés.

Braulio Pingarrón es un tipo español digno de servir de modelo al arcipreste de Hita. La gorra cae sobre la frente deprimida, sus ojos nos miran inquietos y escrutadores, no se baja para hablarnos el embozo de la capa y una sonrisa burlona se

delata en la contracción de las facciones angulares. Es un nieto de aquel socarrón Ginesillo de Pasamonte, retratado por Cervantes, y al mismo tiempo heredero directo de una casta de hidalgos que sabían batirse en las plazuelas de la corte, sustraer una bolsa en las callejuelas de Sevilla y alistarse en los tercios de Nápoles ó Flandes. Me parecía necesario añadir un *don* al sonorísimo nombre de Braulio Pingarrón, ya que le cuadraría un ducado, por lo menos.

Por su fe, el viejo hidalgo nos asegura, con sonrisa de pícaro, que el mejor de los oficios es vender periódicos, y empéñase en que le compremos alguno.

En nuestra correría contemplamos los cuadros de dolor, de miseria, de toda esta gente inútil para el trabajo, mujeres, viejos, chiquillos, que viven de los céntimos que les produce la venta de periódicos. Estos son, en verdad, un recurso para tanto desdichado. Me convenzo de que es realmente útil sondar en estas miserias humanas, que nos llenan el alma de piedad.

Mientras subimos al automóvil, mi amigo habla, con su acento grave, de tristezas, de miserias, de injusticias y desigualdades, y allá, á lo lejos, formando un eco á sus palabras, sigo oyendo las voces cansadas y monótonas:

—¡El *Heraldo*!... ¡Corres!... ¡*Heraldo*!

Mad. Catulle Mendés

Presentada á la señora Catulle Mendés por nuestro gran cronista Gómez Carrillo, al avisarme su llegada sentí la tentación de la interviú. Conocemos los españoles que nos interesamos en cuestiones literarias la extensa obra de Jean Catulle Mendés, sus libros de poesía, sus trabajos en revisas y rotativos franceses; decir que la viuda del cantor de Santa Teresa es una gran poetisa y una notable escritora sería repetir lo que todos saben. Yo quería presentar su figura de mujer viviente completa, tal como se necesita para hacer de ella algo muy nuestro, que no pase como una ráfaga, sino que se quede entre nosotros.

Después del almuerzo, en el *hall* del hotel, en la dulce languidez del descanso, conduje la conversación hacia las intimidades, evocando sus recuerdos con mis preguntas.

Madame Catulle Mendés habló con voz sonora, armoniosa, desmayada, como si recordase un ensueño lejano de su primera infancia... Hija de una noble familia bretona, tradicionalista y severa, luchó desde niña, teniendo que ocultar sus entusiasmos artísticos y sus aficiones de escritora. Un día en el cual parientes oficiosos le hicieron la pregunta tan vulgar y repetida á los niños «¿Qué deseas ser?», la pequeña respondió con viveza:

«Casada.» «¿Con quién?», volvieron á preguntarle. «Con Victor Hugo», repuso la niña sin vacilar.

—Yo no conocía al maestro personalmente; pero me seducían ya sus obras y su gloria. Acaricié de tal modo mi pasión romántica, que su muerte llegó á causarme un dolor profundo. «Se ha muerto mi prometido», me decía, y á escondidas de todos colocaba en mi dedo una cintita negra en señal de duelo y en sustitución del anillo de desposada, que no me pondría nunca mi poeta.

—¿Y esos sentimientos la llevaron á usted al matrimonio con otro gran poeta?

—Sin duda contribuyeron mucho. Admiraba su talento, su alma superior, y no ignora usted que las mujeres necesitamos admirar para amar.

Y me cuenta cómo conoció á su marido en ocasión de un certamen organizado por él, y cuyo premio fué adjudicado á una composición suya... Los días felices son acicate del dolor cuando se han perdido. De un modo doloroso evoca su casamiento y recuerda su vida sencilla de hogar, dedicada al esposo en una colaboración asidua y anónima: corrigiendo sus pruebas de imprenta, copiando sus manuscritos é investigando en bibliotecas en busca de documentos y notas para su labor. En esos años ella huyó de la exhibición, de la gloria, excusándose de escribir, á pesar de los éxitos que sus producciones obtenían; dormida en la paz de su gabinete, mecida en la dulzura de su amor, que creía eterno. Como galvanizada por el cuadro de su dicha perdida, llameaban sus ojos, de pupilas más negras que el cohó que las circunda, y sus miniados labios enrojecían aun más.

—Este sacrificio de la mujer intelectual no lo comprenderá jamás el vulgo. Seguirá creyendo vanas é incapaces de hacer la felicidad de la fami-

lia á las mujeres que escribimos y pensamos, sin comprender que el amor eterno vive en el inenarrable misterio del existir. Amor perfecto de esposa y madre, fuente del género humano, que no puede perecer porque tiene sus raíces en las profundidades de nuestra Naturaleza. Cuando nos entregamos al Arte, al trabajo, á la vida pública, es cuando llega para nosotras el dolor, el desencanto, esa angustia que es necesario ahogar para no volverse loca ó morir de desesperación cuando un brazo amante no nos presta ya apoyo.

No quiero que se detenga en la terrible página de la muerte desdichada de su marido, que salió lleno de vida y fué conducido á sus brazos con el cráneo roto en un accidente ferroviario, y le hago sonreír hablándole de su único hijo, un jovencito en el que ha reconcentrado toda la pasión de su alma ardiente, esa pasión que se desborda en sus poesías, y para el cual vive y trabaja.

—Mi hijo no es poeta—me dice sonriente—; mi hijo es deportista... sin perjuicio de ser un buen estudiante.

Hay una pausa, durante la cual ella entorna sus ojos, profundos y sombríos. Es como el esfuerzo de las sonámbulas para salir del ensueño y reanudar la vida actual.

—Ahora—me dice—mi vida es vulgar. Trabajo mucho, viajo, doy conferencias en París y en el extranjero; acabo de realizar un viaje al Brasil, y á esa tierra privilegiada, á la cual profeso un gran cariño, está dedicado el volumen de versos que precisamente acaba de salir ahora, *La ville merveilleuse*. Cuando estoy en París, la vida mundana me roba el tiempo, y esto me obliga á escapar temporadas al campo ó á la orilla del mar para poder escribir. En estas temporadas de descanso recupe-

ro las fuerzas y vuelvo con mayor deseo á mis viajes y conferencias.

Sin énfasis me habla de sus libros. El primero, el libro ingenuo y querido, con el título de *Les charmes*; el segundo, que tiene la triste fecha de ver la luz el mismo día de la muerte de su marido, *Le cœur magnifique*. Después, sus libros de prosa *Les petites confidences* y su labor continua de critica y literatura en diarios y revistas.

Aunque su predilección son las conferencias y en ellas ha obtenido grandes éxitos, se muestra ligeramente impresionada al aparecer ante un público extranjero.

—¿Hablará usted en francés?

—Siempre; no conozco ningún otro idioma, así como sólo me ocupo de los temas que sirven para hacer que se conozca bien á mi patria.

—¿Pronunciará usted su conferencia?

—La leeré. Una conferencia es fruto de pensamiento, y ni se puede ni se debe improvisar como el discurso de mitin.

—¿No visitará usted más población de España que Madrid?

—Ahora no tengo tiempo más que de preparar mi conferencia. He de volver para ir á Andalucía: Sevilla, Granada, tierras árabes, de sol, de pasión, de encantos y misterios... Pero, ante todo, deseo ir á Avila, la patria de Santa Teresa de Jesús, de la que soy devotísima desde pequeña, porque mi madre era española y me enseñó á amarla.

—¿Es usted creyente?

—En todo. Por creer creo, en todas las supersticiones.

—¿Hasta en la quiromancia?

—¡Oh! Esa es mi predilecta.

Y antes de que pueda darme exacta cuenta del

giro extraño que ha tomado la conversación, madame Catulle Mendés se apodera de mi mano y empieza á leer en sus líneas con una clarividencia que me sorprende. ¡Oh, las líneas de mi mano dicen cosas muy lisonjeras! La bella adivinadora habla con animación, con viveza; escudriña, penetra, investiga. Ha cambiado de tono y de vocabulario, y predice ó adivina con toda la seguridad y toda la gracia de una gitana del Albaicín.

Cuando se lo hago observar lanza una alegre carcajada. Se ha transformado en otra mujer, sin perder nada de su distinción y espiritualidad. Han entrado varios literatos á saludarla, y ella examina atentamente las manos de todos, encantándolos con su charla alegre y discreta.

Alguien mira el reloj. Se ha roto el encanto. La bohemia desaparece bajo las gasas y las pieles fastuosas de Mad. Catulle Mendés; yergue la línea armoniosa de su figura arrogante con soberana elegancia y dice sonriendo:

—Todas estas cosas tienen mucho encanto; yo les encuentro una gran belleza. Así como algunos dicen que no existe para ellos la palabra «imposible», para mí no existe el concepto de «lo feo». El secreto de mi vida estriba en esto: un gran amor me mataba, y el trabajo, la pasión del Arte, el amor á todas las cosas, me han salvado. Sé amarlo todo, y así es todo bello y suave.

* * *

Y luego, al alejarme, al encontrarme como perdida y sola entre la multitud endomingada, creía escuchar aún sus últimas palabras como un himno de fe y de esperanza, doblemente impresionante en boca de una mujer que sabe de amar y de sufrir y del misterio de la vida.

El Napoleón inédito

Las revistas francesas llegan todos los días con nuevas monografías sobre el emperador. No hay día que no sea aniversario de algo de Napoleón; no hay actor que no haya imitado al emperador, que no se haya parecido á él con una greña caída sobre la frente y una cara muy solemne y muy seria.

La insistencia en el tema de Napoleón es cosa sabida desde hace mucho tiempo y constituye un tópico común y conocido; pero aun siendo tan vivo en el pasado, hoy ha llegado á ser interesante y nuevo el fenómeno para el observador.

Tan fabulosa se ha hecho la figura, tan caudalosa, que sobre el Napoleón humano, situado en una época precisa y muerto en su madurez, surge un nuevo Napoleón cuya vida se alarga hasta nuestros días.

Napoleón parece que acaba de morir todos los días y sus deudos y los repórters abren su secreter y descubren papeles inéditos en los cuales describe ignoradas campañas, batallas enormes, cuya pólvora se olfatea aún, y que no pasaron á la historia; victorias recientes y sublimes.

Por este movimiento de predilección y de cu-

riosidad de una época, Napoleón se sobrevive, se renueva en ella, la arenga, la dirige y vuelve á sugestionarla desde lo alto de su caballo. Así, Napoleón resulta más que un hombre un estado de opinión y resulta casi cierta la quimera de aquel filósofo francés que dijo que Napoleón no existió, sino que fué un estado de nervios, una superstición, una convulsión de su época.

Napoleón, escapado de Santa Elena, está de nuevo en Francia, y los dibujantes, ya que los fotógrafos desprestigiarian un poco el cuadro vivo y heroico y lo achabacanarian un poco, los dibujantes copian las siluetas de sus granaderos y la suya.

Tan extraña es esta apariencia de realidad viviente que ha tomado Napoleón en nuestros días, tan usual es la nueva noticia sobre él en las revistas, que parece que se asiste al momento en que en una nación en guerra se esperan los extraordinarios en las calles con los telegramas de los últimos combates.

Exacerbado el espíritu con la tenaz campaña emprendida por la Francia, parece á ratos que no solamente no es Napoleón un grande hombre del pasado, sino que tampoco lo es del presente, sino que es el grande hombre del porvenir, el que espera la Francia, el que desea como monarca, el que llegará después de este prólogo de insinuaciones que él asumirá para ser ese Napoleón I que desean los sufragios de un gran pueblo anhelante y sugestionado.

La danza del oso

Al baile discreto, como á la moda discreta y lógica con respecto á su anterior, ha sucedido el baile de creación súbita, tempestuoso, momentáneo, sorprendente, que ya no es una variación del vals la que lo crea, sino que representa una transición tan brusca como la que existe entre el traje *entravé*, ceñido y angosto, y la falda de miriñaque. El vals se convierte en amplia danza de *bailarines*, en vez de danza recogida de *valsadores*. Es pasar de lo aristocrático á lo grotesco. La danza del oso parece que debía haber desaparecido con la novedad del espectáculo en el escenario, y que no era á propósito para el salón con su trabajo difícil, descoyuntado y falto de esa distinción urbana, pacífica y distinguida que caracteriza siempre los bailes de salón.

No ha sido así, y la danza del oso pasó del escenario á los casinos; de éstos, á los bailes de sociedad y á los *tés bailables* que tienen lugar actualmente en todos los grandes hoteles.

Este verano causaba sorpresa ver bailar la danza del oso en los casinos elegantes de Trouville y Deauville, donde se reúne la *élite* de toda la fas-

tuosa sociedad mundana, con sus refinamientos escogidos. El efecto era el que presenta una línea armónica partida en un ángulo grotesco; una sonata de Beethoven rota con un golpe seco de carillón.

Si se observa en su psicología esta variación en los bailes, tiene su fundamento en una variación de las costumbres, pues los bailes, á pesar de su divulgación y su carácter moderno de entretenimiento, obedecen á una necesidad de expresar por los movimientos un estado del espíritu.

Aun aquí, donde no nos atrevemos abiertamente á romper los antiguos moldes, se nota en las reuniones y en los bailes una inquietud, una audacia que rompe poco á poco la modosa actitud del vals y tiende á nuevos vuelos, con los que no se atreve, pero que se inician de un modo visible. Hay una atroz diferencia entre el desenfado notable del baile de moda y el acompañado y ceremonial minué de nuestros abuelos.

La danza del oso responde á un estado de las costumbres; es un baile gimnástico, al que parece que han ayudado para su implantación el juego del *tennis*, la gimnasia sueca y todo ese aprendizaje de vigor, de desenvoltura y de agilidad de la educación femenina.

Mostrada la línea hasta la saciedad, perfeccionada la coquetería de mostrarla bajo el corte irreprochable del traje y la perfección hipócrita de la moda, se necesitaba abusar de la movilidad de la línea, de su expresión, de su audacia y su atrevimiento.

Añadamos á esto los fáciles ejemplos de arribismo, la mezcla de aristocracias heterogéneas, las bellezas exaltadas como nunca por arte de refinamientos extraordinarios; todo esto y muchas otras

causas de actualidad y libertad han ayudado á este nuevo baile en su desenvolvimiento.

¿Hacia qué baile vamos? Quizás hacia un desenfrenado galop final, que bailarán juntos, en forma de baile popular, personajes anacrónicos respecto de sus parejas, ó á esos bailes rusos, tan complicados, de los que parece tan difícil la pantomima y que tal vez irrumpan en la afectación de los saloncitos de la clase media. Todo puede esperarse de la seriedad tan dúctil de las modernas sociedades mundanas.

Gran seriedad, eso sí; la seriedad se sostiene y se conserva en medio de todas las piruetas. Es lo más gracioso y atractivo del espectáculo ver bailar, dentro de una rigurosa y susceptible etiqueta que se ofende de cualquier falta de seriedad, esa danza del oso, tan delirante, grotesca y desocupada.

¡Y así bailando!...

Contrastes

No hace muchos días que toda la prensa se ha ocupado del inolvidable Ríos Rosas, con motivo del traslado de los restos del eminentísimo político, que fué á la vez inspirado poeta y elocuente orador, al panteón de hombres ilustres.

El brillante cortejo que acompañó sus restos traía á la memoria el relato que varias veces hemos leído del grandioso homenaje que el pueblo de Madrid le tributó en su entierro, verificado en días que gobernaban sus adversarios políticos, y que, sin embargo, demostraron la estimación y simpatía que inspiraba su honradez.

Como todo lo que se relaciona con la vida de los grandes hombres inspira siempre interés, no he podido menos de evocar el recuerdo de una hija de aquel gran político, la cual, por un desdichado contraste, vivió y murió de un modo bien distinto al de su padre.

María Ríos Rosas fué una mujer distinguida, de ameno trato, de inteligencia clara y no vulgar belleza. Cuantos la conocían y trataban sentían por ella una gran simpatía.

Hay circunstancias especiales en la vida que influyen de una manera poderosa en los actos que

se realizan, y á ellos se debió sin duda el alejamiento de María Ríos Rosas del centro de buenas amistades donde era tan apreciada.

¿Quién puede penetrar en esos sufrimientos morales que conducen un cerebro á la locura y al suicidio?

Mucho sufrió la desventurada joven; en un corto período de tiempo se la ve alejarse del mundo y vivir sola, obscurecida, ocultando sus pesares y llegando á tomar un veneno para poner fin á sus tristes días.

Ninguna persona querida ó compasiva acudió junto á su lecho de muerte; la infeliz trató de ocultar hasta su nombre como había ocultado su desgracia.

Algunos periódicos se ocuparon, hace próximamente un año que ocurrió esta muerte, de la desdichada suicida del Paseo del Cisne, manifestando algunos que era hija de un eminentе hombre público.

Vi salir el sencillo ataúd de noche y sin acompañamiento para llevar á la fosa común los despojos de aquella mujer que parecía nacida para más altos destinos, y una amiga cariñosa de la difunta, quizá la única que lloró su muerte, me refirió los detalles de esta sencilla y melancólica historia.

Envuelta en la amargura de los males irremediables, quedó grabado en mi memoria el nombre de esa infeliz mujer; comparaba su vida obscura con la vida brillante del tribuno; su fosa ignorada con el venerado sepulcro de su padre; y pensaba si no hubiera sido más dichoso el ilustre poeta, viviendo en su hogar tranquilo y durmiendo el último sueño á la sombra de los mismos cipreses que cobijaran á los suyos.

He dudado antes de escribir esto, pero al repe-

tirse el homenaje que los grandes hombres han tributado á Ríos Rosas con el traslado de sus restos, el recuerdo volvió á atormentarme, y aunque tarde, no puedo menos de implorar una lágrima compasiva para aquella pobre mujer que murió abandonada. Es un homenaje á la desgracia que alcanza á la vez al padre y á la hija.

Las mujeres de Mæterlinck

Todo premio Nobel debe encerrar, para los que conocen su espíritu, una lección importante, no un festejo inútil de colegial que mejor se ha sabido la lección á final de curso.

El premio Nobel significa una revisión de toda la obra estética de un autor, y hay que ver en un dramaturgo, en un novelista ó en un poeta, qué bondad, qué lucidez ha puesto en los personajes, para que éstos, su alma y su obra sean los que reciban el premio, no él.

Se necesita la virtud de todos estos personajes creados, de cuyo pecho debe pender, como del pecho del autor, la medalla conmemorativa de su galardón y recompensa.

Les imagino alrededor de su creador, como una numerosa *troupe* con aire de fiesta; de un modo semejante á lo que sucede cuando después de un trágico final de drama se levantan los muertos á recibir el aplauso. Es así como todas esas bellas princesas y heroínas de cuentos y leyendas aparecen ahora cogidas de la mano de su autor en este proscenio internacional, de cara á todos, salvadas de la muerte accidental por esta ovación que se les hace.

Yo las veo todas en torno de Mæterlinck. Tienen las ojeras moradas y las caras pálidas que deben tener los «convalecientes de la muerte». Están aquí la melancólica Astolaine, la triste Alladine, la tímida princesita Maleine y Melisande con sus labios de pasión.

Cerca de ellas Monna Vanna, Ariane y Joycelle, tan fuertes y valerosas, capaces de mirar de frente las divinidades fatales de la existencia que se personifican en el Amor y la Muerte.

Están todas ellas tendiéndole, amorosas, los brazos; son ellas las que le han llevado al triunfo. Descollando sobre todas aparece la principal heroína é interprete de sus dramas, Georgette Leblanc, más viva que todas las otras, su esposa real, en cuyos labios lo besan Melisande, Joycelle, Monna Vanna... todas sus mujeres, soñadas en la mujer verdad, que ahora toma el puesto de honor en el festejo, por ella y por las desaparecidas en esos jardines donde tan fácilmente se pierden entre flores exóticas y senderos desconocidos.

El triunfo de Mæterlinck es triunfo de mujeres. Se le ha llamado *el poeta de la mujer* por como ha sabido concebirlas y darles vida. Para hablar de su obra basta hablar de las heroínas; los héroes están hechos para ellas con un misticismo que las exalta y sólo componen una letanía de adoración á la mujer.

Quedan más ellas que ellos en toda su obra. Los hombres son los que *las* defienden, los que *las* aman, los que *las* preguntan, los que *las* matan; pero ellas son las admirables, aquellos á *las* á que todo se refiere. Las que responden: son ellas.

Los hombres no tienen más misión que hacer resaltar sus figuras, como ese Pellas, barbudo y alto, al lado de la mujercita frágil y que no sirve

más que para auparla y presentarla como á una inefable reciennacida.

Las niñas tienen también su puesto en esta apoteosis de la mujer. Es también un poeta de niñas. No hay que olvidar aquella pequeñuela de cuatro años que en *El pájaro azul*, desnudita, en medio de todas las otras, decía una sola palabra. Esa niña luce también la medalla de sesudez y de alcurnia artística que supone el premio Nobel.

En Mæterlinck se premia al cantor de la mujer en una época en que escasea la sinceridad para cantarla. Un estetismo moderno pregoná que no se debe dar importancia á la mujer en la obra artística; pero esto no lo comprenderán jamás las artistas. Sin el elemento pasional y humano del amor femenino no cabe obra estética.

En buen hora que los sabios se ocupen de otros problemas y prescindan de nosotras. En la obra de arte somos elementos indispensables, aun cuando se prescindiera de expresarlo. No es necesario nombrar la luz al hablar de los colores. Se sabe que la luz está en ellos.

Así el triunfo de Mæterlinck es un triunfo que de algún modo puede recoger la mujer agradecida al que tan hermosos tipos femeninos ha sabido crear. El aplauso entusiasta de todas las mujeres que conocen su labor acompaña al autor laureado hoy con el premio Nobel.

Quizás en lo íntimo de su corazón de poeta halle más eco este sentimiento que todos los demás honores y alabanzas que se le tributen.

Hablando con Georgette Leblanc

Para los que viajamos con el pensamiento en los asuntos de arte, París ha ofrecido dos acontecimientos: los estrenos de Mæterlinck y D'Annunzio en el Chatelet.

En ambas obras, descartando el escaso mérito literario, ha podido observarse cuánto puede contribuir á una atención digna la influencia de una mujer.

Por una amable casualidad, los intérpretes de *María Magdalena* y de la *Pisanella* han sido las amadas de los dos autores.

Ellos pensaron al escribir en el alma de las dos mujeres que encarnarian sus ensueños de poeta, y Mæterlinck, que contaba con el espíritu artístico y abnegado de su esposa, tuvo más éxito que D'Annunzio, contando con las extravagancias y la genialidad de millonaria de la bailarina Robustien.

He ido un dia al Chatelet con mi querida amiga la joven escritora hispanófila Renée Lafont á visitar á Georgette Leblanc. Mientras esperábamos su llegada, *junto á la puerta de los artistas*, hemos visto descender del magnífico automóvil de la bailarina al poeta italiano con su aspecto satisfecho, su cabeza erguida, su mirada alta; un aspecto des-

deñoso, de hombre que mira sobre los tejados, pero á la vez va preocupado por la piedrecilla en que puede tropezar su gloria. Cualquier observador puede encontrar más preocupación, más pequeñez, más cuidado de la opinión vulgar en ese afectado gesto de grandeza que en la amable sencillez de Mauricio Mæterlinck. D'Annunzio pasó sin mirar al público; un criado le salió al paso con una bandeja llena de cartas; el poeta les lanzó una ojeada desdeñosa.

—No quiero ver nada de eso; nada me interesa.

Y continuó altivamente su camino, sin tender la mano para abrir aquellas cartas, entre las que, sin duda, había voces leales, frases cariñosas y esos mil recuerdos tan queridos de afecto que tanto satisfacen el alma lejos de la patria.

¡Tal vez aquellas cartas desdeñadas la víspera del estreno hayan sido leídas con avidez un día después!

Georgette Leblanc desciende de su auto. Su airosa figura va envuelta en amplios velos de gasa; nos estrecha cariñosamente las manos, y aunque la hora de la representación se aproxima, se presta amable á la interviú para el *Heraldo*.

—¡Qué hermosa es España!—nos dice—. ¡Qué tierra de sol y de efusiones!... Tengo gana de volver allí... «No se gana plata»; pero eso no importa. ¡Es tan hermosa, tan entusiasta!...

Le preguntamos si pensaba venir á España pronto.

—De buena gana; sobre todo en los meses de Noviembre ó Diciembre. Pero lo más fácil es que tenga que ir á América del Norte.

Mientras habla, su doncella le ayuda á maqui-

llarse, y extiende sobre los hombros una magnífica cabellera rubia, digna de la pecadora de Judea.

—Ahora—continúa la Leblanc—iré á Niza á reunirme con mi esposo. Mæterlinck prepara una obra, continuación de *La mort*, que ocupa todo su tiempo; yo debo estar á su lado. Así es que este año no daremos ninguna representación en el castillo de Saint-Waudrilles. Es lástima, porque es preciso hacer amar el teatro en la Naturaleza y enseñar cuánto importa conservar la plástica de la figura y el ritmo del movimiento para el conjunto armónico que la poesía en escena debe presentar á los ojos del espectador, si...

El director de escena la interrumpe.

La vemos en el primer acto de *Maria Magdalena* como verdadera maestra del gesto y haciendo olvidar con las actitudes, elegantes y armoniosas, la actriz y hasta la obra; pero nos guardamos muy bien de decírselo al volver á su cuarto.

Ella, como esposa amante, quiere todos los elogios para Mæterlinck.

Le pregunté qué papel de las obras de su marido le gusta más.

Georgette duda un momento, recordando, y luego dice:

—No sé, no podría precisarlo; con cada obra nueva sucede lo que con el hijo más pequeño, se le mima más; así es que el papel que prefiero es el de la última obra que represento. Ahora, el de *Maria Magdalena*; es la lucha entre lo consciente y lo inconsciente de nuestro ser lo que se necesita expresar; esa especie de duplicidad de alma que hay en nosotras; el combate interno de un alma solicitada á un mismo tiempo por el amor místico y el amor carnal, que no pueden hacerlas compatibles.

Georgette, en ese momento, no era ya la actriz, era la esposa del escritor, capaz de desentrañar y criticar su obra. Recordamos sus aficiones literarias.

—¿Escribe usted ahora algo?

—Sí; acabo de escribir una novela, *En el país de Mad. de Bovary*: quiero retratar en ella el alma francesa; después me ocuparé de un estudio sobre la sordomuda ciega Ellen Keller. ¿Se la conoce en España?

Le digo que yo misma he traducido el libro de esta interesante criatura y que el comisario regio, don Eloy Bejarano, ha hecho un concienzudo estudio sobre él.

Georgette se interesa, pidiéndome detalles, hasta el punto de que el director de escena tiene que llamarla dos veces.

Estamos en el segundo entreacto.

Ha triunfado el amor místico, y María Magdalena renuncia á sus galas y sus joyas. El cuarto de Georgette se llena de damas y admiradores. Ella está nerviosa, agitada; habla con extraordinaria verbosidad, y acciona y ríe como una locuela mientras su doncella la despoja de sus vestidos y le pone una túnica de estameña, remendada y rota, y le calza unas viejas sandalias.

Georgette no lleva nada bajo la túnica, ni malla, ni camisa, ni corsé. Nos lo hace notar.

—Es mi carne—dice—lo que enseño por los desgarrones de mi traje de penitente. Yo tengo un gran cuidado con poner el traje en armonía con el pensamiento y la situación; trato siempre de que los detalles ayuden á comprender el papel. Al comienzo de mi carrera, cuando tuve que interpretar

Carmen, hice mi primer viaje á España, para aprender á danzar en Granada y comprar mi traje en Sevilla. La indumentaria es un arte que no se puede desdeñar.

Yo la miro sonriendo, y no me atrevo á hacerle la objeción de que no consiste todo en el vestido si la actitud no rima con él. En María Magdalena ha dado á su túnica distinción de traje de baile; el tosco sayal se pega á su cuerpo con elegancias de traje de corte. Revela el estudio de arte que hay en sus pliegues y en sus rasgaduras para producir efecto. A pesar de todos sus propósitos, no nos da idea de pobreza; se realza como terciopelo al contacto de la seda de su piel, y en todo este último acto, algo grotesco, entre aquellas judías atemorizadas, con aquellos trajes arlequinescos del gran rabino ó del sudario de Lázaro, ella sigue siendo la gran señora que trueca con su presencia en salón la catacumba y que distrae del interés dramático de la obra con el interés plástico de su figura.

Y véase cómo el ser excesivamente escultural y dueña de la actitud puede perjudicar para la emoción del drama.

La influencia persa

Algunas veces, de un modo arbitrario, inesperado, sin lógica, viene una influencia determinada á apoderarse de nuestro espíritu ó del espíritu colectivo. Tal sucede ahora con la influencia persa que se deja observar en el arte y en las modas.

En la última estación parisienne los dos bailes más sensacionales fueron de trajes persas, y desde entonces en vestidos, en telas, en decorado, la moda oriental se impone más cada vez.

Y sin embargo, es difícil investigar en la moda de las mujeres. Los orientales, con una virtud admirable, guardan á sus mujeres para sí; no gustan de que les pregunten por ellas, las cuidan con su amor en el interior de la casa, cuidando de no abrir los brazos para dejarlas caer entre la multitud. Así es que, á pesar de la bella Exposición de miniaturas organizada en el museo de Artes decorativas de París, en la que aparecen gentiles figuras de jovencitas, delicadas como rayos de luna, con talle frágil y ojitos de gallo, cuesta trabajo fijar las líneas de una moda, de un estilo.

Uno de los primeros exploradores de la Persia, Mr. de Chardin, después de habitar varios años en

ella, afirmaba que las modas cambiaban poco, porque había visto en el tesoro Isphan los trajes de Tamerlán, muerto en 1405 en Samartrande, iguales á los que se llevan ahora. ¡Tantos siglos sin cambiar! ¡Es un ejemplo sorprendente!

Sin embargo, los estudios de ahora vienen á marcar tres épocas para las modas persas. En los siglos XIII y XIV las damas de la corte llevaban prodigiosas *aigrettes* de tres pies de altas, y las princesas y mujeres de palacio adornaban sus cabezas con una sola pluma ondulada y caída, de un gusto encantador. Una de las miniaturas más lindas es la que representa á Balkis, reina de Saba, peinada con un turbante complicado de gasa de oro por el que pasan perlas y cintas. Está vestida con una túnica ajustada de un tejido en el que se entrelazan figuras de hombres y de animales de un gusto refinado. Un cinturón rosa pálido le rodea el talle, que no deforma ningún corsé. Una larga *écharpe* de paño de oro pasa detrás, sobre la espalda, y viene á enlazar su cintura. Se apercibe á la extremidad de su falda el fin de sus pantalones apretados á la pierna. Lleva los pies desnudos y una cadena doble forma el brazalete sobre el tobillo. Esta Balkis fué pintada en el siglo XVI, y sin duda con arreglo á la moda de entonces.

La tercera época está caracterizada en las miniaturas del siglo XVII. Una pequeña *toquet* muy atrevida; traje de paño de oro sobre falda naranja, con túnica corta y pantalón largo.

He aquí que en el siglo XX se inauguran entre nosotras las modas del imperio de los shas. Se empieza por los turbantes y las *aigrettes* y por las exquisitas telas de seda brochadas de oro y de terciopelo que se pagan á peso de oro si son legítimas, cosa que se logra con mucha dificultad, pues

hoy las persas han decaído en su lujo y la moda se ha hecho simplicísima entre ellas, faltando, por lo tanto, el brillante elemento que buscamos los europeos.

El traje femenino *que se ve* es de una tela negra y ligera que envuelve á las mujeres de cabeza á pies. Así salen á la calle desde la princesa á la mendiga; sólo las aldeanas que trabajan la tierra están dispensadas de su velo negro y usan el pantalón de color claro.

El lujo oriental hay que buscarlo en el *anderroun*, detrás de puertas guardadas por imberbes y locuaces eunucos. Allí nada de mantos negros; las blusas de gasa centelleantes de lentejuelas de oro, las faldas cortas y los pantalones que descienden y aprisionan el pie. Pero así vestidas no pueden contemplarlas los ojos europeos.

No estaría de más que ya que imitamos la moda persa en sus lineas y su fastuosidad, la imitáramos en este recato, que deja para el interior lo más bello de las intimidades y para la calle la corrección debida á la sociedad, pero sin exteriorizaciones que no merecen los indiferentes.

Cuestión internacional

Los extranjeros nos tratan, generalmente, como si España fuese un país inexplorado, lleno de complicaciones. Cada viajero que escribe de nosotros da su nota graciosa, cómica, pintoresca, que nos hace reír al vernos tan mal comprendidos.

Yo recuerdo siempre, en mi último viaje á Bélgica (donde no es oro todo lo que reluce), el énfasis de un maestro que, enseñándome un viejo y antiguo pedagógico tablero contador, de los desechados aquí hace años, me decía satisfecho:

—¿En España no conocerán estedes esto?

Ahora toca el turno á una cuestión culinaria. *Femina*, de París, publica gravemente el siguiente suelto:

«Nuestro embajador en Madrid, M. Geoffray, regresa á buscar entre nosotros un reposo bien ganado y á curarse el estómago, echado á perder por las salsas y comidas españolas.»

Indudablemente, quien esto escribe desconoce nuestra cocina y no se ha chupado jamás los dedos después de saborear una paella valenciana, unas aceitunas de Sevilla, un pimentón de Almería, un gazpacho de Cádiz, ni un pote gallego, ni un cocido castellano, ó una rica cachuela extremeña, por

no hacer interminable la lista de nuestros clásicos, suculentos y sabrosos platos.

Menos mal que el articulista no remata sus noticias con fantasías francesas ó no dice para «epatar» al mundo:

«Las comidas de los españoles son como sus fiestas de toros, á los que se comen crudos, con salsa de sangre y mosto negro, sirviéndolos en una fuente adornada con la divisa y un par de banderillas.»

La cocina española, á despecho de lo que digan sus detractores, es, ante todo, una cocina verídica, sin encubrimientos; donde las carnes de los animales no están ocultas en picadillos y grasas para presentar platos de frac raido y máscara de cartón; nuestra cocina está inspirada en las fuentes naturales, es un poco pagana, influída de esa sinceridad ingenua de los pueblos primitivos, que contaron con todo el sano apetito que inspiran el sol, el paisaje y la vida activa, más pueblerina que ciudadana. Recoge las especias y los condimentos en su fuente misma, sin tendencias á ir á buscarlos á la droguería ó en la lata de conserva.

Puede decirse que la cocina española representa la solidez, la frugalidad, la franqueza y que sus mismos refinamientos son claros, expeditos, dejando que el pez, la carne ó la legumbre no ahoguen su sabor, el sabor de su vida, en salsas artificiales, como vicios nuevos, sutiles y engañosos de la decadencia.

En la cocina española el cocinero no es un alquimista misterioso, sino un artista cuyo arte estriba en la simplicidad, en cómo armoniza por un sentimiento instintivo la parte esencial y los condimentos. Nuestra cocina ha nacido de la clara historia de nuestro pueblo y conserva la fuerza

primitiva de celtas é iberos, los refinamientos griegos y las dulces y pintorescas comidas de los «moros», en esos platos golosos y admirables, de un sabor tan árabe y tan clásico que todavía conservamos, y que hacen la delicia de verbenas y fiestas caseras de pueblo: los buñuelos y el arroz con leche.

Pero, aparte esta defensa inútil, veamos lo que es la cocina francesa, juzgada por sus escritores de hoy. Acaba de publicarse en París un libro al que, con su pompa acostumbrada, titulan nuestros vecinos *El libro de oro de la cocina francesa*. En ese libro colaboran los principales ingenios, á los cuales se les ha pedido un pensamiento y una receta, y Jeorges Ohnet dice así.

«Hoy ya no hay cocina francesa; no se come. Toda nuestra sociedad y toda la Francia está sometida á régimen. Se sigue el plan del doctor Sangredo, y toda su clientela está á régimen de agua pura. Mañana, no hay que dudarlo, se impondrán las prácticas del doctor Broussois y sangrarán á todos los enfermos hasta volvemos anémicos. ¡Y vaya uno á hablar de alimentos á todos esos terapeutas! ¡Nada de carne, ni siquiera carne blanca; nada de pan, nada de pescado, á comer fideos!... Y véase cómo se está poniendo la raza francesa.»

Paúl Acker, en el mismo libro, añade: «Llegué á los treinta años sin conocer los placeres de la mesa; éstos se me revelaron al ir á veranear á Alsacia, donde con los buenos alimentos renació en mí la glotonería ancestral.»

Como se ve, estas revelaciones nos lo explican todo. La cocina francesa ha hecho desaparecer el estómago, y el alimento le turba como un pecado. Si Paúl Acker sale de París (según él dice) para

probar un buen plato, ¿qué extraño tiene que el buen embajador, deslumbrado por las excelencias de la cocina española, pidiese «más, más, más» de cada plato y le haya estropeado el estómago la indigestión? ¡Los culpables serán los prohombres políticos que le invitaban á su mesa!

Inconsecuencias de la gloria

La sociedad deserta difícilmente de sus costumbres tradicionales, y todos los esfuerzos de la educación se estrellan muchas veces contra la obstinada resistencia que le opone el hecho, lógico ó no, sancionado por el tiempo.

De aquí que en días como el de Difuntos se considere por muchas personas obligación imperiosa la visita á los cementerios, á las ciudades de la muerte donde la materia recobra con pertinaz trabajo su forma primitiva.

Yo también el año anterior, arrastrada por las generales preocupaciones, me dirigí á la vieja necrópolis de San Nicolás, donde no llegaba el violento oleaje humano, y visité las entonces abandonadas tumbas de Larra y Espronceda, poéticas y harto significativas en su triste soledad.

Este año encaminé mis pasos hacia la tumba de otro ser noble y desgraciado que duerme en la inmensa noche del tiempo, bajo una fría, húmeda y derruida bóveda del cementerio del Este.

¡Siempre fué la desgracia compañera leal del talento! ¡Siempre ha sido la gloria inconsiguiente con el genio!

No me causó, pues, extrañeza el abandono del que fuera un día ídolo de España y objeto de las

inquietas miradas de todas las naciones; del hombre que ha gozado de más popularidad en nuestra patria... del sabio Isaac Peral.

Unos cuantos claveles erguían sus tallos al pie de la tumba, y según supe después, eran la ofrenda piadosa, el último recuerdo, la sensible y cariñosa señal de admiración de un sepulturero.

Las lágrimas de su familia corren lejos de su sepultura, en el destierro de la corte á que les obliga la penosa y digna situación que les legó el ilustre muerto.

¡Qué página tan triste y qué enseñanza tan real para los que creen en el favor de las muchedumbres!

Peral fué exaltado cuando no había motivo para ello, apenas concebido su invento, cuando aun no se podía apreciar si era una bella ilusión ó una preciosa realidad.

Y como fué exaltado sin motivo, cayó también injustamente.

El submarino ejecutó sus pruebas; he visto fotografías donde aparece completamente sumergido; tengo frente á la mesa que escribo un pedazo de la bandera española que se mojó en el agua de la bahía gaditana; esa bandera rodea su retrato; yo lo he tomado en su propia casa, lo he sacado del montón de fotografías de reinas, princesas y personas ilustres por su posición, que mezclados con miles de desconocidos, le atestiguaban su admiración constante.

He podido contemplar de cerca la ruina de aquella grandeza, he visto allí cartas, versos, felicitaciones entusiastas, proposiciones rechazadas por el buen patriota; he visto... miserias... calumnias... Pero... silencio, no es mi ánimo resucitar odios ni rencores; prefiero creer que todos obraron

equivocados y esperar que se remedie la equivocación.

Los planos del submarino existen. Existe hasta la cuartilla donde con lápiz escribió el inventor la primera idea que llegó á su mente paseando en la orilla del mar, mudo testigo de un triunfo que fué considerado como derrota.

Es indudable que el submarino tenía algunas imperfecciones; pero aquellas imperfecciones se hubieran vencido.

El inventor no era ingeniero; él podía exponer su plan, que á otros tocaba ejecutar, ó al menos perfeccionarlo.

Tan grande como había sido el prematuro entusiasmo por Peral, tan injusto, repetimos, fué el abandono en que se le dejó y la crueldad con que se le ha tratado.

Cuando miro ese retrato, con su ancha frente de pensador profundo; con sus ojos, iluminados por la luz del pensamiento, tan grandes y tan tristes; cuando contemplo la serenidad de sus nobles facciones, creo que ni lo envenenaría el triunfo ni lo desesperaría la ingratitud; el dolor de Peral debió ser parecido al de Cristo, un dolor compasivo para los que no querían su redención, un dolor de lástima para sus hermanos.

Hoy se va operando una reacción, empieza la justicia, que la posteridad, libre de prejuicios y de envidia, tributa á los grandes hombres. Peral va á ser trasladado al Panteón de marinos ilustres de San Fernando.

Presentimiento de muerte

La muerte de Moret es, sin duda alguna, un motivo de duelo nacional. Desaparece con él una de las figuras más grandes de la España: político, orador, poeta, hombre de Ciencia y hombre de Estado, su espíritu se mostraba en mil facetas admirables, que pueden encontrarse en sus escritos y en su larga, laboriosa y honrada vida pública.

Pero había en Moret un aspecto en el que le podíamos juzgar mejor sus amigos: la gran bondad, la gran sencillez, la gran nobleza de sus sentimientos y el interés que desplegaba en favor de los que le eran queridos.

Moret no era de esos políticos que sirven á los hombres que pueden darles votos ó devolverles mercedes. Sabía dispensar su protección á los débiles, á los caídos, á los luchadores sin ventura, y sabía hacerlo con una dignidad, una serenidad, una alteza de miras propias de la verdadera Providencia.

¡En cuántos hogares, que todo lo deben á su caballerosidad, habrán corrido lágrimas de agradecimiento sobre su tumba! Citar ejemplos de bienes dispensados por su mano sería ofender la memoria del que quiso mantenerlos ocultos; pero

pocas mujeres de las que trabajan y valen en España podrán decir que no debieron aliento y protección al ilustre fiuado. Por mi parte, me enorgulleci de haberla recibido en la confesión pública de mi agradecimiento que puse al frente de la dedicatoria de *Giacomo Leopardi*.

Unida por una estrecha amistad de familia á don Segismundo Moret, éste ejerció siempre para mí su papel de Providencia. Algunas veces se dignaba honrar con su presencia mi gabinete de trabajo, donde solían encontrarse, desde el gran Pérez Galdós hasta los jóvenes luchadores que en los albores de la vida, llena el alma de anhelos de arte, sonrien confiados al porvenir.

Apenas ocho días antes de morir, Moret nos hizo su última visita.

Enmudecían todos para oirle, con su palabra fácil y florida, de una entonación tan clara, tan musical, tan sonora, enunciando juicios profundos y rápidos.

Se habló de todo, de política, de oratoria, del Ateneo, del próximo viaje que intentaba hacer... Se mostraba lleno de fe en el porvenir, alentador, optimista. Creía que la ética de los pueblos adelantaba, que España era más moral ahora que en los severos siglos pasados, y apoyaba su juicio en sus últimas lecturas de un libro sobre la legitimidad de la Beltraneja.

Cuando todos le oíamos más atentamente quedó de pronto silencioso, volvió la cabeza perezosamente hacia el lado derecho y entornando los ojos, como en un aparte de soledad, balbuceó débilmente: «¡Qué cansado estoy!» Instantáneamente, aquel espíritu avizor se repuso y recobrando su natural apostura se dirigió á mí sonriendo para terminar la frase: «de vivir». ¡Estaba tan cerca

su descanso, que la idea de él había rozado su frente como una lúgubre mariposa!

Alguien le habló del desencanto que lleva el pesimismo ante el ejemplo de la pequeñez y la injusticia de las cosas que nos parecían grandes y santas, y Moret repuso tristemente: «Esa es una señal de superioridad que se paga con la desdicha.»

Siguió la conversación, triste y lánguida, sobre el feminismo, que Moret abominaba tanto como defendía los derechos de la mujer. Como sucedía casi siempre que de estas materias se trataba, nos citó el ejemplo de Inglaterra; con mirada brillante evocaba el tiempo feliz de su juventud que pasó con un cargo diplomático en la corte inglesa, aunque este cargo hubo de costarle una buena parte de su patrimonio, pues Moret es de los hombres que no se han enriquecido, y deja, después de sus servicios á la patria, una situación más que modesta á su familia.

Animado por sus recuerdos, se levantó, parándose ante los cuadros y las porcelanas de mi gabinete, hizo sonar el carillón, recitó unos versos árabes... Luego volvió á detenerse, con el mismo gesto de desaliento de la vez anterior, y murmuró: «Me despido hasta la vuelta. Tengo la costumbre de acostarme temprano, y mis pobres hijas, por más que las ruego, no salen á ninguna parte por acompañarme, ¡qué buenas y abnegadas son las mujeres!»

Mientras hablaba se había puesto el gabán; le acompañamos mi hija y yo al pasillo.

—La verdad es que yo debía morirme. ¡Tengo un miedo á ser decrépito, no dominar el pensamiento y sentir este cansancio!...

Y cuando desde la escalera volvía la cabeza

para saludarnos por «última vez», la niña y yo nos estrechábamos una contra otra, envueltas en una ráfaga de desconsuelo, de tristeza y de desaliento.

La Muerte, como algo material é invisible, estaba allí entre nosotros.

Hoy que el corazón generoso no late, que el cerebro gigante está inerte y que la angustia del presentimiento se hace extensiva con la realidad á cuantos le amaban, he querido narrar esta despedida, en la que hubo una frase de ternura y de respeto para todo el sexo femenino, propia de aquel perfecto caballero, al que se lo habían hecho amable la virtud abnegada de su esposa y de sus hijas, refugio de su alma amante después de la muerte del heredero de su nombre.

Las mujeres todas y la nación entera debe un homenaje á Moret. La modestia de sus últimas disposiciones no lo puede impedir. No es necesario que los beneméritos de la patria caigan heridos por un asesino para tributarles honores. El puñal que mató á Moret se elaboró en su trabajo y sus luchas constantes en servicio del Estado.

Danzas de arte

Una bailarina, en la intimidad de su gabinete, no nos parece la misma mujer que hemos admirado en el escenario. Sin embargo, Loie Fuller da siempre esa sensación. Cuando nos recibe, expansiva y afectuosa, en su cuarto del suntuoso hotel de los Campos Elíseos á la notable escritora peruana Aurora Cáceres y á mí, hay en sus movimientos, en su sonrisa, en el encanto de la mirada, viva é inteligente, de sus ojos grises, con más luz que color, un recuerdo del hada que con su traje de llamas y sus alas blancas, que se tiñen de colores y de ritmos, causó la revolución de las danzas modernas y supo elevar el baile hasta las más puras regiones del arte y crear danzas inolvidables.

Loie Fuller está padeciendo un fuerte catarro; su cuerpo chiquito y algo grueso desaparece bajo la multitud de abrigos de seda que la envuelven, y su garganta está rodeada de una magnífica mantilla española de legítimo encaje blanco. En el pecho y en el búcaro de la mesa lucen sus inseparables orquídeas.

Loie Fuller nos habla con entusiasmo de España; pero no ha perdido aún la amargura de cómo fué tratada en las esferas oficiales la última vez que nos visitó.

—Mis niñas—dice refiriéndose á sus discípulas—

eran aún muy pequeñas, y el jefe de policía no consintió en que bailasen, á pesar del interés de Su Majestad la reina por sus pequeñas compatriotas, porque mis discípulas son todas inglesas...

Y dejándose llevar de su vehemencia, continúa:

—Fué una cosa injusta. Nuestros bailes no perjudican en nada á las jóvenes; son más bien una gimnasia, un cuadro de arte, de emoción, de pureza. Sin duda habría muchas más cosas que moralizar en todos los teatritos de la corte y muchos más niños necesitados de protección en las calles de Madrid; pero no hubiera lucido tanto el celo oficial.

Aurora Cáceres cree que la situación puede ser violenta para mí y la interrumpe discreta:

—¿Y ahora?...

—Ahora descanso para reponer mi salud, pero todos los días doy lección á mis alumnas, unas veces en mi «taller» de Anteuil; otras en las más apartadas plazoletas del Bosque de Bolonia. Yo quisiera que ustedes presenciasen una de estas lecciones. Precisamente, si mañana estoy mejor, me honrarán asistiendo á ellas dos princesas, tan bellas como inteligentes, la infanta Eulalia y la princesa María de Rumania.

Y en efecto, al día siguiente, en la amplia sala que ella denomina su «taller», Loie Fuller despliega ante nuestros asombrados ojos toda su sabiduría de profesora.

Son, sin duda, los ejercicios gimnásticos de sus lecciones lo que han hecho el milagro de perfección en los cuerpos de aquella media docena de inglesitas, en las que se admira la línea pura, simple y correcta, de la más clásica estatuaria.

Se diría que su propia belleza les ha dado los dones de la sutilidad y de la ligereza. No hay idea de la pesadez de los cuerpos; sus movimientos son graciosos, espontáneos y siempre artísticos, rítmicos, elegantes.

—Tengan ustedes en cuenta—nos dice Loie Fuller—que luego la representación será muy distinta de lo que ven en estos ensayos. Una bailarina que sea artista no repite jamás el mismo baile. Se trata de representar en la danza un estado de alma: es una cosa tan individual, tan cambiante, tan fugaz, que no es posible aprenderla.

Yo creo que, en realidad, no existen danzas, sino bailarinas, temperamentos, caracteres que se manifiestan. La afinidad entre los sentimientos de las mujeres de un país trae las denominaciones de bailes orientales, rusos, etc.; pero todos, si han de ser bailes, en el sentido artístico, no pueden ser más que la expresión de nuestros sentimientos por medio de la mimica, poniendo en ellos la poesía y el ritmo que la literatura para expresarlos con la palabra.

En efecto, sus discípulas le daban la razón. Eran poemas improvisados los que representaban. En una «danza de sombras» pasaban tan rápidas, tan fugaces, tan tenues (por decirlo así), tan perdidas y esfumadas en el fondo de la habitación, que sólo daban la impresión de una forma vaga, de un contorno indeciso. Verdaderas sombras de algo muy bello y muy sublime.

Las princesas aplaudían entusiasmadas.

—¿Y usted, qué baile prefiere?—preguntamos á la ilustre bailarina en el entreacto.

—Todos; no tengo preferencias. Ya les he dicho que para mí no hay «bailes», sino el «baile». Con un baile popular andaluz puede expresarse el dolor

ó la melancolía tan bien como con una danza griega, y éstas pueden ser tan sensuales como la danza oriental, ó tan vehementes como la rusa. Es el alma de la que baila la que debe aparecer siempre desnuda.

Y como viera que yo dirigía la mirada hacia la rica serie de vasos antiguos que decoraban la estancia, sonrió y dijo:

—Aquí se aprende la actitud, el ritmo; son nuestros diccionarios, nuestra gramática, nuestras palabras. Con ellos se componen nuestros cantos.

Apenas la escuchamos. Las niñas aparecían entre gasas, con sus vestidos de sirenas resplandecientes de escama, á la orilla de un lago azul, donde unas lindas aldeanas, descalzas, con los cabellos sueltos, adornadas de flores silvestres, venían fascinadas á contemplarlas.

No puede explicarse un cuadro plástico de mayor efecto. Loie Fuller seguía hablando:

—Prefiero siempre el pie desnudo; nada de trajes que dificulten los movimientos si no lo exige nuestra pantomima; como ahora, el vestido de las sirenas.

Y ella misma, sin dejar de hablar, se envolvió en su velo de «ola»; el lago, agitado por sus movimientos, ondulaba mientras las sirenas atraían á las aldeanas, que se iban precipitando en su fondo con un conjunto indescriptible de bellos escarceos, de movimientos graciosos, de retorcimientos blandos. La voz de «la ola» seguía repitiendo:

—Mi lema es muy sencillo; ya lo ven ustedes: obedecer á la Naturaleza. Libertad, la mayor libertad posible dentro del ritmo es la belleza...

Leyendas y tesoros

Otra vez las leyendas populares de tesoros y recuerdos moriscos han encontrado eco con motivo de los pretendidos descubrimientos de la casa del rey moro, de Ronda.

Las leyendas de moros nacen de lo más hondo de la raza, de lo más nostálgico, y en ellas hay no sólo poesía del pasado, sino poesía del porvenir, poesía oriental, que es la de sensualidad más pura y permanente.

Moros somos porque quedamos seducidos por ellos, pesase ó no á las resistencias sombrías.

Andalucía es la patria de estas leyendas. He pasado los años más hermosos de la vida en un pequeño valle de la provincia de Almería, en el campo de Níjar. Rodalquilar es un lugarcillo donde aun vive el alma árabe y dominan las antiguas costumbres salvajes de los inadaptados.

Perdido en una de las últimas estribaciones de la cordillera Ibérica, que viene á sepultarse en el mar para reaparecer en la tierra rifeña, separado por algún cataclismo geológico de la ribera hermana, los cerros de rica entraña ofrecen la sonrisa del vallecito dormido entre las rocas abruptas, que lo rodean como un muro de anfiteatro derrumbado

hacia el mar con el batir de las olas verdes. Pasan años sin que un viajero cruce las montañas ni arribe una embarcación á la pequeña playita.

La tradición tiene allí su imperio. Hasta hace pocos años los muertos se enterraban en la arena del mar, y matrimonios y divorcios no conocían más leyes que la pasión contrariada ó triunfadora con el poderoso argumento de la faca.

Durante esos años mecieron mi espíritu las leyendas de tesoros encontrados en el país. Tal vez aquellas narraciones del viejo *tío Pepe* y de la *tía Ramona* despertaban los gérmenes de la fantasía de la futura novelista. Vivía temporadas enteras en un mundo de fantasmas y sombras. Todas aquellas gentes me contaban cosas históricas de labradores, á los que se les enredó la punta del arado que conducían en tinajas llenas de cequías, y de bellas muchachas virtuosas que tuvieron en sueños, tres noches seguidas, la revelación del sitio donde se ocultaban joyas dignas de una sultana.

El mago, revelador de los sueños, les daba siempre señales claras del sitio en que se encontraba la fortuna y de las personas que habían de ir en su busca. ¡Ay de aquel que narrase su secreto! Las monedas de oro se convertían en ceniza al tocarlas.

Era inútil que mi familia luchara con los efectos de las leyendas. Yo no quería admitir las explicaciones; creía á pie juntillas en todos aquellos sortilegios y espíritus sobrenaturales, y más de una vez fui á ver una cueva de belleza admirable, por una de cuyas hendiduras se introducía una caña y se oían sonar las monedas ocultas en sus muros. Necesitaría un volumen para referir las consejas sólo de aquel pequeño lugarcillo. Yo simpatizaba con aquellos *perros* que expulsaran de allí unos

buenos reyes cristianos, arrebatándoles sus riquezas. Aceptaba sin esfuerzo la versión de que en aquel pequeño perímetro casi inaccesible hubiese existido una ciudad populosa, y miraba con supersticioso respeto dos castillos antiguos, vigías del mar, con las habitaciones destechadas, cegados los fosos, los viejos cañones caídos y medio enterrados entre tierra y orín al pie de la plataforma, como morada señorial de mis espíritus familiares. Allí no se atrevían á entrar los campesinos, y en los amplios patios crecían las cardenchas, los jaramagos y los muérdagos, entre los que arrastraban su piel de escama los lagartos. Me gustaba soñar allí, y visitaba con frecuencia á una familia de pastores que, haciendo alarde de valor, había instalado su morada en aquellas majestuosas habitaciones.

Una noche la tía Ramona, la vieja madre de los pastores, llegó llorando al cortijo. Los espíritus del castillo, molestados por la presencia de la familia, no la dejaban momento de reposo.

Aquella noche les había oído correr á lo largo de los muros, lanzando gemidos lastimeros. Fué inútil tratar de convencerla. ¡Los había oido quejarse, como yo los escuchaba contar historias indescifrables entre el silencio de las tardes de otoño, cuando el mar se tendía dormido con su calma blanda en brazos de la playa.

Yo no tenía entonces la desdicha de razonar. No sabía lo que era análisis.

Hoy vuelven á mi memoria esas impresiones, evocadas por el suceso de Ronda. Aquella gente, en su vida rutinaria y sencilla, no sabe que existen al otro lado de los mares fanáticos que guardan la llave de la casa española de sus mayores y de generación en generación revelan el secreto del sitio en que les aguarda el tesoro que han de venir á

desenterrar, y, sin embargo, sienten en rededor suyo el influjo misterioso de un espíritu ancestral que les revela sus cuitas, condenado á subsistir en los viejos muros y en las oquedades de las piedras que guardan sus riquezas... Al pensar en esto quiero olvidarme de lo que es sarcasmo para volver con alma sencilla á escuchar las historias que me contaban los espíritus en mi legendaria tierra de Andalucía. Ellas por sí solas constituyen un tesoro para el que logra saberlas escuchar.

El 3.330

El marqués quiso guiar solo el automóvil aquel día. Quiso dar un paseo á solas como dueño de sus piernas y de su corazón; el chaufeur le estorbaba, era un amigo inferior. Solo, egoísta en la molicie de su automóvil como un hombre que se da inyecciones, por una obcecación fué aumentando la velocidad de la carrera, de un modo inconsciente, vertiginoso, embriagador. Su paseo fantástico en la rapidez, le llevaba de unos barrios á otros, como sumergido en un ensueño ante una de esas películas de cine en que se suceden paisajes exóticos é indeterminados.

Al pasar por uno de esos barrios aristocráticos, en que todo es silencio y limpieza de las calles bien construidas, seguras para el automóvil por sus líneas rectas, sintió como un obstáculo que parecía querer detener su marcha y sobre el que pasó como sobre uno de esos obstáculos usuales de las calles, una de esas cajas de lata aplastadas ya por los otros carros. El grito de un hombre, rápido, estriidente, un eco semejante al de los que se sumergen en el mar llegó á sus oídos, pero no le asustó, hasta que otros gritos de transeuntes le revelaron confusamente la terrible verdad.

Había atropellado á un hombre.

Lleno de pánico aumentó su carrera desesperada. Tenía confianza de que la rapidez le habría salvado y que nadie conservaría en la memoria aquel número 3.330 iluminado en su automóvil.

—No...—se dijo—. Se les habrá ocurrido gritarme, mirarme, insultarme, escupirme su odio; se habrán fijado en la silueta del automóvil, sin comprender que el único punto vulnerable era el número... ¡el 3.330!

Y en su mente hacia un esfuerzo inútil de «borrar», como si con esto pudiese reprimir la cifra en la memoria de los que la hubiesen visto.

Hubo momento en que perdida la orientación por los giros que hacía, creyó que iba á parar al mismo sitio, y en que la policía, avisada por todos los teléfonos de que debía perseguir al 3.330, venía ya en su busca. Sentía en las ruedas la sangre, la huella del hombre muerto y su ademán, ansioso y amplio de lapidado, como de abrir las alas para salvarse y huir. Y él también quería huir, como si quisiera borrar de la rueda, del neumático, la mancha posible, en un esfuerzo de velocidad que entraba como «esencia» en el motor.

Salió á las afueras; el campo se le ofreció como un vasto infinito en que correr y correr sin parar, más allá de los campos polares, blancos, silenciosos, incitantes; y como un gato con el rabo ardiente y lacerado, el automóvil corría atemorizado, y perseguido por su humo revuelto en formas imaginarias, el marqués sentía en su trato con el volante el trato con el arma homicida y sentía arder su frente con la obsesión de aquel número brillante, como si hubiesen marcado á fuego sobre ella el 3.330. Al fin rendido, extenuado, se fué acercando de nuevo á la ciudad, temeroso de sus luces, buscando la línea recta para ir á la cochera.

Después de dejar el automóvil, lanzando una mirada temerosa á las ruedas como si conservara las huellas de su crimen, se retiró á su casa.

No pudo dormir; toda la noche tuvo ante sus ojos aquel número escrito con tiza en la pizarra inmensa de su recuerdo, cerca el cadáver del desconocido, que había caído á su paso...

Después se serenó. ¡Si no hubiese pasado nada! ¡Si fuera todo una visión, un vértigo de la carrera!

Esperó con ansiedad los diarios; en ellos encontró la certeza de su crimen y el retrato de la víctima. Le parecía imposible haber matado á aquel hombre cuyo rostro veía por vez primera... Pero el periódico le daba al mismo tiempo la certeza de su impunidad. No se sabía el número del automóvil. El solo sabía que aquel número era el 3.330, y el saberlo le daba una tentación de delator...

Fueron pasándose los días y olvidándose el suceso, sin que el marqués pudiese recobrar la calma; lo mataba su secreto y si no hubiera sido por la conciencia inapelable del número, su conciencia era tan mundana y escéptica, que habría continuado cínicamente su vida fácil.

Un día escribió en un papel: «El automóvil que mató fué el 3.330», y envió su anónimo á la policía.

Esperó como ajeno al denunciado con tranquilidad.

Y cuando una indemnización le permitió reparar legalmente el daño convirtiendo en atropello lamentable lo que en el misterio tuvo apariencia y horror de *crimen*, pudo volver á montar con serenidad y por deporte, en el automóvil escapado, desenfrenado y angustioso de los últimos días.

Los nuevos bailes rusos

Todo lo ruso está ahora de moda en Francia. La alianza de la República y el Imperio, que estrechan su amistad en estos momentos fraternalmente, contribuye á mirar con simpatía todo lo exótico que llega de la Rusia, país de misterios, de leyendas y de luchas épicas en el prosaísmo de nuestros días. El espectáculo de los bailes rusos ha sido la moda de este invierno en París y Niza. Pero su triunfo definitivo está aquí, en el Gran Casino de Deauville. Es el espectáculo que reune toda la aristocracia de la colonia veraniega para contemplarlo.

Verdaderamente, tienen motivo para ello. Es un espectáculo sensacional, deslumbrante; un milagro de la música, la danza y la pintura. Cuanto puede halagar á la vista y al sentimiento.

Estos bailes rusos son verdaderas pantomimas bailables. Un género que, en realidad, no se puede llamar ruso sino porque los maravillosos intérpretes que los ejecutan son rusos. Es un género nuevo, artístico, que viene á dignificar la danza, devolviéndole su carácter sagrado y haciéndola la intérprete de los movimientos del alma.

En el extenso repertorio de pantomimas de los

bailes rusos, compuestas casi todas por Nijiski sobre temas poéticos de leyenda, descuellan como obras maestras *Scherazada*, *Petrouchka*, *El Carnaval*, *El príncipe Igor*, *El dios azul*, *Thamar*, *La noche del fauno* y *El espectro de una rosa*. La música no es toda de maestros rusos ni los asuntos tampoco. *El dios azul* es un lindo cuento indio que tiene una música sutil y delicada, de Reynaldo Hahn, y para muchos de los otros se adapta la música de Chopin.

He visto las cuatro últimas obras citadas en Deauville. No se puede imaginar mayor riqueza en el decorado ni trajes más pintorescos. Una gran parte del éxito se debe á la presentación, en la que se abusa bastante del transformismo, con perjuicio de la severa sencillez de la danza.

La noche del fauno nos lleva á una selva virgen, en donde la diosa Diana se solaza con sus ninfas. Nijinska aparece, como un verdadero fauno, ágil, ligero, con sus miradas penetrantes y su escultura musculosa. Es un precioso baile de terror el de las ninfas, y de embriaguez, de amor y de lujuria el del fauno, que persigue á la bellísima e incomparable Karsavina, la cual parece tener alas para moverse con tanta gracia y galanura. La coge al fin, y ella se desvanece como un sueño entre sus manos. En vez de convertirse en laurel, como Eco, es una *écharpe* de encaje deliciosa, pero encaje luminoso, una gasa de luz. Con esa *écharpe* baila Nijinska su danza sensual y romántica, vertiginosa, indescriptible. El hombre se convierte en un pensamiento, y le seguimos en su esperanza, su desesperación, su ensueño...

Este ensueño vago y triste es la característica de casi todas sus danzas. En *El espectro de una rosa* es un príncipe que entra en el jardín, coge la

flor de su tallo, y ella se convierte en hermosa princesa. Al ir á tender la mano sobre su hombro de nieve se transforma en espectro de mujer-flor, y con él es la danza desesperada de lo irrealizable, que pesa sobre nuestros espíritus como una pesadilla.

Tal vez con artistas tan grandes sería mejor prescindir del ilusionismo y dejarlo todo encomendado á su expresión, al ritmo milagroso de los movimientos y de la música, pero de cualquier modo se puede decir que los bailes pantomímicos de estos rusos han llenado de arte supremo la danza que conmueve dulcemente el espíritu y lo lleva en pos de todos los ensueños lejanos para detenerse en la paz y blandura del gabinete familiar. Hacen bien al alma.

Grandes coquetas

Cuando se habla y se discute el peligro del *flirt* y la coquetería, es bueno acudir á la Historia, que con la elocuencia de los hechos manifiesta la verdad.

Uno de los tipos de coqueta más espiritual se encuentra en Francia: madame Recamier. La bella Julieta que, según las palabras de Benjamin Constant, «estaba dotada de un sentimiento exquisito de elegancia, pureza, buen gusto y verdadera nobleza nativa», fué «tan encantadora que contaba el número de enamorados por el de sus amigos. Ella no quería perderlos ni acercarlos; para lograr esto empleaba todos los recursos de la más delicada coquetería; los tenía á distancia sin permitirles alejarse».

Luciano Bonaparte escribía:

«¡Oh! yo os lo pido, sed conmigo severa por bondad; no me sonriáis, no me habléis, decidme que me aleje.»

Pero ella no hacia nada de eso; respondía alegramente ó suspiraba alguna vez. Y Luciano, al volver de Egipto, le escribía con desesperación:

«No os puedo odiar.»

Era precisamente lo que madame Recamier de-

seaba; á su diplomacia singular estaban sometidos desde Augusto de Prusia á Chateaubriand.

¿No es bella la coquetería de madame Recamier, ya que se servía de ella para guarda de la amistad y de la virtud?

La severa reina Blanca de Castilla nos da también un ejemplo de coquetería. Se halla rodeada de grandes vasallos, personas peligrosas para la autoridad real; entre ellas hay un poderoso, dotado de un alma sensible y caballeresca, que se enamora perdidamente de la reina. Ella sabe contener y explotar aquel amor, y ayudada por él, mantiene intacto el reino destinado á San Luis.

La coquetería graciosa de la reina de Prusia consiguió influir más en el ánimo de Napoleón en 1807 que todas las negociaciones de los aliados de su país.

Andrómaca da un gran ejemplo de coquetería cuando despliega su influencia sobre Pirro, amenazándole con su muerte para salvar á su propio hijo.

Esta es la coquetería, arma del débil, que hace papel de guardia y defensa. Cuando la mujer se sirve de esta arma, no para defenderse, sino para atacar, para causar dolor, la coqueta se hace culpable, y se necesitaría una nueva palabra que la calificase, sin calumniar al instinto de agradar, que es propio de la mujer y expresa la coquetería.

Y por una anomalía rara, la mujer no es coqueta cuando ama; esto hace pensar que hay, en efecto, algo de crueldad, mezclado al deseo de agradar, en la coquetería, y que sólo nos despojamos de ella merced á la influencia del sentimiento que más predominio tiene en nuestro corazón.

Así, la memoria de los hombres guarda con una piedad tierna los recuerdos de las mujeres que los

han amado sin coquetería. Por lo general, éstas no son dichosas. Luisa de La Vallière no fué coqueta, y madame de Beaumont amó á Chateaubriand con una ternura sin cálculo. Las dos sufrieron mucho; pero las dos murieron vencedoras, amadas. Su muerte fué más dulce que su vida; cayeron envueltas en el perfume de las caricias que embriagaran su alma.

Después de los alegatos, quedamos siempre como antes en una cosa tan discutida: sin probar nada. Hay un gran encanto en la coquetería; hay un encanto mayor aún en su ausencia. Lo mejor es dejarse conducir siempre por nuestros sentimientos; pero sin olvidar que nuestros derechos terminan donde empieza el dolor ajeno.

Trouville y Deauville

El tiempo, inclemente, está echando á la gente elegante en estas sus playas favoritas. Muchas llegan á cumplir el deber de que las vean en el Casino, enseñan sus últimas *toilettes* y se marchan. Si fuéramos siempre sinceros al escribir, yo diría que hacen bien. La sinceridad es difícil. Después de una interviú en la que nos tratan afectuosamente; después de una galante hospitalidad fuera de nuestro país, ¿cómo señalar con crudeza defectos? Además, una mujer que diga que no le encanta Trouville causaría escándalo. Las obras de arte y los sitios consagrados tienen que gustarnos *obligadamente*, y quien vaya contra la corriente general será tenido por loco.

En efecto; esto es grandioso, deslumbra á primera vista; un paseo por Deauville es un paseo por un gran jardín, cuyas quintas son cenadores: es todo espléndido, pero es todo artificial, está hecho para el placer, y la Naturaleza no ha querido someterse. El rudo clima normando se impone con sus continuas tempestades de viento y de lluvia.

Este mar blanquecino, lechoso, no tiene la belleza de nuestro azul Mediterráneo. Hasta en sus tempestades éste es artero, peligroso y sin la hermosura bravía que campea en la tormenta de nuestra costa azul. Los pescadores y marineros llaman al mar que baña las costas de Normandía *el mar*

bestia, y es como una bestia agazapada y feroz, de cuya acometida apenas nos enteramos. ¡Cuánto más valen nuestras playas españolas, con un cielo azul y su mar noble y franco, que no necesita horario para saber á qué diferente tiempo cada día sus olas caprichosas nos traen las aguas del baño á la playa en la *plena mar!*

Pero hay que confesar que la suntuosidad y la independencia de la vida de comodidad y placeres que aquí se ofrece á los millonarios no la encontrarían en España.

Estos casinos son rivales del de Monte-Carlo. Se cruzan todas las noches cantidades fabulosas en el juego, tolerado en estas estaciones de baños como inocentes entretenimientos. Las mujeres son las que más juegan, las que más se apasionan, y rodean siempre las mesas de *bacarat* y de ruleta.

Se las ve haciendo cálculos en sus *carnets* para conjeturar qué número saldrá, sin creer en el azar y la inconsciencia de la loca bolilla, que no sabemos dónde ha de detenerse, pero que proporciona siempre ganancia segura á la banca. Así es que cuando un jugador gana mucho, todos nos regocijamos. *Es una izquierda*, y éstas nos son siempre simpáticas.

Hay tantas mujeres en la sala del juego como en la de baile, en el teatro y en el *hall*, contando la biblioteca, por la que todos pasan como para cumplir otra imposición de la moda.

El juego y las mujeres, la gran atracción de los grandes casinos. Aquí la mujer no es la mujer, son las mujeres. El encanto es el conjunto, la abundancia, la diversidad. Una crónica de modas aquí sería imposible. Es una multitud de extravagancias que no podrían llevarse fuera de aquí. Sobre todo hay una ostentación de riqueza. Más damas

de edad que mujeres jóvenes, y todas vestidas de un modo llamativo, arlequinesco.

Veo, como tipo, todas las noches una señora obesa, pintada, con un enorme sombrero cubierto de plumas y *aigrettes*, un abrigo de seda, pieles de armiño, ricos encajes auténticos y una carga de brillantes, esmeraldas y topacios. Es el escaparate de una joyería, y el peso de sus adornos le impide moverse. Será difícil encontrar en ninguna parte una ostentación de piedras preciosas y perlas como aquí.

Hay una preferencia por las joyas antiguas, y el topacio adquiere gran valor. ¿En telas y hechuras? Todos los tejidos, con tal de que sean ricos. En formas, los *panniers* siguen dominando, con falda estrecha. Una especie de *entravé*.

Pero se luce tanto el vestido como el desnudo. Las casetas de baño están lejos de la orilla, se cruza toda la playa envuelta en el peinador de esponja y se luce la desnudez del *maillot* en la orilla. Una moda americana hace á algunos refinados tomar el té en una mesita colocada dentro del agua. Es de un efecto gracioso, pero el tiempo lo consiente pocas veces.

La mayoría de las señoras toman los baños dentro del Casino, y muchas prefieren los baños de luz; son los baños de moda, pues la electricidad alcanza el primer puesto entre los cuidados de la belleza que solicitan las damas.

La electricidad es el recurso supremo de las mujeres que dicen que su misión en la tierra consiste en ser bellas, ó por lo menos, en ser agradables. Y tienen razón.

La elegía de las faldas

Cada siglo ha querido caracterizarse por una moda. La moda tiene, sin duda, su filosofía, y la de ahora, asustada de vernos adelantar tanto á las mujeres, nos sujeta amarrándonos por las piernas. Nosotras, que pondríamos el grito en el cielo ante tal abuso si alguien lo intentase, nos dejamos atar por la moda.

La falda, que debía ser suelta, con revuelos de túnica, con una comunicación expresiva con la vida y la inquietud, en la falda *entravé* se vuelve inexpresiva, con una sola coquetería monótona y teatral, de teatro de *vaudeville*...

¿Quizás será un error que corregirá inmediatamente el tiempo?

¿Quizás será de esas cosas de las que no queda nada, ni un recuerdo, en el diccionario de la mujer, tan voluminoso y tan nutrido, aun impreso en letra tan menuda, letra de *pespunte*? De cualquier modo conviene escribir la lamentación, porque hay una solidaridad en la moda que hace errores comunes los de sus creadoras, frívolas trastornadas, borrachas de champagne en noches de creación de nuevas modas.

¡Adiós estética de los vestidos Princesa, Imperio-

y Directorio! ¡Adiós línea purísima, encontrada después de tantos años, y que en los comienzos de siglo nos acercó en bella evocación á la Grecia! En el eterno variar, hemos ido cambiando, y hoy nuestra silueta, con la cabeza cubierta por un sombrero enorme, resulta terminada en punta hacia el suelo. Se nos hinchán las faldas con el viento, abultando las caderas y sitios fronterizos... se lian los pies á estos paños que nos envuelven, que no nos dejan andar con libertad, ni sentarnos, ni subir una escalera; se hace casi imposible entrar en un coche... pero todo lo sufrimos por amor de la moda... como sufrimos el *Chanteclair*.

Parece que con este sacrificio hemos encontrado la característica que hará figurar á nuestro siglo en la historia del traje, cuando no hacemos más que imitar las modas antiquísimas del Japón y de la China... Nuestra extravagancia de ahora es mayor que la de nuestras antepasadas con el polisón ó el miriñaque.

Ellas, al menos, fueron más femeninas, más espirituales. Debajo de sus armaduras iban los lienzos finísimos, la camisa, el misterio completo y la enagua de gracioso *frou-frou*. Nosotras las suprimimos; nos basta con la malla ceñida al cuerpo... No sé por qué siento deseo de cantar una elegía á la falda bajera que abandonamos. Una elegía en la que suenan cascabeles, pero no por eso menos dolorosa. No sé por qué cada dama que cruza á mi lado por la calle, trabada, me recuerda la graciosa falda que recogía la manita enguantada y el pie pequeño asomado entre las oleadas de encaje. Siento la nostalgia de esas faldas blancas, con muchos volantes, almidonadas y crujientes, que parecen esparcir olor de sanidades é inocencias en las hijas del pueblo y en las campesinas. Recuerdo con deleite el

aroma de la falda de seda, en que parecía ir envuelto algo de provocación ó de pecado. Todas esas faldas simbolizaban á la mujer, la mujer fuerte, bella, sana; la que debía ser amada por hombres fuertes y sanos... En estas nuevas faldas ceñidas, sin una ondulación, sin un crujido, yo creo notar la influencia de un ideal enfermizo, atormentado... No las ha creado la moda, las ha creado la influencia de una literatura decadente, envenenadora de cerebros, que tuvo por principio á Lorraine. Se adornaron los hombres como él con trajes de raso, americanas de vuelos y ramas de nardos.

Esos hombres son los que amaron á las bellezas pálidas, de ojeras azules, boca perverza y faldas ceñidas... En la desaparición de nuestras faldas hay algo fatal para la raza... Más que una elegía, debíamos hacer una defensa de esa prenda que simboliza nuestra feminilidad... No améis á las que elogian el encanto del traje masculino. Dad el grito decidido de «¡vivan las faldas!», y ya veréis cómo el triunfo es nuestro.

Desde Melilla

En el “dchar,,

Los que vengan á esta parte de Marruecos soñando con las bellas leyendas árabes encontrarán completamente defraudadas sus esperanzas.

Bajo el ardiente sol africano, semejante á nuestro sol andaluz, no vemos ya pasar las caravanas con los dromedarios cargados de ricas telas; en las calles no aparecen detrás de las celosías los ojos enlutados de impacientes moras ni los jinetes de blancos albornoces acuden en tropel á una mezquita cuando la voz del sacerdote los llama desde los minaretes.

Aquí sólo cruzan las calles moros amigos de España; la mayoría de ellos llevan la chilaba parda y sucia, el lazo con los colores de nuestra bandera al brazo y la *fusila* al hombre. Sus desnudos zancajos y sus rostros curtidos ostentan una falta de limpieza que no está de acuerdo con las abluciones prescritas en el Corán ni con su legendaria poesía.

No se ve ninguna mora por la calle; para satisfacer mi curiosidad he tenido que ir al *dchar* situado cerca del fuerte de Camellos.

Un *dchar* árabe, como generalmente los hacen los bereberes, es una especie de cortijada española.

Uno de esos pequeños lugarcillos que contemplamos en apartadas regiones del reino de Granada, con sus chozas y casucas de piedra y barro tosca-mente construídas; se diferencian de los aduares de los árabes nómadas en que están formados por tiendas de pelo de camello; pueden cambiar fácilmente de sitio.

Con la política de atracción que aun dentro de la guerra se sigue, los árabes adictos á España son escrupulosamente respetados; los mismos soldados vigilan para impedir que ojos cristianos profanen el sagrado de sus hogares. Verdad es que los soldados de Melilla dan un ejemplo de cultura que debian imitar los *elegantes* que pululan por la Puerta del Sol. Saliendo constantemente solas á la calle, no hemos escuchado jamás una frase de mal gusto en boca de los soldados; oímos sólo la flor agradable y culta.

Para entrar en el *dchar* tuvimos mi hermaua y yo, que separarnos del simpático capitán Lobera y de los periodistas y amigos que nos acompañaban, y dirigirnos solas á las casas de los árabes.

Conforme avanzábamos por las calles desigua-les, llenas de pajaza y estiércol, donde jugaba una piara de chiquillos, negretes y churretosos, cundia la alarma entre los habitantes; veíamos á las mujeres pasar ligeras como fantasmas blancos, y ocultarse en las casas, semejantes á corra-les, con muro de piedra sin enlucir y una especie de tinada ó cobertizo con el techo de alcatifa, su-jeta con tierra y cascajo. Allí viven revueltas en promiscuidad las familias enteras con las gallinas y las bestias.

Los chiquillos se nos acercan confiados; tienen costumbre de ir á los campamentos españoles á vender tabaco y baratijas, y chapurrean nuestro

idioma; poco á poco se entreabren las puertas; la curiosidad femenina se impone. Las moras se comunican en árabe sus impresiones, y bien pronto corren á reunirse en gran número en una de las casas próximas.

Nosotras nos acercamos, decididas á pedir un poco de agua á su hospitalidad.

—Las cristianas ser amigas.

Brilla una alegría sincera, plena, animal, en el rostro de las moras, y acuden á rodearnos contentas y expresivas.

Lo primero que les llama la atención son los sombreros, los trajes y el color blanco de nuestros rostros. Para verlo bien todo sienten necesidad de tocarlo, y todas las manos pasan repetidas veces por nuestras cabezas, nuestros vestidos y nuestras caras; pero de una manera acariciante y amable, contenida por un sentimiento de sumisión respetuosa. No entendemos las impresiones que se comunican; pero deben ser agradables, porque cada vez hay mayor expresión de ternura en sus actitudes.

Yo aprovecho el tiempo para mirarlas. La mayoría son de estatura mediana, cuerpos ligeros y bien formados, color moreno, rostro de facciones pronunciadas, labios gruesos y elegante perfil. La belleza principal está en los ojos: negros, intensos, que se clavan con reflexiva fijeza ó se mueven en aletear de mariposas. En cambio, sus cabelleras, tan hermosas de lejos, me hacen sufrir un desencanto. Aquellas magníficas trenzas negras ¡son madejas de algodón!

¡Oh, espíritu femenino! ¡Siempre el mismo! Han sacrificado sus rizos de azabache por el deseo de embellecerse más, y sufren el martirio de los enormes aretes y los tatuajes por parecer más lindas.

Todas las que me rodean son gente pobre y van mal vestidas. Se destaca entre ellas una joven; aparenta unos veinte años, tal vez tenga catorce ó quince. Está en toda la plenitud de su belleza; es hermosa y coqueta. Sobre ese traje ideal de telas blancas y vaporosas que las cubre lleva collares de cuentas de vidrio; las trenzas de algodón le llegan unidas hasta las corvas; el turbante va trenzado con bandas de seda multicolor, y de las orejas penden aros más grandes que los de las pulseras, de los cuales van colgadas gran número de monedas de oro y plata; recuerdan aquellos aretes que desgarraban con su peso las orejas de las matronas romanas. Está contenta de su atavío, y se nos acerca ufana y orgullosa de sobresalir entre las otras.

—Eres muy guapa; tus aretes son muy bonitos —le digo.

Sonríe satisfecha y me devuelve la galantería cortésmente, asiendo los míos y respondiendo:

—Más ser éstos.

Después me toca el sombrero con muestras de admiración y deseo. Arranco de él una crisantema y se la ofrezco. Su alegría no tiene límites; la huele y la acaricia. Después se vuelve á las otras; hablan, y una más vieja entra en la casa, la veo buscar afanosa por los rincones y vuelve trayendo unos huevos, que reparte entre mi hermana y yo. Quiero corresponder al obsequio entregándoles algunas monedas; entonces todas ellas toman un aire de severa dignidad y todas las manos se extienden para rechazarlas con una protesta unánime.

—No, no, no.

En este momento, detrás de la tapia surge un moro de negras barbas, envuelto en una chilaba obscura, y les dirige la palabra en árabe.

—¿Te molestamos aquí?—le pregunto.

—No, no—me responde, ocultando algo de contrariedad—. Si ser *mujeras* solas poder estar casa mia.

Prolongamos la visita un breve rato. Un morito pequeño se nos acerca, y dice en buen español, señalando al Gurugú:

—No vayas allí; haber muchos moros que te dan tiros.

Nos despedimos ofreciendo volver, y vamos á buscar á nuestros amigos, que nos esperan con el coche al extremo del poblado.

Las mujeres se dispersan y van, sin duda, á contar lo ocurrido en las otras casas, porque las demás salen á la puerta y nos gritan:

—Moritas, moras, venir.

Ya no nos dicen españolas; parece que desean darnos carta de naturaleza entre ellas.

Nuestros amigos parecen un grupo de prisioneros. Están rodeados de los moros de la policía, todos armados de *fusilas* y revólveres. Están allí el célebre *Gato*, Maimón y Mohamed; los moros ricos se sienten contrariados porque hemos visto sólo el aspecto de la vida pobre, y nos comprometen á pasar unos días en sus casas, con sus familias, cuando podamos pasar al poblado de Mezquita.

De pronto, los moros empuñan las armas y se lanzan á la carrera por los barrancos, ligeros y ágiles como corceles. Han visto avanzar dos moros del campo, y acuden á registrarlos; por fortuna son también amigos, y se unen á nosotros.

Reina la más franca alegría, hasta que llega la hora de retirarnos. Los moros permanecen alineados de pie sobre una loma, y nos saludan llevándose la mano derecha á la frente y á los labios hasta que desaparece el coche.

En las moras ha vencido la curiosidad y se asoman todas á las puertas de las casas. El lento crepúsculo africano nos envuelve en una luz de rosa y oro; algunas huertas ofrecen la tranquila placidz de pequeños oasis, y el aire en calma parece invitar á los ensueños... Pero el eco de los clarines, el estampido del cañón y el ruido de los tiros que suenan hacia el Rif nos avisan que la guerra arde aquí cerca de nosotros.

Una multitud de consideraciones filosóficas, inciertas, vagas y tumultuosas invade mi espíritu; pienso qué elemento tan poderoso podía ser la mujer tomando parte, como lo han hecho las francesas, en la obra de la civilización de los pueblos, mientras que para despedirme de las nuevas amigas africanas agito en el aire mi pañuelo blanco.

* * *

Recorriendo las tiendas.—Los voluntarios.
—Ingleses que aman á España.—Fiesta en el campamento.—Se interrumpe el tiroteo.
—A las avanzadas.—Silbando las balas.—
Torna la calma.—A la plaza.

La difícil misión de contestar al sinnúmero de cartas que recibimos preguntando por soldados nos obliga con frecuencia á recorrer los campamentos y nos ofrece la ocasión de contemplar las escenas de la vida de los ejércitos en guerra.

Ayer tarde me sentí profundamente conmovida al llegar al zoco donde se halla el cuartel del batallón de Figueras con el recuerdo del ilustre militar Ibáñez Marín.

Cualquiera que los contemple creería que estos bravos soldados no han sufrido nada, y hasta harían deliciosa la vida de campaña. Mandados por nuestro valiente amigo Ricardo Burguete, las tropas y los oficiales se encuentran llenos de valor, deseando entrar en combate, y todos los días acuden nuevos voluntarios á alistarse en sus filas.

Ayer, precisamente, se habían presentado tres: un acaudalado joven malagueño, que se hallaba en Alemania, y al que llamó por telégrafo otro amigo suyo, que sirve en este batallón; un catalán, que expresa en su demanda el deseo de que no se considere á los catalanes con tibieza para la patria española, y otro joven, inglés, que ya hizo la campaña de la India.

Se encuentran varios ingleses voluntarios en los diversos regimientos que luchan en Melilla. Vienen á engrosar las filas de los combatientes con esa expansión del espíritu guerrero, propio de los pueblos grandes y fuertes, que impulsaba antaño á los españoles á alistarse bajo todas las banderas en donde se simbolizaba una causa simpática y honrada.

Después de comer mucho mejor que en las fondas de Melilla, se pensó en la manera de entretener el rato durante la velada.

Soldados y oficiales dominaban recuerdos que no se pueden haber borrado de su alma para dar curso á la alegría franca y serena de los hombres que cumplen con su deber.

Entre los oficiales están los compañeros de Ibáñez Marín, los que le vieron caer muerto en el funesto combate del 27 y rescataron su cadáver. El médico ha perdido á una esposa amada, que deja tres hijos pequeños, víctima de la impresión que le produjo la falsa noticia de la desaparición

de su marido; casi todos los oficiales han estado heridos ó contusos, y, sin embargo, muéstranse animados, satisfechos, con ese valor que seduce hasta á los más furibundos antimilitaristas.

He tenido respecto á esto ocasión de hacer una observación importante del espíritu de la mujer. Muchos me enseñan retratos y cartas de sus hijos y de sus esposas.

Estas últimas se quejan del dolor de la separación y expresan todas las angustias propias de las mujeres amantes que ven en peligro á los seres queridos; pero todas censuran con desprecio á los militares que pidieron la separación del servicio ó rehuyeron acudir á la guerra.

Bien pronto, bajo el manto de la noche africana, se oye el dulce acorde melancólico de las guitarras, y los brindis de los oficiales se mezclan á los cantos de la tropa.

Un soldado entona la triste elegía de una malagueña:

Estando muerta mi madre,
á su cama me acerqué;
le di un besito en la frente,
llorando me retiré.

Una ola de melancolía se extiende por el ambiente.

—No cantes eso—exclaman varias voces.

Y una copla enamorada se corea de palmas.

Me siento invadida de una tristeza profunda. El soldado en campaña inspira un sentimiento de respetuosa ternura, que no sentimos al contemplarlo en tiempos de paz. Todos los días, al verlos salir con el convoy, morenos, sudorosos, llenos de polvo, experimento algo semejante á la tierna piedad que parece desprenderse del ambiente de amor y lágrimas.

mas con que los rodea el recuerdo de las madres y las amantes lejanas. La despedida de dos amigos va envuelta en la incertidumbre de volverse á ver. No hay seguridad en ningún momento. Nuestra fiesta no tardó en ser interrumpida por las detonaciones de los *pacos* y las descargas de fusilería. El suceso de todas las noches; la lenta contribución que traicioneramente cobran los rifeños á nuestro ejército.

Esta noche, después de tirotear en el Lavadero, se aproximan al zoco. Se acerca el *chas chas* que silba la bala en su trayectoria, como si acariciase el oido con un beso de muerte.

Burguete manda apagar las luces del automóvil del duque de Medina de Rioseco, que se halla con nosotros, y los que reían y bailaban un momento antes empuñan las armas para ir á reforzar las avanzadas. El espectáculo es imponente. En el cielo obscuro, con profundidades de terciopelo, brilla más intensamente la luz de dos luceros; la luna ha dejado caer su disco de plata detrás de la siniestra cumbre del Gurugú. En el mar, un reflector eléctrico ilumina las tranquilas ondas y se extiende hacia la montaña. Se ven á favor de sus rayos las tiendas de los campamentos, los centinelas de las avanzadas y los repliegues del terreno. Un heliógrafo del Atalayón empieza á comunicar con la plaza.

—No van ustedes á estar bien aquí, Carmen, si esto sigue—me dice Burguete.

Pero ni mi hermana ni yo sentimos miedo entre las tropas. El valor es comunicativo y ejerce una sugestión sobre los *espíritus*.

Se nota este fenómeno en todas las multitudes.

—El alma colectiva—me dice Burguete—es femenina siempre, aunque esté formada por hombres;

por eso, en la guerra, los jefes es preciso que sepan amar á la tropa, seducirla y dignificarla, como á la mujer que se quiere: amor, alma, es el gran secreto para inspirar entusiasmo.

Al mismo tiempo que habla, los hechos confirman sus palabras. Cuando cesa el fuego se nota la contrariedad en todos los que habían olfateado la pólvora. El batallón de Figueras tiene deseo de represalias, ansia de demostrar su valor.

Entonces nosotras volvemos á Melilla; avanza el coche con las luces apagadas, para no servir de blanco á los moros, y el *alto* de los centinelas nos detiene varias veces, dándonos el «¿Quién vive?» Es preciso contemplar este espectáculo para comprender con qué entusiasmo, con qué devoción, con qué amor tan inmenso sale de nuestros labios la respuesta «¡España!»

El domingo en el campamento.—Misa y cañonazos.—Diversiones dominicales.—Una orquesta árabe.

—Vamos, señoras, á misa—nos ha dicho uno de los oficiales que habitan en este hotel—. Es preciso oír misa de campaña.

Uno de estos incómodos coches de Melilla nos ha llevado hasta una de las posiciones más avanzadas frente al Gurugú, donde tienen su campamento los cazadores de Llerena. Allí se decía este domingo la misa.

El camino es difícil; nos envuelve la luz ardiente, cegadora, de un sol de llamas; el polvo y la

tierra nos impiden el respirar, y estas terribles moscas rifeñas, que son el azote del ejército, *nos muerden* rabiosamente. Son unas moscas de las que no podemos librarnos por mucho que se oxeen; en la posada del cabo Moreno he visto á los soldados envueltos en gasas para librarse de este tormento. Parece que nos van á perseguir hasta España, y yo creo que durante mucho tiempo nos quedará el vicio de estar hablando y oxeándonos el rostro.

Pero todo se puede dar por bien empleado con tal de ver el espectáculo que se nos ofrece. Estamos en medio del campo; detrás de nosotros se alza el fuerte de Camellos, con su formidable batería de cañones, y el terreno arenisco, estéril, se extiende hasta el horizonte cortado por la línea pizarrosa del Gurugú.

Allí, al límite mismo de la línea avanzada, se levanta el altar, sencillo, envuelto en la bandera española y adornado con ramas verdes. Frente á él se ha formado la brigada de cazadores de Madrid; están los batallones, en columna doble de dos líneas, de cara al fuerte de Alfonso XIII.

Con su equipo de campaña, sus empolvados trajes de rayadillo, el fusil en la mano, los soldados tienen algo de augusto y de imponente; los rodea la aureola misteriosa de un destino cercano; á nuestras espaldas el mar bate la arena con sus olas de espuma y se extiende con su franja azul hasta la suspirada costa española. La música del regimiento toca bellos trozos de *La república del amor*, que nos hacen confundir la sensación presente con los recuerdos evocados. En el momento de alzar, creyentes y espectadores caen de hinojos, se presentan armas, los rostros curtidos se inclinan á tierra y la figura del general Alfaú, solo, á caballo, al frente de su brigada, se destaca recortán-

dose en el tono gris del paisaje... pero el eco de los clarines queda apagado por el estampido de los cañonazos.

El vecino fuerte de Camellos dispara sobre una multitud de moros que se distinguen con los antojos cerca de las ruinas de un pequeño poblado y entre los nopales vecinos. Se ve el fogonazo del tiro al salir; pasa la bala silbando sobre nuestras cabezas, y no la vemos hasta que una luz de relámpago nos anuncia que ha estallado en las lomas del Gurugú, y pocos segundos después se escucha el eco de la detonación.

Nadie se mueve; la misa sigue; todos continuamos indiferentes en nuestros sitios. Tal vez en este mismo instante en que el sacerdote católico entona sus últimas preces van á reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma, destrozados por nuestros proyectiles. Una bandada de cuervos, tendida en el campo vecino, se aleja graznando, asustada, y se pierde á lo lejos con el lúgubre batir de sus alas negras; desde la puerta del *dchar* cercano, las blancas figuras de medrosas y recatadas moras espían curiosas la ceremonia cristiana.

Apenas termina la misa, una multitud de moritos pequeños llega hasta nosotros. No hay nada que recuerde tanto las teorías del transformismo como estos chicos; parecen animalillos ariscos, medio salvajes. Son todos feos, de facciones fuertemente acusadas, negros y sucios. La cabeza, llena de costuras, va pelada al rape toda menos la coronilla, que deja lucir una especie de florón de cabellos alrededor como una flor de cardencha. Otros llevan una pequeña trenza, jamás peinada, semejante á la coleta de los toreros, que les llega á la nuca.

—¿Por qué lleváis esto?—le pregunto á uno sin atreverme á tocarle.

—Fantasia—me contesta, enseñando entre los gruesos labios sus blancos dientes de lobezno.

Otro, que podrá tener diez años, presenta líneas más armónicas y va vestido lujosamente con turbante y jaique blanquisimos. Se acerca, y sacando de su bolsillo un reloj de níquel, me lo muestra.

—Yo tener reloj, como un señorito—dice, y me explica que lo ha comprado en Melilla.

Lleva en la mano unos canutos de caña, lisos, usados, con seis agujeros hechos con un ascua, y se ofrece á hacernos oír melodías moras con aquella flauta, más primitiva que la de los panidas.

Sin duda el mecanismo para tocarla consiste en el modo de poner la boca; se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, y mientras sus dedos recorren los agujeros, produciendo una melodía extraño, melancólica, dulce, que recuerda mucho los cantos andaluces, otros dos pequeñuelos, Alí y Abdul, entonan en voz baja la letra árabe, con una seriedad religiosa, solemne. Este chico, sin las vestiduras árabes, nos recordaría las pastorales de Longo; así nos trae una visión de alcázares, califas y odaliscas á las tristes regiones del Rif.

Entretanto se ha repartido el rancho, y los soldados comen alegremente en grupos de siete al lado de sus fusiles. Pocos ejércitos habrán tenido tan buen rancho como el nuestro en la actualidad; las cazuelas de patatas y carne exhalan un olor apetitoso. Además de los esfuerzos que en favor suyo realizan los jefes, los regalos son abundantes. En el regimiento de Lusitania, donde presta servicios, yendo casi todos los días con el convoy, á petición suya, nuestro amigo Gasset, tiene algunos días el rancho medio pollo por persona, pues el infante don Fernando les ha cedido su paga mientras dure la campaña para mejorar su alimentación.

De todas partes se envian donativos á las tropas: un pueblo de la provincia de Sevilla, Viso del Alcor, ha enviado á los soldados naturales de allí 25 pesetas á cada uno, y otros muchos imitan su ejemplo.

El espíritu de la tropa está levantado, se nota la animación, el deseo de desquitarse de desgracias recientes. En este batallón de Llerena quedaron sólo un capitán y tres oficiales vivos en la acción, del 27 de Julio; todos han estado heridos, y el bravo capellán señor Ocaña, que sujetó á los soldados á viva fuerza, ostenta la gloriosa marca de un bala-
zo en la frente.

Y sin embargo, todos están serenos, tranquilos; los soldados ríen y juegan; varios fotógrafos les hacen grupos cerca de las tiendas; la música entona el himno del batallón, y oficiales y soldados corean la letra, que tiene el poder sugestivo de todos los aires que incitan al heroísmo y saben commover el corazón, como los acordes de *La Marseillesa* ó el *Himno de Riego*:

Acordaos, cazadores, de los héroes
con cuya sangre se escribió la Historia;
acordaos de los héroes de Llerena,
que llevaron á España á la victoria.

En Tetuán, Azmir, Sierra Bermeja
San Boy, Caserras, Castellar y Olot,
El Esquirol, Anglés y La Sellera
demostraron su audacia y su valor.

Si hay que luchar, seamos los primeros
que ataquemos con rabia y con coraje,
y que digan del 11 de ligeros
que nunca quedó atrás, ¡siempre delante!

¡Arriba, pues! Avancemos decididos,
subiendo desde el valle á la montaña,
y gritemos con voz que sea un rugido:
¡viva Llerena leal! y ¡viva España!

En la última frase parece un rugido que arranca el amor á la patria la palabra «España».

Por cierto que el espíritu épico se despierta con la campaña en nuestros soldados; en todos los batallones hay una multitud de poetas, que en forma incorrecta cantan sus anhelos de gloria ó son cronistas de las batallas.

Algunos han impreso sus romances, muestras de una literatura popular primitiva, que tiene el mérito de salir del corazón, y por lo tanto, la cualidad de conmovernos profundamente.

Ya no es raro oír, entre el rasguear de la guitarra, una nueva copla popular:

En lo alto del Gurugú
ha nacido una amapola,
con un letrero que dice
¡viva la sangre española!

Ante esta alegría, ante este espectáculo pintoresco, que no pueden comprender los que no hayan venido aquí, una tristeza profunda llena mi alma, y de mis ojos brota una lágrima, que oculto para no interrumpir la armonía de la música y de los cantares.

* * *

El té de las cinco.—Una mesa original.—El té árabe.—Costumbres moras.—Sentimentalismo mal empleado.

No hemos tenido que interrumpir en Marruecos nuestra costumbre de tomar el té.

Casi todas las tardes se nos invita á los campamentos, en unión de otros periodistas, de manera tan galante, que es imposible rehusar. En algunos

campamentos, como sucede en el de Administración militar, donde hemos saludado á un compañero de Ateneo, Juan Téllez López, que dejó las ociosas plumas para empuñar las armas, nos obsequian á la europea: helados, *champagne*, dulces; creemos encontrarnos en Madrid.

En cambio, en otras, unido á esto, hay una originalidad que encanta. Pocas damas podrán contar haber tenido una mesa más original que la que nos ofrecieron el capitán y el teniente de la cuarta compañía de Reus, don Abelardo Amil y don Fernando Cases, en su campamento del Hipódromo.

Delante de una tienda coquetamente arreglada, con esos detalles de que no prescinden los espíritus cultos y las personas acostumbradas al *confort*, hemos tomado el té sobre las cajas de municiones, cubiertas con elegante tapete y lujoso servicio.

Nuestro amigo Ramón Gasset, el simpático voluntario que cumple brillantemente sus deberes militares, y los oficiales de Lusitania nos obsequian con un té árabe, haciendo venir al moro Mohamed Maimón, uno de los más leales á España, que me enseña á preparar la aromática bebida.

El moro me invita á su casa, distinción especial que es preciso agradecerle. Mi hermana y yo nos aventuramos á ir solas con él. Mohamed tiene un sello de honradez y franqueza en el semblante, es de los pocos que no apartan la mirada, tranquila y serena, cuando les miramos. Nos muestra su disgusto por no estar alojado convenientemente, como tiene de costumbre en su aduar; ahora habita en el *dchar*, cercano á Camellos, y aunque su casa ostenta mayor apariencia de bienestar que las otras, carece de comodidades. Es un moro rico, viste elegantes trajes de colores y habla correctamente el castellano.

Mohamed no tiene más que una esposa, y nos la presenta. Vamos de sorpresa en sorpresa: es una mora rubia, blanca, algo obesa y bellísima, que nos da la mano á la europea.

El moro sonríe al notar nuestro asombro.

—La mujera ser guapa... las esclavas trabajar.

En estas palabras se encierra el secreto de la deformidad de las mujeres marroquies. Los hombres inactivos, guerreros y cazadores pasan la vida en el campo, sin hacer nada, y las pobres mujeres se deforman y envejecen prematuramente entre los rigores del clima y los duros trabajos á que se dedican.

Nos sentamos sobre una alfombra rodeada de almohadones, y se procede á hacer el té con una solemnidad casi litúrgica.

El servicio es distinto del que nosotros usamos. Consiste en una teterita de metal, pequeña, elegante, con tapadera alta en forma de cono; una gran caja de lata, capaz de contener un par de kilos de azúcar en grandes pedazos, y unos minúsculos vasitos de cristal de color con arabescos blancos y dorados. El agua hirviendo viene en una gran vasija, semejante á las teteras ordinarias.

Sobre una bandeja hay un papel con té verde, gran cantidad de tallos frescos de hierbabuena y un frasquito de agua de azahar. A un extremo, algunas hojas de menta piperita y un pedazo de ámbar.

El moro se levanta, y á nuestra vista, cortésmente alejado, se lava y se perfuma las manos. Después enjuaga el interior de la tetera con un poco de agua caliente y pone en ella el té, vierte un poco de agua, la mueve unos segundos y la tira. En seguida le añade un puñado de hojas de hierbabuena y una gran cantidad de azúcar; le echa el agua, y la deja reposar unos minutos, para

aromatizarla con el azahar. La menta piperita y el ámbar no han de usarse hoy; la primera es sólo para la intimidad de familia y el segundo se emplea en el té de las mujeres, con objeto de que engorden. Ya es sabido que la obesidad es una belleza para los árabes.

Hecho el té, Mohamed saca un sorbo en un vaso y lo prueba. Después procede á servirlo. Sabe hacerlo con elegancia, sin perder la calma grave y mesurada que es la característica de los moros.

El coger el vaso, rebosado de té caliente, es un problema para nosotras. Hay que colocar el dedo pulgar sobre uno de los bordes superiores y el dedo del corazón en la arista opuesta de la base. Una vez aprendida la posición es muy cómoda y no hay miedo de quemarse.

La bebida resulta excelente, pero demasiado dulce para poder ingerir sin molestia los tres vasos que son de rigor y siquiera uno de cortesía, máxime cuando cada vez que se añade agua se vuelve á poner igual cantidad de té y de hierbabuena.

El moro nos saluda con un vaso en un brisdis mudo, y la mora se toca con él la oreja coquetamente para corresponder á la atención.

Nuestros elogios al té les satisfacen y nos invitan á comer con ellos alcuzcuz, ofreciéndonos que tendrán cucharas.

Se ve claramente que son una raza capaz de recibir con facilidad la civilización, que les hará más infelices y menos pintorescos. Sus rasgos étnicos y muchas de sus costumbres recuerdan las de los campesinos andaluces. No podemos nosotros, racionalmente, experimentar odio ni repugnancia hacia el pueblo árabe... y sin embargo, me atrevo á aconsejar á las lectoras que no gasten su sentimentalismo en escribir cartas á los moritos. La

leyenda de sus glorias y la esperanza de su porvenir están igualmente lejanas; yo no puedo sustraerme al sentimiento que me inclina á amar más al último de estos pobres soldados que al más elegante marroquí.

A parte mi amable huésped y algunos otros, sus sucios zancajos son poco á propósito para despertar el sentimiento de todas estas damas españolas que en estos momentos les envían cartas expresivas y románticas. Por fortuna, ellos no saben leer.

¡Guerra á la guerra!

«¡Aquellos fué horrible! Entre mujeres y niños había más de mil almas. Todo el mundo aullaba. Se rodeó el tren, no se le dejaba partir. Hasta las extrañas lloraban mirando lo que pasaba. Una mujer de T. dejó escapar un «¡ah!» y cayó muerta. Dejó cinco hijos. Se les ha distribuído en los asilos; mas á pesar de todo se han llevado al padre. ¿Y qué falta nos hace M.? ¡Nos basta con nuestra tierra! ¡Y cuánta gente ha muerto, cuánto dinero se ha gastado!»

¿Verdad que esto parece algo que nos atañe muy de cerca?

Y sin embargo, no es más que un relato de Tolstoi de la guerra rusojaponesa. Las iniciales corresponden á Tüla y Mandchuria; pero fácilmente podrían sustituirse por cantidades iguales.

Es que en toda época, en todas ocasiones, á sentimientos ó hechos semejantes responden las mismas manifestaciones; y las de la barbarie son semejantes siempre.

No existe ninguna barbarie comparable á la que suscita la guerra, y sin embargo, se le concede tanto poder á los que la sostienen, que la prensa enmudece, los ciudadanos callan, y todos la secundan, escudados en la frase absurda de que *es un mal necesario*. ¡Necesaria la guerra! ¡Necesaria la

destrucción! Y existen leyes que dificultan ocuparse abiertamente de estas cuestiones. Hace poco en la guerra de Melilla se decía que era antipatriótico combatir la campaña. ¿Acaso no eran más patrióticos los que se oponían á esa desdicha vergonzosa? Y todos callamos, de buen grado unos, otros por no poder publicar los artículos (como me sucedió á mí), y el absurdo se consumó, y el resultado escrito está en la conciencia de todos, aunque nos amordazcen con encarcelamientos cuando se quiere hablar. Noel, un voluntario, que sería más admirable si hubiese ido de cronista en vez de alistarse para la cacería de hombres, escribió una frase en carta particular: «Diles á los hombres, si yo muero, que la guerra es digna de ellos.» Por algo escribe Letourneau: «Nos complacemos en esperar que una humanidad mejor que la nuestra acabe con las luchas; pero ¿qué pensarán los hombres entonces de esta civilización de que tan orgullosos estamos?»

Si como genios del mal la guerra tuvo apóstoles para cantar sus excelencias, como un José de Mâistre y un Moltke, que nos la pintan como santa divisa, «que impide caer en el repugnante materialismo», podremos oponerles á centenares los grandes hombres que levantaron contra ella su voz: Pascal, Swift, Spinoza, Rod, Richet, Mazzini, Kant, Castelar y otros muchos, de cuyas opiniones me voy á valer para contestar los argumentos de la guerra sin caer en la ley de Jurisdicciones.

¿Sois religiosos? Escuchad la voz de los grandes redentores de la humanidad, Buda, Cristo; ellos condenan la guerra. Oigamos á sus precursores Leo-Tsé é Isaías.

«El arma más bella—escribe el primero—no es un arma bendita. El que se regocija de la victoria, se regocija del asesinato de los hombres.»

«Son vuestras iniquidades — dice el segundo (c. LIX) — las que os han separado de vuestro Dios, porque vuestras manos están manchadas de sangre.» Y sin embargo, se hace la guerra en nombre de un Dios de misericordia, se queman herejes... ¡Qué absurdo!

¿Por qué hacen las guerras? Leed á Anatolio France: «La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor... Si todavía subsiste un honor en los pueblos, resulta extraño medio para sostenerlo hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales el ciudadano se deshonra: incendio, rapiña, asesinato.»

Gastón Moch añade: «La misión de la guerra es proporcionar á un pequeño número de hombres el poder, los honores, las riquezas, á expensas de la masa cuya credulidad explotan esos hombres.»

Y Tolstoi dice: «Cuanto más dinero se gasta en la guerra, más dilapidan los jefes y los hombres de negocios, que saben que nadie les denunciará y que todos roban.»

Leed ahora á los que os hablan en nombre de los sentimientos naturales:

«La guerra está maldita de Dios y de los mismos hombres que la hacen. La tierra no se riega con sangre; el cielo le envía agua fresca á sus flores y el rocío puro de sus nubes.» (Alfredo de Vigny.)

«Si mis soldados empezasen á pensar, ninguno permanecería en las filas.» (Federico II.)

«Un viajero que descubriera en una isla lejana casas rodeadas de armas, la creería habitada por bandidos. ¿Qué aspecto presentan las ciudades europeas?» (Lichtenberger.)

¿Qué razón hay, pues, para que subsista la gue-

rra cuando vemos que la rechazan religión, sentimiento, razón y humanidad?

Tal vez nos lo contesta Flammarion en las siguientes líneas: «Los habitantes de nuestro planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas... Tan débil sentimiento tienen de la humanidad, que desaparece enteramente ante la idea de patria...»

Veamos *la alta misión* del ejército:

«El asesinato de millones de hombres se considera victoria y provoca entusiasmo y alegría.» (Channing.)

«Aprendí en la disciplina que el cabo siempre tiene razón cuando habla el soldado, el sargento cuando habla el cabo, el teniente cuando habla el sargento, y así sucesivamente, aunque digan que dos y dos son cinco y que la luna brilla en pleno mediodía.» (Erckmann Chatrián.)

«¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre quiera matarme porque su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que él ni yo nos hayamos ofendido jamás?» (Pascal.)

Leamos también una descripción del ejército hecha por Guy de Maupassant: «Reunirse rebaños de hombres, no pensar en nada, no leer nada, no ser útiles á nadie, pudrirse en sociedad, acostarse en fango, vivir como el bruto...»

Y el premio del heroísmo y la muerte gloriosa de estos infelices oídselo á Alfonso Karr: «Y por fin, algunos años después se van á buscar sus huesos y con ellos se fabrica negro de marfil ó betún inglés para lustrar las botas de su general.»

Entendamos bien todo esto, para no caer en la anomalía de que el partido socialista pida el servicio militar obligatorio; lo que hay que pedir es la supresión de los ejércitos, el desarme, las con-

clusiones de la conferencia de La Haya, que acaben de una vez para siempre las odiosas guerras. Las del siglo pasado costaron la vida á catorce millones de hombres. ¿Comprendéis el horror de esta cifra? Ninguna guerra vale una sola vida. ¡Hay en ellas tanto amor, tanto dolor!

Yo he visto la guerra, he presenciado la tristeza de la lucha; he contemplado el dolor de las heridas en las frías salas de los hospitales, y he visto los muertos en el campo de batalla... Pero más que todo esto, me ha horrorizado la crueldad que la guerra despierta, cómo remueve el fango en nuestras almas, cómo nos habitúa con el sufrir ajeno hasta casi la indiferencia... y sobre todo ¡cómo penetra el odio en los corazones! Sí; con la barbarie de la guerra surgen los atavismos bestiales borrados en nuestra selección. El enemigo no es ya nuestro hermano. Sentimos el deseo de matar. ¡Qué horror! Si dejáramos hablar á los corazones, no habría guerra, no habría enemigos. ¿Utopía? No; eso grande, superior, que llamamos Dios, lo llevamos en nuestras almas.

Queremos imponer nuestra civilización. ¿Qué es civilización? ¿Acaso no son más文明ados los que están más cerca de la Naturaleza? Creemos progreso todas estas máquinas eléctricas, trenes, automóviles, palacios, y cuanto al inventarse nos esclaviza con nuevas cadenas y crea mayores necesidades. Todos los trabajos rudísimos, la división de pobres y ricos, nace de esto, y se dice que del lujo viven los menesterosos. Cierto. Pero si no se hubieran inventado vivirían mejor. La libertad, la igualdad están en la vida primitiva.

Para defender este orden de cosas ridículas se sostiene el ejército y se habla de obligar á todos al servicio militar. Oigamos sobre esto, para termi-

nar, á Tolstoi: «No hay nada más vergonzoso que ese servicio militar obligatorio que alista á todos los hombres contra su voluntad, á la edad de la ternura, para trabajo de criminales... En los bárbaros tiempos de Gengis-khan no mataban más que los que tenían afición á la carnicería. Las gentes gozaban del derecho de quedarse en su casa, de cultivar sus tierras, de soñar, de hacer el bien. El mundo civilizado pone el fusil en la mano del hombre, le da orden de matar, y si el hombre arroja el arma y rehusa ser homicida, se le trata como delincuente... Todo hombre debe, ante todo, y cueste lo que cueste, negarse á tal servidumbre.» No se alegue que pelea para mantener el orden ó contra otras razas. Todo el pueblo obrero, desdichado, oprimido, y todas las naciones de la tierra, forman, con sus mismos verdugos y tiranos, un conjunto único: *el hombre*. En toda guerra, sea cuál fuere, padece siempre la humanidad.

Y estos hombres que se niegan á matar, que prefieren morir con las manos puras, en paz con su conciencia, son los Drojin y los Olkhovik de Rusia, los Nazarens de Austria, los Goutandiers de Francia, los Terrey de Holanda y los valientes Doukhobors de América y de Rusia. ¡Gente admirable que se negó con entereza á ser cómplice del crimen legal!

Debemos aumentar su partido, inculcar sus doctrinas á nuestros hijos, predicar el amor entre todos los pueblos... y si las doctrinas de paz se imponen por medio de la fuerza aún, luchemos denodadamente para lograr el fin de las luchas. ¡Guerra á la guerra!

Por los israelitas

Veo con la imaginación los grupos miserables de judíos que llegan de Marruecos á las playas españolas. ¡Es tan fácil rehacer estos cuadros á los que estamos acostumbrados á ver en los puertos andaluces é italianos las hordas hambrientas de emigrantes!

Derrotados, débiles, enfermos, los infelices judíos llevan en las caras pálidas una muda interrogación: la incertidumbre por la suerte que les aguardará en España... Muchos de ellos son descendientes de aquellos desdichados que perdieron su vida ó sus riquezas en nuestro suelo por el fervor religioso del Santo Tribunal de la Inquisición.

Se agrupan temblando sobre la cubierta de los buques; hay algo en su actitud del miedo que sacude con estremecimientos nerviosos el cuerpo del irracional acostumbrado al castigo. ¡Es tan triste, tan humillante para la humanidad que tiemblen así los hombres!... Al verse tratados con respeto, con afecto, los infelices expresan su gratitud y se sienten casi dichosos en el suelo hospitalario que redime hoy, al acogerlos, la barbarie de la expulsión.

Sin embargo, aun hay contra ellos prejuicios en nuestro pueblo; aun existen escritores que demuestran soberbiamente su irreflexión, creyéndo-

los apestados y leprosos; aun en columnas de grandes diarios se les niega amor y compasión hablando de Caifás, de Judas, de Longinos y de los sayones que azotaron á Jesús... Urge deshacer esas leyendas, para que la España de hoy conserve su tradición hospitalaria y no manche su historia con los bárbaros crímenes cometidos por los antisemitas en otros países.

Los españoles tenemos una deuda de gratitud con los judíos, cruelmente tratados por nosotros. Han conservado el habla castellana y los apellidos de las ciudades de donde les arrojaron. En Bélgica, Rusia, Holanda, Inglaterra, Italia, especialmente en Roma, existen barrios enteros habitados por israelitas oriundos de España, que se llaman Alcalá, Soria, Toledo y Tarragona.

Se les acusa de no pocos defectos: disimulo, avaricia, ruindad. ¿Acaso no es todo esto propio de las razas perseguidas y vejadas, siempre receptoras y maltratadas siempre? ¿La usura?

¡Ojalá no fuesen más usureros que los judíos nuestros prestamistas cristianos!

Cuando se habla de vicios en determinada raza, recuerdo la frase de Yago en el *Otelo* en ese credo sublime: «Creo en un Dios cruel, que me ha creado á semejanza suya...» «Soy malo porque soy hombre y siento el fango originario en mí.»

Si resurge para afrontarlos la figura mística de Sylock y la leyenda del niño crucificado; si se admite la división de la humanidad en *castas* ó *razas*, será preciso confesar que ellos son los señores, los aristócratas; los cristianos de hoy tenemos que reconocerlo. Son el pueblo de los patriarcas bíblicos, el pueblo de los profetas, el que recibió la divina revelación y el depósito de las Tablas de la ley. Ese pueblo elegido de Dios que tuvo legis-

ladores como Moisés, guerreros como David, sabios como Salomón y héroes como Josué.

Entre sus mujeres descuella la heroica Judit, la noble Ester, la magnífica Débora, la virtuosa Susana, la austera madre de los Macabeos y la mística flor de pureza María, madre de Jesús, que encarna, como la Maya India, los atributos de la virginidad y de la madre.

Y si del legendario Antiguo Testamento pasamos al nuevo, el Espíritu Santo formó el cuerpo purísimo donde había de encarnar el hijo del Eterno en las entrañas de una virgen judía.

Judio fué el hijo del dios de los cristianos, el héroe que redimió con su sangre á la humanidad; y judíos fueron el Bautista, los apóstoles, la Magdalena y casi todos los santos que se alzaron sobre los altares mientras se perseguía á su raza. Los cristianos tomaron la religión de los judíos para legitimar la suya; les arrebataron sus riquezas para elevar templos á sus santos... y los quemaron al eco de sus salmos... Ferrández, con su competencia indiscutible, nos dirá de qué deicidio son culpables.

Pero dejemos á un lado la cuestión religiosa, torpemente evocada en estos días. Desde el punto de vista político la amistad con los judíos no es, no fué nunca despreciable para toda nación que cuide de su engrandecimiento internacional. Si cuando el decreto de su expulsión de Rusia en 1881, se hubiera tomado por nuestro gobierno con interés su repatriación, se habría dado un gran paso en pro del comercio, la industria y la agricultura, pues hay que tener en cuenta que el pueblo judío no lo forma esa pobre gente hambrienta y miserable que son en todas las razas los parias de la sociedad. En el pueblo judío hay gente rica y emprendedora. Los reyes de la banca, los que prestan

dinero á monarcas y pontífices romanos... Si los judíos se lo propusieran reedificarían á Jerusalén, y quién sabe...

Conozco periódicos judeoespañoles de extraordinaria importancia: el primero fundado en Smirna el año 1846, por don Rafael Uriel Pincherte con el título *Choaré Miraha* (Puerta de Oriente). En Constantinopla *La Luz de Israel*, *El Nacional*, *El Tiempo*, *El Progreso*, *El Telégrafo*, *El Sol*, *El Amigo de la Familia* y *El Instructor*. En Salónica *El Yunar* y *La Epoca*. En Viena *El Dragoman*, *El Nacional* y *El Correo de Viena*, *La Política* y *El Progreso*. En Rumania *El Lucero de la Paciencia* y en Servia *El Amigo del Pueblo*.

Hoy lo judíos están ligados por vínculos de familia á todas las clases de la sociedad. Si se investiga en los árboles genealógicos de nuestros políticos y nuestros aristócratas, se verá la sangre judía mezclándose á veces con la degenerada sangre azul y dorando con su dinero deslucidos blasones.

Al pueblo judío pertenece la gloria de contar entre sus hijas á la gran trágica Raquel, á la incomparable artista Sarah Bernard, á la eminente autora de *Corina*, Mad. de Stael y á Mad. Séverine, genio del periodismo femenino actual; como Bicet, pensadores, sabios, filósofos, músicos, artistas y poetas, brillan entre sus hijos. En este momento sólo acuden á mi memoria los nombres de Méndelsohn, Graetz, Halevy, Spinoza, lord Beaconsfield, Lazatti, Gambetta, Hausmann, Max Nordau y Naquet.

¡Ah! Para los que no creen en Cristo también tienen un dios los judíos: Henri Heine.

Los árbitros de la moda

Ha llegado un punto en el que, cansada la moda de la fantasía técnica de las modistas, espera toda su inspiración de los artistas. Las modistas quedan un poco relegadas á rematar, «sacar de puntos» ó encontrar el material para festonear, bordar y fijar en su sitio lo que los artistas sueñan. No son lo más accidental en la obra del arte del traje, pero tampoco son lo más esencial, porque si bien á estos artistas se les olvida lo más práctico, como á Balzac, en una ocasión en que trazó el plano acabado de un palacio se le olvidó la escalera, sin embargo, en el trazado «ideal», tanto de un palacio como de un traje ó en la arquitectura de ambas cosas, existe un elemento de originalidad y de principalidad que no está en la escalera ni en los broches.

Como los florentinos estofaban sus trajes, los recamaban, ponían una vida en hilarlos en la multicolor rueca de su paleta, dándoles una importancia pareja á la del rostro de las figuras, así en el pintor moderno la sabiduría de los trajes vuelve á ser parte culminante de sus cuadros.

Ha habido un momento en el cual los pintores no han querido ceder á la coquetería advenediza

del traje, llenos del miedo de perecer; se ha sorteado la necesidad de hacer el traje callejero, mun-dano, de la última moda; pero se ha recogido la parte gitanesca, muy tradicional, muy pintoresca ó muy aldeana del pais. Se ha recurrido á la mito-
logía y, cuando más, se ha pintado á la frívola mujer *chic* en el momento más casero de su *toilette*, en ese momento en que las modas se parecen y se hacen discretas.

Los grandes decoradores, que influyen en la actualidad parisiense; los que aparecen en las Ex-
posiciones como primeras figuras, en los escenarios de arte dirigiendo toda la *mise en scène*, encami-nan en este momento la elegancia. Es como si el teatro para burgueses, el teatro dirigido por un empresario incongruente, al que salvaban en medio de sus faltas de pericia las actrices, hubiese cedido al fin á la necesidad de tener un director artístico moderno, lleno de imaginación y autor de grandes obras, en vez de tener sólo un seudocrítico y un seudoempresario.

Los mismos grandes modistas, los más persona-
les, los que hasta han sido condecorados con la Legión de Honor, han cedido, como si un «primera medalla», por la imposición de influencias extra-
ñas al arte, un día llamase á un artista joven y de verdadero talento para que pintase y firmase sus cuadros.

No hay que negar que es noble el gesto; pero también debe observarse que ha respondido á una instigación del público femenino, que deseaba que, al fin, alguien comenzase á fijar y á ordenar la estética de sus trajes.

¿Adónde conducirá esta dirección de los artis-
tas, revestidos de una autoridad tan peligrosa y tan acatada por millares de feligresas?

Quizás después de un primer momento hipócrita y convencional, en que el artista parezca ceder y continuar las modas acostumbradas, se atreva á modificar completamente su sentido, sus estampaciones, y el capricho resulte superior y más arbitrario al que imaginaran las mismas mujeres.

Los cuadros del Greco

Cada día es mayor el interés que inspira en Toledo el desdichado asunto de la venta de los cuadros del Greco que existían en la capilla de San José, y las respuestas dadas por el gobierno á las interpelaciones de que ha sido objeto en las Cortes vinieron á colmar la medida del descontento general. Se necesitaría un volumen para apuntar los abusos que con motivo de estos hechos recientes se refieren; así es que he creido lo más oportuno acudir á las autoridades en busca de una verdadera información.

Esta mañana, acompañada del corresponsal del *Heraldo*, el diputado don Gregorio Ledesma, ante cuyo prestigio se abrían todas las puertas, empecé mis visitas por el palacio arzobispal. Confieso que, acostumbrada á contemplar la vulgaridad del clero, me sentí desde el primer momento bien impresionada ante la sencilla amabilidad del cardenal Sancha. Nuestra conferencia ha durado más de una hora, y en ese tiempo he podido observar el espíritu culto, liberal y abierto del cardenal arzobispo de Toledo, tan amado aquí como odiado de los integristas. El cardenal no me ha negado mu-

chos de los abusos de que me hablaron. Es cierto que se han verificado robos en la catedral y en las iglesias de Toledo, perdiéndose obras de arte y objetos de valor, entre los cuales se cuentan parte de las 15.000 perlas que adornaban el manto de la Virgen. Me citó el hecho de haber encontrado en su primera visita á la catedral (que hacia un siglo no visitaba ningún arzobispo) destrozado uno de los mejores libros de música para arrancarle las viñetas.

El amable anciano, que siente el placer de conversar, me habló con entusiasmo de sus viajes al extranjero, de su estancia en su querida Valencia y de las campañas en pro de la verdadera caridad y tolerancia, que le valieron el anatema de los integristas; por último, la conversación vino á parar al punto que yo deseaba impaciente: la venta de los cuadros del Greco.

—El conde de Guendulain—me dijo el arzobispo—solicitó permiso para la venta de esos dos cuadros, con objeto de atender á los gastos de las reparaciones de la capilla y para fundar otras capellanías que en ella deben existir. Nosotros no hemos hecho más que tramitar el expediente á la Nunciatura, y luego supe que se le había concedido... Eran de su propiedad...

—Entonces, ¿cómo se explica el misterio de la venta y esa solicitud de permiso?

—No sé; pero no se me negará que el Estado no puede quejarse de que se vendan objetos de propiedad particular mientras no haya una ley que permita la expropiación de las obras de arte que se trate de vender al extranjero. Soy el primero en lamentar esto... Por una bandeja de plata repujada que existe en la Catedral nos ha ofrecido un inglés, un particular, 22 millones... Estas cifras despiere-

tan la codicia... Se me avisó que se trataba de robarla... y se han doblado guardias y rejas.

Después del cardenal Sancha pasamos á visitar al gobernador, señor marqués de Fuensanta de Palma, que nos recibió con exquisita amabilidad y galantería.

—Fué en tiempo de mi antecesor—nos dijo— cuando mediaron cartas entre el Gobierno y el conde de Guendulain á propósito de la venta de esos cuadros, que entonces impidió, quizás algo arbitrariamente, el ministro; pero yo no entendí en nada... sólo hace algunos meses se presentó un escrito de dicho señor conde á la Junta de Beneficencia consultando si le era permitido vender esos cuadros para un fin piadoso... Se devolvió el escrito diciendo que aquí nada teníamos que ver en eso... Son muchas las peticiones de igual género que recibimos... y yo no me creí autorizado en un asunto de propiedad privada.

Y el gobernador, que es entusiasta por el Arte, y él mismo ha realizado obras notables durante su estancia en Toledo, me habló con pena del abandono en que están estos objetos en España, donde podían fundarse tan magníficos museos y ejercer un patronato directo y eficaz el Estado para la conservación de nuestro patrimonio artístico, tan apreciado en el extranjero como olvidado entre nosotros. En muchos casos se ve obligado á defender los tesoros de arte con la fuerza armada. En la actualidad, unos anticuarios han ofrecido 50.000 duros por un cuadro del Greco que hay en la capilla de la Caridad, en el inmediato pueblo de Illescas, no logrando que se les venda. Parece que se

trata de robar este cuadro, lo mismo que el famoso *Entierro del conde de Orgaz*, en Santo Tomé. ¡Son dos cuadros en peligro!

El amable alcalde de Toledo poco pudo añadir á los datos ya recogidos.

—En la última sesión del Ayuntamiento—dice— me interpeló acerca de esto el concejal señor Hoyos... Pero la cosa no tiene ya remedio... Yo estaba en el Congreso cuando interpelaron al Gobierno, y sentí arder las mejillas de vergüenza por no haber podido impedirlo... Si se despoja de su tesoro artístico á Toledo, acaba la escasa vida que queda... Reconozco la necesidad de buscar el remedio para que no se repitan estos hechos y me propongo que el Ayuntamiento lo estudie.

Y el alcalde, que ameniza la conversación contándome multitud de hechos curiosos, de despojos verificados en esta ciudad, que despierta los instintos de rapiña de todos los anticuarios del mundo, me hace visitar las dependencias de esta soberbia casa del pueblo y el interesante archivo, en donde veo dos manuscritos que excitan mi admiración. Un autógrafo del Greco, con una letra grande, firme, de trazos desiguales, confundidos y mezclados; es una letra que recuerda sus pinturas. El otro manuscrito es de su hijo, preso por deudas en la cárcel de Toledo, que pide al Ayuntamiento el pago de 300 escudos que le adeuda de obras realizadas por su padre en una de las alas de la Casa Consistorial... ¡Qué tristes reflexiones despierta ese pedazo de papel del hijo de un hombre cuyos lienzos alcanzan hoy tan fabulosos precios y tan extraordinaria popularidad!

Después de todas esas conferencias me queda sólo una triste impresión, que puede condensarse en un vulgar refrán: «Entre todos la mataron...» Sí; la Iglesia con su consentimiento, el Estado con su abandono, los dueños con su egoísmo y el pueblo con su indiferencia, todos han contribuido á esta expoliación de las obras de arte y á estos abusos que lamentamos, y que seguramente alejarán aun más á los escasos extranjeros que nos visitaban.

Sólo una entidad, la importante Sociedad defensora de los intereses de Toledo, de la que es presidente nuestro ilustrado corresponsal, don Gregorio Ledesma, se propone enviar un mensaje á las Cortes á la mayor brevedad, pidiendo se busquen los medios de proteger las obras de arte que en Toledo existen.

Trata también de averiguar si han podido legalmente venderse las que desaparecieron y si es posible ejercer la acción popular sobre los culpables de estos abusos.

Dicha Sociedad encarna el espíritu de todo el pueblo toledano, y está siendo objeto de grandes muestras de afecto por su simpática decisión.

Entre los rumores que llegan á mis oídos figura el de que el comprador de los cuadros del Greco que nos ocupan es M. Parés, el anticuario francés que tiene su tienda en la calle del Príncipe, el cual se asoció para la compra con otro anticuario de París, y que sólo han pagado por ellos 30.000 duros, vendiéndolos en un millón de francos en la capital de la vecina República.

Hay quien afirma que en Madrid, en casa del referido anticuario, se han sacado copias del mismo tamaño que los cuadros vendidos para colocarlas en su lugar, engañando de este modo al público, como ya parece que lo han hecho con una *Anun-*

ciación de la iglesia de San Nicolás, sin que yo haya podido comprobar si son ó no ciertos estos rumores.

Esta sustitución, que provocaría hoy la indignación de Toledo, la considero peligrosa para los patronos de la capilla de San José, y creo no se llevará á efecto.

En el último capítulo

El público versátil y ligero, acostumbrado á la frivolidad que las noticias emocionantes de los grandes rotativos engendran en espíritus ansiosos de novedades, ha olvidado rápidamente la tragedia de Lisboa.

Ningún rey ha caido con menos gloria, con más indiferencia que el rey Carlos I de Braganza; si movió á compasión algo en la tragedia, fué la muerte de un joven inocente y el dolor de una mujer; si se estremecieron grandes y soberanos de otras naciones, fué de pánico ante el ejemplo sangriento; si la opinión se preocupó algún tiempo, fué por la incertidumbre del resultado de la lucha política.

El estado de opinión de un pueblo lo refleja bien claramente la prensa; mientras diarios republicanos de todo el mundo se preocupaban de la muerte del monarca, los diarios portugueses decían sencillamente:

«Ayer fueron asesinados Su Majestad el rey y el príncipe heredero», y antes de la lacónica noticia iba el artículo de fondo de cosas indiferentes y la información como todos los días.

La libertad de los jefes republicanos y la huida de Franco hicieron estallar la alegría del buen

pueblo portugués. Sus periódicos no la ocultan; aquí, donde se tiene *nominal* libertad de imprenta, vemos con asombro cómo *O Mundo* llama asesinos á los policías que dispararon sobre Costa, y reune bajo el epígrafe de «Las cinco últimas victimas de Joao Franco» al rey y á sus asesinos.

Hecho elocuente es el de la protección que los hijos y familia de los regicidas han encontrado en todo el pueblo portugués. Por mucho que quiera ocultarse la verdad, no cabe disimular que la muerte del rey no es obra de un atentado anarquista, sino de un complot revolucionario.

¿Por qué abortó?

No es difícil comprenderlo; los jefes del partido republicano estaban encarcelados, no había una cabeza que dirigiera á las masas; los momentos de estupor, de incertidumbre, dominaron la insurrección.

Pero el alma republicana se ha fortalecido, los hombres de prestigio abandonan el partido monárquico para engrosar las filas del republicano, y los vivas á la libertad y la República son cosa corriente en plena calle. Arraiga en los espíritus la dulce esperanza de la gran federación latina republicana.

Los que saben leer han podido ver mucho escrito entre líneas en los artículos magníficos de Luis Morote, conocedor como nadie del espíritu de Portugal, que se ha reflejado en sus admirables e incomparables crónicas.

La muerte del rey sin la República es un hecho inútil y antipático. Mientras exista la monarquía existirán los tiranos de Portugal; que si hoy abren la mano á las libertades, atemorizados y cobardes, no tardarán en alzarse sanguinarios y crueles al verse fuertes.

La situación del vecino reino no es nada enviable: dos reinas clericales y desoladas, un niño amedrentado é inepto y unos consejeros viejos é inexpertos ante un pueblo de espíritu libre, envalentonado de su poder, conocedor ya de que sus reyes caen bajo las balas como cualquier simple mortal.

Desde que el pueblo sabe que los soberanos no son de derecho divino, el principio de su autoridad quedó herido de muerte. Los monarcas absolutos necesitaban los plumeros en la cabeza y los collares de dientes; es decir, la sugestión ejercida sobre un pueblo ignorante que se arrodillaba á su paso.

Es curioso observar la evolución que nos presenta la historia. Primero, la muerte de un rey enluta una nación entera; perecen en la guerra ó de enfermedad, cuyo curso sigue el país con anhelo.

Después, la ambición llena de crímenes la historia; se matan, se devoran como fieras por robarse cetro y corona; pero son ellos con ellos mismos, padres, hermanos, esposos; fieras de la misma ralea; el pueblo permanece espectador. Parece creer que sólo unas divinidades pueden luchar con otras; acepta respetuoso todo nuevo señor y no aceptaría la soberanía de un plebeyo.

Más tarde ya el pueblo se amancipa, elige jefes, juzga á sus soberanos, les destierra ó los sustituye y caen las cabezas de Carlos de Inglaterra, de Luis de Francia, de Maximiliano de Méjico... y empiezan también los regicidios. Triste y larga es la lista de soberanos muertos, de atentados, de amenazas, que hacen incierta y agitada la vida de las naciones. Pero hasta ahora siempre que murió un rey de muerte violenta la compasión ó el interés siguieron ansiosos los detalles y pormenores, se sintió una impresión honda, muy natural si se

piensa que los reyes abundan menos que los albañiles.

Todos les hemos compadecido: eran una vida, un hombre muerto por absurdos principios...

Y más de una vez el pueblo idealizó á los soberanos muertos; más de una vez un tirano se rodeó de aureola de mártir, gracias al arma regicida. Había menos grandeza en todos esos príncipes que arrastran sus coronas por los *cabarets* de Montmartre, en esas reinas que escapaban con amantes y en esas princesas que se exhibían en los escenarios de *varietés*, que en los monarcas que sucumbían en sus puestos, con gesto más ó menos ridículo, al que cuidaba de hacer gallardo la imaginación popular.

Es la primera vez que la muerte de un rey pasa entre la indiferencia general. Hay en este hecho una enseñanza que sin duda aprovecharán los encargados de la historia critica de la monarquía portuguesa, á cuyo último capítulo quedan ya tan pocas hojas.

Catalina Sforza y sus recetas

Acabo de leer, fresca aún la tinta, el libro que sobre Catalina Sforza ha publicado el senador italiano Pasolini.

Se comprende que en el estudio de esta interesante figura de mujer se apasionara su biógrafo. Catalina Sforza es el tipo completo en que encarna el ideal de la mujer del Renacimiento italiano; esas almas complejas, mezcla de virtud y crimen, de valor y debilidad, de abnegación y de venganzas.

Un retrato de Marco Palmeggiani, que existe en el museo de Forli, nos ha legado la figura bellísima de la terrible hija de los Sforzas. Es una figura de dama del Renacimiento que recuerda á la perdida *Gioconda*, de Leonardo; su frente ancha y serena, sus ojos de enigma, su boca aterradora y sensual y la calma plácida de la cabeza armónica, la amplia garganta y el magnífico seno, como serenidad de mar en calma.

Se comprueba luego esto conociendo su historia. Parecen animarla dos almas: una, femenil, suntuosa, coqueta y refinada, que la hacía vestirse de ricos brocados de oro y ramos preciosos y adornarse con valiosas joyas y perlas, haciendo célebre el lujo de sus entradas en Imola y Forli, cuando á

sus diez y ocho años contrajo matrimonio con Giralano Riario, sobrino del papa Sixto IV.

Su alma masculina era fiera y valerosa. En 1500, cuando César Borgia sitió la ciudadela de Forli, Catalina la defendió heroicamente. Los auxiliares franceses del duque de Valentinois, seducidos por su gracia y el esplendor de su belleza, lanzaban á las torres de la fortaleza flechas en las que iban atadas fervientes declaraciones de amor.

Tres veces fué casada Catalina Sforza, y en medio de los sucesos de la guerra y la política cuidó siempre con esmero su belleza, llegando á una avanzada edad en todo el esplendor de su hermosura.

No le interesaban ni la literatura ni las artes; pero era apasionada por la belleza de la carne. El conde Pasolini ha publicado un manuscrito suyo en el que había reunido unas 500 recetas de la magia blanca para conservarse.

Casi todas las que á la belleza se refieren nos hacen sonreír hoy, y otras nos estremecen por su terrible índole. «Para hacer que se duerma una persona y quede insensible.» «Para conseguir el favor de una dama.» «Para suministrar los venenos.»

Y al lado de esto las recetas *que conseguía de los judíos* «para tener la piel blanca, los dientes nacarinos y el cabello abundante».

Veamos, á título de curiosidad, algunas recetas de esta mujer bellísima que han llegado hasta nosotros á través de los siglos:

«*Para colorear los cabellos.*—En ciertos casos es preciso mezclar leche de mujer que críe á un varón y destilarla junto con una golondrina viva y sin pelar.»

«*Para tener el cutis terso.*—Mezclar dos onzas

de carbonato de plomo con otro tanto de tártaro de potasa, cinco onzas de una mezcla de sublimado y de plata en polvo, y adicionarle dos onzas de goma adrayante y de nitro de Sari. Estos polvos, bien triturados, se meten en el interior de un pichón de raza pisana cuidadosamente lavado en agua de fuente; se cuece en una cacerola con agua, en la que se habrá tenido en infusión una culebra, y se destila después. Se lava la cara por la noche antes de acostarse.»

La muestra hará conocer lo que eran estas recetas en la antigüedad. Aunque nada prácticas, tienen para nosotras un interés de documento histórico venidas de la mano de esta mujer, á quien las italianas de hoy perdonan de buen grado sus crímenes y sus violencias para considerarla como una heroína precursora de la independencia nacional.

Hasta las damas más piadosas, considerando su vejez retirada en los alrededores de Florencia sin el esplendor pasado, dedicada á las tareas domésticas y á confeccionar prendas de lencería con sus divinas manos regias, la llaman con ternura *La dama de Forli*.

La ciudad de los Cristos

Toledo es católica, tan católica que no se encuentra en el invierno ninguna casa de baños; yo la llamaría la ciudad de los Cristos. En ninguna parte, ni aun en Nápoles, donde hay tanto crucificado célebre, donde se encuentra el Cristo del Carmen, gran obrador de milagros, que bajó la cabeza para no recibir un balazo; el Cristo adorado por la histérica Teresa de Jesús; y aquel otro, más cortés que los mortales á quienes dedicamos nuestros bombos los periodistas, que dió las gracias á Santo Tomás de Aquino por haber escrito de él.

Pues ni aun en Nápoles, marcado tan tristemente por las huellas del fanatismo español, existen tantos crucifijos, tantas santas, tantas hornacinas, altares y santuarios como en Toledo.

Aquí está la famosa *Virgen de los Alfileritos*, á la que las solteras piden novio como á una vulgar casamentera, y las casadas ruegan piadosamente la muerte de sus esposos, gracia que concede la imagen dentro del año á las que arrojan un alfilerito blanco para pedir la boda y negro para la viudez. Casi siempre hay más número de alfileres negros.

Pero no se trata hoy de vírgenes, sino de Cris-

tos. Se encuentran por todas partes. Si vamos por la puerta del Cambrón

está el *Cristo de la Vega*,
la cruz en tierra posada,

que dijo Zorrilla; y aunque la escultura no vale nada, ni la cruz está posada en tierra, la mágica leyenda del poeta sigue atrayendo á los turistas á la pequeña capilla, panteón de los grasiéntos beneficiados de la Iglesia Primada de España.

La desilusión no puede ser más grande cuando después de cruzar un sucio patio de cipreses y adelfos, donde vive la mujer que cuida la capillita, se ve la pobre y legendaria imagen. Nada más melancólico ni más sombrío; hasta los ocho chiquillos de la guardiana juegan sin ruido, con tristeza, junto á la puerta; son todos pequeñuelos sucios, flacos... Parecen gusanillos engendrados de la podredumbre de los canónigos enterrados allí.

Si vamos por la puerta de Visagra, *El Cristo de la Luz* nos recuerda otra tradición absurda y terrorífica; si pasamos por Santo Josué, otro crucifijo de tamaño natural, con la cabeza inclinada al suelo, el flácido cuerpo chorreando sangre, está en medio de la ría, como reo sometido á eterna vergüenza. Un farol se balancea lúgub्रemente ante él; las faldas negras de tanto eclesiástico, dan la ilusión de los cuervos que preparan el festín á costa del reo inocente.

Se sienten deseos de pararse y orar. «Sí, pobre Cristo, sí; aun eres reo, aun se discute tu doctrina, aun se te alza como *Inri* en la cruz de tu martirio para que excites la risa, la compasión ó el terror en medio de una calle pública, mientras todas esas sombras negras agrupadas en torno de tu cadáver,

habitan en palacios, deslumbran á un pueblo igno-
rante y hambriento con sus brocados, y guardan
joyas preciosas entre los tesoros de soberbias cate-
drales que alzaron en tu nombre.»

Después de la oración seguimos el camino. En la plaza de Zocodover está el pequeño nicho de *El Cristo de la Sangre*.

Este Cristo estuvo condenado á contemplar todos los autos de fe, todas las ejecuciones, todos los tormentos que inventó la barbarie de una época fanática y cruel. Hacia él se volvían con angustia los ojos de los reos. ¡Cuántas miradas de desesperación, de rebeldía, de maldición, de terror y de súplica se habrán quebrado en su inmóvil faz! ¡Ah! ¡Cómo este Cristo no hizo también un milagro!

Dejemos la ciudad, entremos en la catedral; me atrae el soberbio y feo edificio de un modo poderoso. Quizás porque *Gabriel Luna* nació en sus Claverías; quizás porque el calor es grande y recuerdo que Heine ha dicho que «el catolicismo es una buena religión de verano».

Allí dentro se está bien con el frescor algo húmedo y pegajoso de subterráneo y la media luz tan á propósito á las ideas de sombra y de misterio. Se descansa y se sueña. Tiene el sueño algo de pesadilla; las haces de columnas de las enormes pilas parecen achicarse y dejar que pese sobre nuestro espíritu la enorme bóveda. Se sienten los llantos, los gemidos, las quejas de una humanidad miserable, doliente, encadenada... Los ojos se alzan; brillan las rosas de luz de las vidrieras policromas; parece que la sombra se disipa; que la catedral se abre para dar lecho y abrigo á los desheredados; que la inunda la luz; que sus tesoros se convierten en pan para los hambrientos.

Chirriar de hierros rompe el sueño; voces gansas murmuran rezos, y á intervalos irregulares el repiqueteo de cadenas se repite.

—¿Qué es eso?—pregunto á un guía.

—Son las devotas que rezan al Santo Cristo de las *Coberteras*.

Me acompaña á una capilla. Sujetos al barrote que cruza la verja hay unos pedacitos de hierro en forma de cobterera de olla. Muchas devotas rezan á una imagen de Cristo sujeto á la columna que ocupa el altar; al acabar el padrenuestro dan un golpe á la rueda de hierro y la cambian de posición. La imagen concede así uno de tres favores que le piden.

—Pero este ruido es muy molesto para los demás fieles—digo.

—Sí, en efecto; pero el cardenal quiso quitarlo y se amotinaron las beatas; mucha gente dejó de dar limosna para el culto.

Comprendí la fuerza del razonamiento tendiendo la vista á mi alrededor. En casi todas las columnas hay cepillos. «Limosna para cera», «Limosna para aceite», «Limosna para el culto», «Limosna para San Pedro»...

Sí; han pasado los tiempos en que la catedral daba limosnas; ahora las pide y tiene que sufrir la gazmoñería de las beatas.

Alargué una moneda al guía, que deseoso de complacerme, añadió:

—Después de todo, ni las cobteras son cobteras ni el Cristo hace milagros.

Las mujeres en la vida de Jesús

En el periodismo hay el artículo de todas las semanas santas, que representa un alto de emoción en la labor cotidiana. Representa una concentración espiritual, muy noble más que muy creyente, en que haciendo el misterio de nuestro corazón, toda nuestra alma de consuno hace un símbolo de bondad. Es esta repetición de todas las semanas santas una paráfrasis de nuestro corazón; revela cosas vistas en la noche de nuestro jardín, visiones azules y apostolados vividos de los que llega tan repetida y tan prontamente la nueva semana santa, con su exaltación á la cruz, su sepultación y su resurrección... para morir y padecer de nuevo en la del año próximo.

Apartemos la mirada de la historia, que apenas nos da noticias de la existencia de Jesús, y fijemos la atención en el fábulas y la leyenda formada en torno suyo en el transcurso de los siglos, durante los cuales se le ha hecho nacer y morir todos los años, acumulando cada uno nuevos elementos poéticos á la corona del niño milagroso ó del mártir

redentor, para examinar tal como ha llegado á nosotros el papel que se atribuye á la mujer en la existencia de un Dios humanizado.

La primera que aparece es su madre, figura poética que se nos representa entre celajes azules, coronada de estrellas y deslizando su blanco pie sobre las nubes sin tocar el polvo de la tierra. No se quiso pensar que el Hijo de Dios encarnase en el cuerpo purísimo de un niño en el momento de su animación, porque una religión que había de condenar todo placer, niega la pureza de la unión vivificante de los seres.

Se hace á María de Nazaret *madre y virgen*, términos contradictorios ante la ciencia, pero que ansía la fe para formar en la encantadora joven, rosa de pasión y lirio de pureza, una de las figuras más bellas del universo; superior á todas las diosas del paganismo; hermosa como ellas y aumentado su encanto al envolverlo en el cendal del misterio.

Pero la figura de María es incompleta, parece que se esfuma por su misma idealidad, y pasados los días de la infancia se obscurece casi por completo. Los artistas cristianos, que usaran y abusaran de la sagrada familia para sus obras, no representan jamás á un Jesús de diez y ocho á veinte años al lado de su madre ó en el interior de su hogar judío.

No parece ser mucha la influencia que ejerce en Jesús; él atiende á su fe de tribuno, á su misión de revolucionario y no se preocupa del dolor de la madre cuando va á combatir las leyes del judaísmo y las costumbres depravadas, cuando la deja para abismarse en su pensamiento en el desierto, cuando se lanza al apostolado y cuando en los días de amargura suda sangre é invoca en lugar del dulce

nombre de la madre el poder supremo de un espíritu sobrenatural, al que pide que conforté su espíritu.

Y empieza Jesús su apostolado, atraviesa como un maestro ambulante la Judea, va desde Galilea á Jerusalén, y lleva en pos suyo «un número de discípulos escogidos y algunas mujeres de posición acomodada que proveían á las necesidades materiales de la asociación (véase Luc., VIII, 1, 3; XX, 49; Math., XXVII, 55; Marc., XV, 40), pues sin duda Cristo no repetía todos los días el milagro del pan y de los peces.

Son extrañas las relaciones de Jesús con las mujeres; se le ve siempre cariñoso con ellas, pero jamás amante; las protege y parece desdellarlas; él se apiada del llanto de las madres, perdona á la Samaritana, defiende á la mujer adúltera; pero hay algo de desprecio en su perdón, algo de humillante en su defensa. Sin duda la cree un ser inferior juzgándola con cerebro de hombre de su época y dentro de las costumbres judaicas de su tiempo.

Y las mujeres por su parte aman á Jesús, le siguen, le escuchan, le creen; tienen fe en él, en su obra, en su apostolado; pero su afecto es sencillo, es puro, es el amor que suspiran los artistas y al que para nada se mezclan las palpitaciones de la carne; ese amor purísimo que ensalza al objeto amado y se alimenta de la admiración de los demás. No hay pasaje que dé idea de que el amar á Jesús suscitate celos y rivalidades entre sus adeptas; se da este caso con frecuencia entre los discípulos; en las mujeres no.

Sólo una parece amarlo con amor humano y obtener la preferencia para realizar el coapostolado con Jesús: María Magdalena.

¿Quién era esa mujer? La leyenda no lo deter-

mina y las menciones de los evangelistas establecen gran confusión.

Los dos primeros evangelios nos hablan de una mujer desconocida que en Betania, durante una comida, cuyo anfitrión negó al Maestro el beso de paz, vino á mojar su cabeza con perfume de nardo, cosa que los discípulos criticaron y que Jesús defendió. Esta desconocida se supone que fuese Magdalena, hermosa y rica *pecadora* enamorada de Jesús y que le siguió, arrepentida de su vida disipada, en sus predicaciones.

El evangelio apócrifo de los hebreos supone que esta Magdalena fué la *pecadora* á quien Jesús absolvio de sus pecados. San Lucas menciona también la historia de la mujer *pecadora* que perfumó con nardo los pies de Jesús, y San Juan nos dice que esta mujer fué Magdalena, hermana de Marta y Lázaro, resucitado por Jesús, y con los cuales le ligaban lazos de estrecha amistad, como lo prueban las palabras: «Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiese muerto.»

Aquí toma relieve la figura de Magdalena; pero en algunos momentos se llega á pensar si Marta y ella no son más que un símbolo; Magdalena aparece siempre sentada á los pies de Jesús, pendiente de sus palabras, descuidando todo lo terrenal para vivir en su espíritu, y Marta afanada por servirlo, desvelada y hacendosa en los cuidados terrenales. ¿No parecen el símbolo del paulismo con su fe contemplativa y del judeocristianismo, que da la preferencia á las buenas obras?

Y San Juan afirma que esta María Magdalena fué la que derramó un vaso de alabastro lleno de aroma sobre los pies de Cristo y los secó con sus trenzas de ébano.

Parece notarse una inclinación, un amor de

Jesús hacia esta mujer; sus nombres han quedado unidos por los siglos; ella va envuelta en la aureola del Cristo, y cuando se habla de los grandes enamorados á los que el amor inmortalizó, se recuerda el nombre de Magdalena.

Con intención subrayé siempre al escribirlo el dictado de *pecadora* que se da á la Magdalena. No está probado que esto quiere decir *cortesana*, ni parece lógico, dadas las costumbres de aquellos tiempos y la posición de la Magdalena, en lo que están todos conformes. Puede hablarse de sus pecados, de su vida extraviada, del perdón y del arrepentimiento sin que se trate de una prostituta, sino en el sentido de las doctrinas que la nueva secta cristiana consideraba como pecaminosas. Sin duda Magdalena abjuró sus creencias por amor como ahora se abjurian por conveniencia.

Llegado el momento de su pasión, las mujeres no abandonan al Cristo. Claudia Procula, nombre que da la leyenda á la mujer de Pilatos, intercedió para salvarlo; la Verónica limpia piadosa el sudor de su rostro, y en su calle de Amargura fué seguido de multitud de mujeres que lloraban, y á las que exhortó á llorar por sí mismas y por sus hijos (Luc., XXIII, 27, 31). Hasta el pie de la cruz de su agonía le siguen las mujeres fieles, la enamorada Magdalena, la Madre Dolorosa y María madre de su discípulo Cleofás. Es aquí cuando la figura de la Madre crece y se agiganta, es aquí cuando recobra el atributo de dolor que le falta para ser madre; es aquí donde Jesús desgarra sus entrañas y paga el tributo de sufrimiento de la verdadera maternidad. Al pie de la cruz se inunda de luz celeste la figura de María y ya desaparece toda idea que no sea la de su augusta y grande maternidad.

Siguió la piedad de las mujeres á Jesús hasta el

sepulcro; ellas en la noche del sepelio prepararon aromas y perfumes y llenas de fe acudieron á elevar oraciones junto á su losa.

Jesús sale de su sepultura, según Schleiermacher, pálido, herido, enfermo por el largo martirio en que estuvo á punto de morir, desfigurado hasta el punto de que lo desconoce Magdalena, á la que prohíbe que toque su cuerpo dolorido. Según los cristianos, sale transfigurado y triunfante; pero todos están conformes en que su primera visita es para esa desconocida Magdalena, esa enamorada misteriosa, cuyas huellas se pierden después en la confusión que reina en todos los textos que de la segunda vida terrestre de Jesús dan cuenta. Amanante fiel, se halla su nombre entre las mujeres que acompañan á la madre en la soledad y la asisten en el tránsito.

Pasan los siglos. La figura de Jesús sigue seduciendo á los espíritus femeninos. Ningún dios ha tenido más enamorados que el pobre y pálido judío, tan bello y tan triste, que ofrece consuelos supremos en una doctrina todo amor, todo perdón, todo mansedumbre. Pero ¡ay! la doctrina de Cristo y el amor de las mujeres, dos fuentes de pureza y de redención, no han corrido en tranquilas ondas por el mar de la vida; se han enturbiado con el cieno de la falsia y la superstición. No en balde cerca de todo cadáver expuesto en su cruz graznan los negros cuervos que acechan el momento de devorarlo.

La hermosafea

Mi visita acostumbrada al museo del Louvre siempre que paso por París me ha apenado ahora. Apasionada de los primitivos italianos, devota ferviente del *Padre Leonardo*, experimenté un sentimiento de amargura al encontrar vacío aquel sitio donde tantas veces me paré á contemplar la famosa *Gioconda*, buscando los efectos de luz para no verme retratada en el cristal y poder admirarla á mi sabor.

Aquella sonrisa que tantas poesías inspiró era ya, para mi contemplación, una sonrisa amiga, piadosa; sabia consolarme de mis tristezas y llevarme hacia aquella edad de gloria santificada por el genio de los artistas. La esposa del Giocondo había tomado carne en mi fantasía con el influjo del recuerdo, hasta sentir deseos de llorar su falta como la ausencia de una persona querida que no hemos de ver jamás.

Dejé pronto las salas de pintura, tristes sin la presencia de mi bien amada, y entré en la sección de escultura. Deseaba contemplar la nueva joya adquirida por el Louvre, que yo conocía por las descripciones del sabio académico Henry Roujon, y no tardé en encontrarme frente al monumento

fúnebre de la antigua *divette* de la Opera Cómica Faustina Favart, esculpido en 1773 por el célebre Jean Jacques Caffieri. Es un monumento de elegante estilo fúnebre. «La amistad llora en la tumba de su amiga y esparce sobre ella flores.» La urna cineraria está colocada sobre un altar, y una Musa llora cerca de la columna de donde pende el medallón con el perfil de la difunta.

Está tomada su imagen de un retrato hecho por Cochin; un retrato fidelísimo al decir de los historiadores. Es de una mujer fea, pequeña, seca, mal hecha, con los cabellos pardos, chata, de ojos vivos y de morena tez, y sin embargo, tiene una sugerión extraña, de gracia, de simpatía, de espíritu... Se comprende que la llamasen *la hermosafea*. Este monumento funerario que acaba de adquirir el Museo tiene una historia commovedora.

Se le ha llamado *el altar de la amistad*, cuando es tal vez recuerdo de un amor tan tierno, tan grande y tan sincero, que arrostró todos los peligros para perpetuar la imagen de aquella mujer.

El monumento fúnebre de la Favart fué encendado á Caffieri por el abate de Voisenon en recuerdo de su *irreparable amiga*.

El sacerdote era entonces vicario de la diócesis de Boulogne; sus feligreses se scandalizaron del hecho. La Favart tenía enemigos encarnizados en una época en la cual una comedianta era un ser anormal y casi maldito. Aquella mujer tan espiritual, que fué la primera que osó representar las obras vistiendo trajes á propósito para los personajes que interpretaba, de modo que se puede decir que fué la creadora del teatro realista, tuvo que sufrir envidias y persecuciones. Abundan los libelos y las injurias contra ella y su marido, director del teatro, que no se cuidaba de que saliese á es-

cena con los brazos desnudos ni de que vistiese *muy á la turca* su papel de Roxelana.

Obligado por la vindicta pública, el vicario fué á ver al cardenal Fleury y le dijo:

—Yo no puedo ya dirigir mi diócesis, porque no sé dirigirme á mí mismo.

Y Fleury, encantado de su humildad, le concedió la abadía de Voisenon.

Han pasado cerca de dos siglos, y ahora ese monumento de Caffieri viene á proteger contra el olvido los nombres de esa mujer artista y de ese abate, que supo amarla con tanta intensidad, sin curarse de convencionalismos ni de la fealdad de su rostro y de su cuerpo frágil y quebradizo.

Mirando su retrato se comprende que si se llega á amar á tal mujer no se la puede olvidar nunca. Habría que amarla por algo interno, independiente de la belleza corpórea.

Y mi sugerión creía ver un fuego de encanto y de misterio en los dos ojos pequeñuelos, negros, vivos y penetrantes; ojos con luz, enigmáticos y misteriosos, tan misteriosos y enigmáticos como la risa de la *Gioconda*. Acaso una misma alma se hacia traición en los labios de Monna Lisa y en las pupilas de Faustina Favart.

Jorge Sand

Francia rinde un justo homenaje de respeto á la gran escritora del siglo XIX que encarna todo el espíritu romancesco de su época.

Se ha erigido á Jorge Sand en los jardines de Luxemburgo un monumento, que es obra del célebre Simart.

La vida de Jorge Sand está tan estrechamente ligada á la historia de su obra, que aparece siempre llena de interés y de curiosidad.

El verdadero nombre de la gran escritora es Aurora Dupin, y lo novelesco de su historia empieza desde la unión de sus padres.

Su madre, Sofía Delaborde, pertenecía al pueblo de París; su padre, Mauricio Dupin, joven y brillante oficial, era descendiente de dos dinastías de reyes.

El amor los unió y su existencia fué feliz hasta que la guerra con nuestro país separó á los esposos.

Aurora nació entre los acordes de una alegre contradanza que se tocaba en la habitación vecina, y esto fué tenido como buen presagio de su vida.

Siendo aún muy niña perdió á su hermanito Luis; la madre, de temperamento exaltado, hizo á

su esposo desenterrar al niño y acostarlo en su cama, teniéndolo así hasta que la descomposición les obligó á volver á enterrarlo. Ocho días después de esto, Mauricio Dupin apareció muerto á orillas del camino, á consecuencia de la caída de su caballo *Leopardo*, regalo de Fernando VII.

La infancia de Aurora se desarrolló entre su madre y su abuela, dos caracteres opuestos que debían influir sobre el suyo.

La abuela, condesa de Horn, tenía gustos é ideas aristocráticas y gustaba de la soledad y el fausto. La madre, artista de instinto, ignorante y arrebatada, tenía las costumbres del pueblo y el amor á la libertad y la independencia.

Entre estas dos voluntades enemigas que chocaban por la cosa más insignificante, creció la niña, con una gran predisposición al idealismo. Antes de saber leer ya componía sorprendentes cuentos é historias, que más tarde escribía y entregaba á su preceptor.

Criada en el campo, sabía montar en los caballos más fogosos, y á los quince años manejaba el fusil, danzaba y sabia tirar á la espada.

Entonces empezó á usar por primera vez el traje de hombre que más tarde había de adoptar. Su madre murió de melancolía, sin enfermedad aparente, y la abuela llevó á la niña á París al convento de las Inglesas.

La imaginación ardiente de Aurora se exalta en esta atmósfera nueva, y con todas las fuerzas de su alma se apasiona de la Divinidad, entregándose á la devoción mística con un fervor ardiente...

Después el acceso de fiebre se calma y empieza una segunda fase, que ella llama de *devoción alegre*, que termina bajo la influencia del escepticismo de su abuela.

Vuelta á su castillo de Nohant se entrega al estudio, á la lectura y á la meditación, y á los diez y siete años se la casa con el barón Dudevant, hombre incapaz de comprender las delicadezas del alma de su mujer, á la vez orgullosa y tierna.

Esposa contrariada y sumisa, Aurora sufre su suerte durante ocho años, retenida por el amor de sus dos hijos.

Después... se sabe el resto. Su fuga á París sin dinero; sus relaciones con Jules Sandeau, con el que tiene una colaboración pasajera y del que toma la primera sílaba para firmar sus escritos. Su proceso con el barón Dudevant; la separación legal que le devuelve la libertad; su vuelta á su posesión del castillo de Nohant, y por último, su rápida y gran reputación.

Gran admiradora de las poesías de Musset, el director de la *Revue des Deux Mondes* reunió en un almuerzo á la autora de *Indiana* y al glorioso autor de *Rolla*. La simpatía de los dos quizás se estableció rápidamente; pero él sólo tenía veinte años y ésta contaba veintisiete; esta diferencia de edad que más tarde fué una de las causas de su separación, tuvo al principio un nuevo encanto, una especie de dulzura maternal.

A las siete semanas de conocerse, Musset acompañaba á Jorge Sand en su viaje á Italia con el título de secretario íntimo.

Entonces empieza esa tumultuosa amistad que les inspira á uno y á otros algunos de sus gritos más sublimes, algunas de sus concepciones más emocionantes ó más melancólicas y provoca una multitud de comentarios y publicaciones.

Vuelta á su castillo de Nohant, se entretiene en trabajos intelectuales, en representaciones de obras

de teatro y en la amistad y conversación de los hombres más sabios de su tiempo.

Jorge Sand ha dejado un centenar de volúmenes; su espíritu original y penetrante tiene un don de asimilación sorprendente y aplica su admirable estilo á los géneros más variados. En sus obras descuellan las descripciones de los paisajes, que anima con su imaginación y puebla de formas vagas, al mismo tiempo que los reproduce con pintoresca exactitud por los mil recursos de arte. A estas cualidades superiores debe la gran escritora francesa el tributo de admiración que su país le prodiga en su primer centenario.

La viuda de Wágner

Recientemente, con motivo de su enfermedad, toda la prensa europea se ocupó de la noble señora compañera del músico inmortal.

Pocas veces al lado de un artista se inmortaliza como compañera la esposa legítima; parece que la prosa de la vida es común, la monotonía del matrimonio aleja la pasión ansiosa, vehemente y antojadiza de la febril imaginación de un genio.

Tal vez esto consiste también en la falta de previsión para elegir la compañera. Unos lindos brazos ó unos ojos negros exaltan la fantasía para adornar la figura de una mujer con los atributos que se desea. Luego el desengaño de la vulgaridad abre á la infidelidad la puerta; ¡dichosa la que en esta bancarrota de ilusiones logra salvar la consideración!

La situación en que se coloca la esposa del artista genial en este caso es muy difícil. Las miradas del mundo están fijas en ella. La falta que á él se le tolera, sin llegar siquiera á darle este nombre, no se sufriría en ella. Está obligada á no empañar la gloria del grande hombre que no se cuida de su alma; tiene el deber de amar al que todos admirán porque sólo conocen al artista, aunque como hombre sea un ente insopportable.

La fidelidad á la esposa del genio se le exige más allá de la viudez.

Y entretanto, sus obras, inspiradas por otra mujer, son á esa mujer á la que inmortalizan. La posteridad será á ella, no á la esposa, á la que rinda su homenaje. De los pocos matrimonios de artistas que se han escapado á esta fatalidad es uno el de Wágner. Durante mi estancia en Nápoles he tenido ocasión de tratar intimamente á la signorina Carsani, institutriz de las hijas del gran maestro.

Más de una tarde, en el gabinete de su casa de la vía Caracciolo, rodeada de retratos del autor de *Las Walkyrias* y de su familia, contemplando el panorama esplendente del golfo con la diadema de flores de los pueblecillos de la ribera y la majestuosa corona de llamas del Vesubio, la oí contar anécdotas del genial compositor y de su vida íntima.

Según ella, Wágner fué de una fidelidad extraordinaria. Judith Gautier se le aparecía como una intriganta vanidosa, que quiso ennoblecérse con un amor que jamás fué suyo. Empleaba sólidos razonamientos para desmentir su aventura, y del mismo modo desmentía todas las anécdotas que se refieren á amores del músico inmortal.

La señora de Wágner era la musa de su marido. El se complacía en adornarla como á un ídolo. Estaba siempre envuelta en sedas y perfumes, y todos los días, aunque comiesen solos, asistía á la mesa con traje de ceremonia. El maestro le contaba sus proyectos, le hacía escuchar las primicias de sus admirables composiciones y el eco de su voz dulce bastaba para disipar los arrebatos coléricos á que era propenso.

—Háblame, háblame mucho —le decía—; que re-

suene tu voz en mis oídos... Hoy tengo que componer un trozo muy difícil.

Y el que componía las partituras sublimes que habían de asombrar al mundo se arroaba ante la armonía de la voz de una mujer amada.

La señora de Wágner no era hermosa, pero poseía un acento dulce, ojos grandes y claros, la frente ancha y despejada, graciosa la sonrisa y distinguido el aspecto. Era una de esas mujeres en cuyo rostro reposa la vista con agrado y dejan sentir al espíritu placidez de luna.

Muy inteligente é instruida, sabía hablar de todo con su marido, comprenderle y rodearlo de cuidados que jamás se le ocurrirían á una mujer vulgar. Ella era la primera de sus admiradores. El dia que el maestro le dió á conocer el sublime trozo musical de *Los dioses en el Walhalla*, su emoción fué tanta, que cayó de rodillas delante de él bañada en lágrimas.

Aquel dicho hogar, donde habitaban el genio y el amor, fué enlutado por la muerte del gran artista.

Desde entonces su compañera, envuelta en las tocas de la viudez, no volvió á usar perfumes ni galas. Se encerró en la soledad y guardó vigilante la lámpara encendida ante el altar de los recuerdos. Arca sagrada de los amores de Wágner, se inclinó hacia la tierra, esperando la hora de unirse al alma hermana, que marchó á la isla desconocida, con las armonías sublimes de Tristán esperando á su adorada Isolda.

La originalidad

Pocas cosas habrán hecho más daño á las mujeres que el deseo de distinguirse entre todas. No hablo de la *originalidad*, tormento del artista, que desea expresar algo no hecho ni sentido y llega á la extravagancia ó al escándalo. Nuestra esfera es más modesta: procuramos distinguirnos en el traje; pero el empeño no deja de ser peligroso. El afán de sobresalir, no sólo es causa de gastos extraordinarios, con todo su cortejo de apuros y disgustos, sino que llega á estropear el buen gusto y llega á la ridiculez.

Sin embargo, no se puede motejar el justo deseo de la originalidad que tiende á que se afirme la personalidad sin confundirse en lo vulgar de la multitud.

Se necesita un extraordinario tacto para poder lograrlo. No se distingue la mujer por adornos y vestidos recargados, ni por esas extravagancias de la falda-pantalón, los trajes ceñidos y las audacias de mal gusto.

La mujer elegante se distingue, sin salir de las líneas generales de la moda, por la sencillez y sobriedad, en la que siempre hay un detalle, un toque que la caracteriza. Lo principal para lograrlo es el ser consecuente.

Parece que consecuencia y moda son términos contradictorios, pero no es nada de eso. Dentro de todas las variaciones existe algo intrínseco, fundamental, que subsiste siempre. La mujer que no lo posea es inútil que se esfuerce; la que no lo tenga no necesita molestar; siempre dominará sobre todo y marcará su *toilette* con su sello particular. Se distingue con un detalle, con un encaje, con una flor. Sin apartarse de lo corriente se puede conservar la consecuencia del gusto propio; en el color, en las líneas, en la sobriedad ó en la ostentación, según el tipo de cada una. Lo que más sorprende es que las mujeres nos dejemos influir por nuestro gusto personal, tal vez pensando en la figura de la amiga que nos agrada, para no conocer lo que á nosotras nos conviene.

Hay veces que una linda morena estropea los tonos calientes de un limpio color lleno de frescura en feos tonos de albayalde; una bella pálida se pone colores de ladrillo; una dama de rostro redondo se ahueca el cabello para aumentar más la redondez; una de poca estatura coloca líneas verticales en sus vestidos, y una alta y delgada se coloca los grandes sombreros, mientras una gruesa adopta la pequeña gorrita. Parece que un demonio burlón se ríe detrás del espejo de nosotras recomendándonos todo lo que nos sienta mal.

Se necesita que las mujeres hagan un estudio de la linea y del color, dominando en ciertas ocasiones el impulso de su gusto personal para llevar lo que le convenga. Sólo así se consigue vestirse con arte, con verdadera elegancia, y sólo así se consigue la originalidad.

Leonardo de Vinci y su obra

Cuando parte de la estación del Quai d'Orsay el tren que ha de conducirnos á España queda aún vibrando en el aire el grito trágico de los vendedores de periódicos: «¡El robo de *La Gioconda*, del Louvre!»

Es la voz que ha conmovido á París entero, venciendo la indiferencia y la frivolidad, y repercute en todo el mundo, porque esa pintura maravillosa, donde vive el espíritu del gran maestro italiano, nos pertenecía á todos los amantes de la belleza, y nadie se resigna con la idea de no volver á encerrar en su abrazo aquella figura dulce y enigmática, serena é inquietante, sencilla y complicada á un tiempo mismo.

Leonardo de Vinci había encarnado en el alma de *Monna Lisa* su propia alma y el alma de su tiempo; el espíritu triste, ansioso, atormentado y especulativo de la Edad Media, que entenebrecía con dudas la marcha progresiva de la Humanidad. En la frente severa de *Monna Lisa* hay un pensamiento intraducible; en la célebre sonrisa que vaga en los divinos labios y se refleja en los ojos pensativos hay una melancolía de recuerdos y de ata-
vismos.

No es la sonrisa estereotipada de las Nikes griegas ni de las Orantes de la Acrópolis; es la misma sonrisa que he encontrado un día al detenerme frente á la catedral de Amiens en los labios de piedra de la *Virgen Dorada* (1), esa flor del arte gótico nacida en el Norte de Francia del tétrico espíritu de la Edad Media como uno de esos nenúfares rosa que con las raíces en el cieno sonríen al sol sobre la superficie serena del lago.

Para comprender á la Gioconda hay que conocer á Leonardo; es preciso contemplar la vida agitada, múltiple, prodigiosa, de este hombre genial para explicarse el sensualismo de la forma, que rompe la sequedad angulosa de los primitivos Cimabué y Giotto, los amaneramientos del misticismo del Beato Angélico y las durezas naturalistas de Duccio, Donatello y Masaccio con su blandura muelle y envolvente y el espíritu de sus concepciones.

Leonardo, como casi todos los grandes artistas de su tiempo, salió de la tienda del orfebre. Fué escultor, escritor, músico, arquitecto y hombre de ciencia, sobresaliendo en tan distintas materias. Vasari encabeza su biografía con estas líneas: «Verdaderamente admirable y celeste fué Leonardo, hijo de Ser Piero da Vinci (notario), y en la erudición y conocimientos literarios hubiera tenido grandes éxitos si no hubiese sido vario é inestable, porque se ponía á aprender muchas cosas que después abandonaba.»

Maravilla la múltiple actividad de su intelecto. Músico, arrancó á las cuerdas de su lira melodías extrañas, y en la corte de Ludovico Sforza, en Milán, venció á todos los trovadores con las armo-

(1) La imagen no está dorada, aunque lleva este nombre.

nías de su lira de plata, construida por él mismo, en forma de caballo, animal que tenía todas sus predilecciones.

Venció también en concursos de poesía con sus improvisaciones, y aun se guarda el siguiente soneto:

*Chi non puó quel che vuol, quel che puó voglia,
che quel che non si puó, folle e volere.*

*Adunque saggio l'uomo è da tenere,
che da quel che non puó suo voler toglia.*

*Pero che ogni diletto nostra e doglia
ita in si è no saper voler potere.*

Adunque que sol puó, che col dovere.

Ne trae la ragion fuor di sua soglia.

*Né sempre è da voler quel che l'uom pote;
spesso par dolce quel che torna amaro
piansi già quel ch'io volsi, poi ch'io l'ebbi.*

*Adunque tu, lettore di queste note,
s'a te vuoi esser buono e agli altri caro,
vogli sempre poter quel che tu debbi.*

Sus libros muestran la índole de sus aficiones y se relacionan íntimamente con su arte. Desde niño construía edificios con guijarros y modelaba cabezas de arcilla para dibujarlas después. Geómetra y matemático admirable, para quien la línea no tiene secretos, supo leer las estrofas de los músculos y los nervios bajo la piel, y estudió con deleite, como Cellini, la anatomía y la técnica, á la cual se deben los tratados que se guardan en los 13 volúmenes de la Biblioteca francesa, *Sobre el equilibrio del cuerpo, La luz y la sombra, Anatomía, Composición de un caballo*, etc.

Su genio potente llegó por intuición á raras afirmaciones científicas. Leonardo nos habla de la rotación de la Tierra treinta años antes de Copérnico; trata de aprovechar el vapor como fuerza motriz y resuelve problemas de óptica y de mecá-

nica. A él se le debe la idea de canalizar el Arno entre Pisa y Florencia.

Fué empleado por César Borgia como ingeniero, y cuando ofrece sus servicios al magnítico Médicis le dice, sólo como cosa accesoria:

—*Item*: ejecutaré en escultura y también en pintura cualquier trabajo al igual de quien pueda realizarlo mejor.

Su maestro en pintura fué Verrocchio; cautivado por la perfección de sus dibujos, bien pronto lo aventajó, de modo que un ángel pintado por Leonardo en el cuadro de su profesor eclipsó la pintura de éste.

La gloria acarició á Leonardo en su existencia; estaba dotado de una bondad y gracia que le atraía la simpatía de todos. Afable con los servidores, sencillo con los humildes, gustaba extraordinariamente de los animales, en especial de los caballos, y de las flores y los pájaros, dándoles la libertad á todos los que caían en sus manos.

«Mostró tanta divinidad en sus cosas, que en la prontitud, vivacidad, bondad y gracia nadie se le pudo comparar», dice Vasari.

Sus contemporáneos iban en peregrinación á su estudio y le aclamaban en la calle como á un dios. Fué cuando la gloria del gigante Miguel Angel, veintidós años más joven que él, empezó á compartir la suya cuando, disgustado de la frialdad del Pontífice, se marchó á París, cerca de Francisco I, en cuyos brazos murió atormentado por las dudas religiosas que amargaron sus últimos años por haberse dedicado á las ciencias ocultas.

Aquel mago del pincel buscó el oro de la alquimia. Creador de arte, quiso ser creador de vida, y sus biógrafos cuentan que construyó figuras de animales con voz y movimiento, que ponían

pavor en el ánimo de los que los contemplaron.

Una de las preocupaciones de Leonardo fué la de inventar pinturas y barnices permanentes, indestructibles. Tal vez esa misma preocupación perjudicó á su pintura con fórmulas que la ennegrecen y destruyen; tal vez obedecía á un presentimiento, porque con ningún artista como con Leonardo de Vinci ha sido cruel la suerte. Parece que una fatalidad nos arrebata todas sus obras.

No conocemos más que por menciones de críticos de su tiempo numerosos paisajes detallados con paciencia admirable y bácaros de flores «con agua móvil y perfume y color», que dedicó á Clemente VII. Se han perdido multitud de cabezas trasladadas del natural, que fueron el asombro de sus contemporáneos.

Nada queda del célebre caballo de bronce, que no llegó á terminarse, destinado á perpetuar la gloria de los Sforzas, y cuyo modelo en cera se consideró la obra más acabada del artista, en la que algunos suponen la intención de hacerlo tan perfecto que fuese irrealizable.

El palacio del duque de Milán, su obra de arquitectura, no existe; la maravillosa *Cena* en esta última capital, que Proudhon llama *la primera pintura del mundo*, está repintada y destruida. Taine nos cuenta cómo los monjes rompieron la figura del Salvador para que les llegase la comida caliente.

Hace poco se ha hablado de la desaparición de la *Magdalena* de la catedral de Burgos... Hoy se pierde *La Gioconda* del Louvre.

¡Qué pocos días hace que la he visto! Le habían puesto un cristal que no lograba disimular el resquebrajamiento creciente de la pintura.

Todo el seno maravilloso estaba descascarilla-

do como si la pintura reseca quisiera separarse del fondo.

Su traje verde, con mangas amarillas, había palidecido; la estrofa de sus manos adorables lucía sobre el plegado de su corpiño. ¡Oh! ¡Las manos de la Gioconda! ¡Las manos de ensueño, de dedos cónicos, de uñas de rosa; las manos divinas, que sonríen como los labios y piensan como la frente; las manos melancólicas como los ojos y puras como el óvalo de su rostro perfecto!

El velo transparente oculta apenas los negros bucles que caen en torno de los hombros y el cuello; los ojos, de sombra, miran hacia la derecha las lejanías de un paisaje como el que se extiende á sus espaldas, un paisaje de arroyos tortuosos, de lagos serenos, de planicies con rocas al fondo. Allí está el espíritu de Leonardo. Basta verlo para no dudar de que esa pintura es el auténtico retrato de Monna Lisa Cherardini, tercera mujer de Francisco del Giacondo, en cuyo retrato se dice que gastó cuatro años el pintor, enamorado de su belleza, rodeándola de músicas y perfumes para obtener su expresión de plácido abandono.

Jacinto Benavente, con la magia de su pluma, nos dió la bella leyenda del pajecillo que sustituyó á la hermosa para que el pintor terminase su obra inimitable, de la cual tenemos la magnífica copia del museo del Prado y la no menos bella de *La Gioconda*, vertida del museo de San Petersburgo, que algunos críticos apuntan pudiera ser de Andrea del Sarto ó del aventajado discípulo de Leonardo Luini ó de la multitud de pintores que siguen su escuela y los preceptos del *Trattato della Pittura*, y entre los cuales figura, en parte, Correggio.

La Gioconda desaparecida estuvo primero en Fontainebleau, luego en Versalles; después de la

Revolución fué trasladada al Louvre, del que constitua el mejor ornato.

Quedan aún en aquel museo, auténticos del maestro florentino, un bello *San Juan Bautista*, *La Virgen*, *El Niño Jesús y Santa Ana*, *La Virgen de las Rosas* y la hermana menor de *Monna Lisa* en belleza, *Lucrecia Crivelli*, dicha la *Ferronnière*.

Pero con *La Gioconda* desaparece el alma de Leonardo de Vinci, que

*Vince costui pur solo
tutti altri, e vince Fidia e vince Apelle,
e tutto il lor vittorioso stuolo.*

Teresa

(Con este artículo apareció el primer retrato que de Teresa conoció el público. Da melancolía el que no entre en el libro toda la ilustración necesaria, salvo en algún caso. En los ojos de esta Teresa había un dominio de ellos, peligroso como el de las águilas, sometedor y capcioso, de una lanzada larga y atravesada.)

Su figura pasa envuelta en la suave onda de romanticismo que rodea á las amadas de los grandes poetas. Del mismo modo que no se puede recordar á Dante sin evocar á Beatriz, á Petrarca sin Laura, al Tasso sin Eleonora, es imposible que surja el recuerdo de Espronceda separado del nombre de Teresa; porque al lado de los grandes artistas palidece siempre el derecho de legitimidad, y las mujeres envueltas en su gloria son las mujeres amadas, aquellas en las cuales encarnó su alma, las que fueron fuentes de su inspiración, madres de su genio.

¡Teresa! Dulce niña que esparce sobre la juventud del poeta un reflejo de ópalo, que aparece como un hada benéfica á las orillas del Tajo para depositar los primeros gérmenes de ternura en su corazón. Teresa es en este tiempo semejante á la condesa Matilde, en cuyo regazo bebió paz y dulzura el atormentado bardo inglés, el genial Byron.

Y después de esta aurora suave y romántica, Teresa se aleja, desaparece, para que el bardo es-

pañol pruebe la amargura de la soledad y de la sombra.

Al volver á aparecer en la vida de Espronceda, la rosa se ha convertido en amapola de carne, el ángel es mujer, el ópalo se tornó zafiro, y la aurora nacarada de sus reflejos son ahora llamaradas de incendio.

Pasan unidos en un torbellino de pasión, de pasión agrandada por sus imaginaciones de artistas, de goces extrahumanos, de amarguras morbosas, de dolores agudísimos, de toda esa divina locura que enciende en luz el cerebro y hace estallar los atormentados nervios.

¿Fué culpa de Teresa ó de Espronceda el trágico final de esta leyenda de amor?

No debemos discutirlo; sus actos no pueden caer bajo el análisis vulgar de los no escogidos; sus sentimientos y su moral no pueden ajustarse al patrón vulgar de nuestra moral burguesa y de nuestros sentimientos, sometidos á los convencionalismos de la sociedad. Hay que inclinarse ante ellos con respeto. Eran artistas.

Cuando el corazón de Espronceda se rompe de dolor ante aquella reja de la calle de Santa Isabel, detrás de la cual, en su abandonado féretro, reposaba el cuerpo que vibró de amor entre sus brazos, resuenan como divinas armonías, no escuchadas aún por oídos humanos, las primeras notas del inmortal *Canto á Teresa*.

Después, toda la poesía que resta á la vida de Espronceda es el recuerdo de esta mujer; fué ella su alma, su inspiración, su ingenio; la encontramos en toda su obra, en sus cantos de ternura:

Pescadorcita mía,
desciende á la ribera.

En sus tipos de idealidad:

Bella y más pura que el azul de cielo.

En su desesperación final y en aquel lamento *A Jarifa*, grito supremo del perdido amor, de la vida deshecha.

Espronceda murió á tiempo; había terminado su obra; no le quedaba nada que hacer después del sublime *Canto á Teresa*.

Es el único grito de pasión que hay en toda la literatura española.

Descripciones de fuego, exageraciones del sentimiento, representaciones cerebrales de la más alta concepción del amor, eso lo encontraremos con frecuencia. Amor sentido, un alma que se retuerce, un corazón despedazado, sangre y nervios, no existen más que en esas cuantas estrofas que encierran toda la síntesis de la vida y del talento de Espronceda.

Sí; Espronceda murió á tiempo. Unos cuantos años más, y el gran poeta sería un vulgar político, casado, metódico, olvidado de Teresa ú ocultando sus recuerdos ante las exigencias de una unión legítima para la sociedad, ilegal para el arte.

La muerte fué oportuna esta vez. Espronceda murió en el momento mismo que acababa su vida de artista; cayó envuelto en su manto de gloria, rodeado de la aureola romántica de sus amores; por eso vivirá eternamente.

He visto un retrato de Teresa en casa de su nieta la señora de Martos; estaba rodeado del de su hija, del de su nieta, del de sus biznietas, como la fundadora de una dinastía de mujeres hermosas.

Yo aparté la atención de todas esas bellezas; la hija de Espronceda y Teresa, hermosa y soñadora

como hija del amor y del genio, lleva en su frente melancólica todo el sello de idealidad y de tristeza que nimbó su cuna, en sus ojos dulces y trágicos el reflejo luminoso de una patria perdida; sus creadores fueron dioses que formaron una mujer, y la marca de su dinastía gloriosa se extiende á sus descendientes.

Me fijé sólo en Teresa; ese retrato es de la época de su vida en que ya marcaron en su semblante una triste huella las amarguras.

Con el negro cabello peinado en grandes bucles, airosa la gentil cabeza sobre un cuello nervioso y algo demacrado, correcta la nariz, débil la barbillia, un poco delgado el rostro, envuelta toda la figura en un blanco velo de gasa; tenía la frente ancha, quizás con exceso, atormentada por íntimas tempestades; en sus ojos, claros y profundos, brillan reflejos de tragedia; en sus labios, finos y delgados, marcó el dolor su peculiar sonrisa.

Parece una Niobe dulcemente resignada; es hermosa, delicada, frágil, quebradiza, como flor de almendro temprana.

De mi alma se elevaba una oración. Aquella mujer sufrió y amó; hizo amar é hizo sufrir. El amor y el sufrimiento impulsaron al genio de su amante, que una mujer vulgar hubiese ahogado, porque para crear son precisos los dolores que desgarran las entrañas.

¡Teresa! ¡Bienaventurada! Ella vivió la vida completa, engendró en su amor hijos hermosos y dió vida al genio de un poeta. Todas las generaciones habrán de rendirle admiración, porque supo sufrir y amar, porque hizo amar é hizo sufrir.

La belleza del gesto

Estudiar los ademanes y las actitudes paréce-nos cosa propia de las artistas que ante el público que llena un teatro hayan de presentarse; pero las mujeres no hemos de olvidar que es preciso ser siempre artistas, artistas en todos los momentos, y el público más numeroso no importa tanto como importa ganar á uno solo de entre todos los que nos rodean. El ademán tiene un encanto especial en la mujer; no bastan sólo la belleza y la elegan-cia, se necesita esa distinción de los movimientos, de las actitudes, que constituye el *chic*, el aroma sutil en que debe envolverse la mujer para llegar á la fascinación, y que es obra más del arte que de la Naturaleza.

En Francia, la duquesa de Marne, que no era bella, logró alcanzar gran fama y celebridad por su modo de subir y bajar del coche y por su gracia al entrar en los paleos. En Nueva York existen es-cuelas de belleza en las que se dan lecciones para adquirir la elegancia de los gestos al hablar, al sentarse y al pasear. Es un curso del estudio de las actitudes.

No quiere esto decir que la mujer adquiera un aspecto teatral, falso y decorativo, con actitudes forzadas ó con afección y amaneramiento; se trata

sólo de no caer en descuidos y abandonos que disminuyan su gracia habitual.

La moda influye mucho en la actitud de la mujer. Existe entre todas las cosas una coordinación cuya influencia se siente aún sin darnos cuenta de ella. No es lo mismo un sombrero que otro, ni resulta indiferente la tela, los adornos y la forma del traje para rimar con los ademanes. La dama recargada de brocados de la Edad Media debía tener algo de pesado y solemne en sus movimientos; las señoras de la corte de Isabel de Baviera necesitaban una gravedad aristocrática para rimar con sus *henines* y sus velos; los graciosos trajes del imperio se prestan á las languideces románticas; los vestidos de *foulard*, de ramos y menudos volantes, armonizan con los movimientos vivos, ligeros y graciosos. No han de perderse nunca de vista los mil escorzos que pueden resultar de cualquier actitud en determinados momentos.

Subir de prisa una escalera ó bajar con precipitación de un coche con la falda estrecha resulta tan desairado como encantador con una ancha falda de paños flotantes. Una vuelta rápida con un traje corto es desagradable, y bellísima cuando la cola larga nos envuelve. La cabeza no puede moverse lo mismo con un gran sombrero de anchas alas que con una linda y coqueta gorrita. ¿A qué ademanes obliga la silueta moderna? Ante todo hay que tener presente que, aparte el eclecticismo de la moda, por regla general las mujeres tenemos dos siluetas actualmente: la de calle y la de *soirée*. Para la calle nuestros vestidos son estrechos, sin ser ceñidos; nos envuelven largos abrigos de grandes cuellos, pesadas pieles y enormes manguitos, un cómodo calzado americano, un sombrero de empenachadas plumas ó una linda gorrita menuda.

Para *soirée*, el vestido es amplio, de flotantes gasas, larga cola enrollada y un peinado semigriego, semibizantino, de un delicioso efecto.

Ambas siluetas requieren en la armonía de los movimientos algo acompasado y lento, sin llegar á la pesadez; tan lejos de las languideces románticas como de los aturdimientos de las ingenuas de *vau-deville*.

La calma, la gracia, la dignidad, en una suprema armonía de líneas, sin caer en lo afectado y dejándole libre curso á la inspiración de cada una y á su propia modalidad, constituyen el arte que más interesa á la mujer, el que la hace más amable y distinguida.

El encanto supremo que no se olvida jamás reside en los ademanes y en el gesto.

Cristo en la cruz

El héroe de la grandiosa epopeya cristiana, el Verbo, que encarna en las entrañas de la Virgen, y sella con su sangre, desde la cumbre del Gólgota, la admirable doctrina de paz, amor é igualdad, ha servido en todos los siglos de tema inagotable á los pensadores y á los artistas.

Se debe quizás esto en gran parte á que Cristo hermana con una idea poética del paisaje, con una pictórica y caliente idea de los colores y del cuadro. Y con una escultórica y relevante idea de la plástica humana, anatómica, expresiva, desgaradora. Es que triunfa en el mundo, con un ritmo muy humano, muy entonado y muy pintoresco, lleno de inspiración lírica y de fondo dramático, el fondo dramático que desea sobre todas las cosas el arte.

La idea cristiana ahoga el arte del mundo antiguo, y crea un arte nuevo, severo y en completa consonancia con su concepción religiosa.

La música, la arquitectura, la pintura, la escultura y la poesía, siguen nuevos derroteros bajo la influencia del cristianismo.

Surgen esos templos grandes, elevados, ligeros, que parecen querer llegar al cielo con sus esbeltas y rectas líneas, realizando el ideal cristiano. Den-

tro de sus naves resuena la música espartana, grave y majestuosa; y el incensario lanza sus perfumes entre nubes de un humo blanquecino, que vela las imágenes y parece alzar en sus espirales el eco de las oraciones de los creyentes.

Filósofos, escritores, pintores, escultores y poetas, pónense al servicio de la religión, y los libros, los lienzos y las estatuas, representan, describen y discuten todos los pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Pero lo que presta mayor inspiración á los artistas son las figuras de Jesús y de María.

Los artistas griegos sentían predilección por la hermosa Venus, la fuerte Minerva y el bello Apolo.

Los artistas cristianos encarnan en María y en Jesús la pureza, la majestad, el amor y los dolores, y su inspiración los representa en mil diversas formas.

Las imágenes de Cristo y de María se multiplicaron, y como si la humanidad hubiera sentido un consuelo en sus dolores llorándolos á los pies de un Dios que los había padecido, la Dolorosa y el Crucificado fueron las representaciones que más abundaron en los templos.

Merece, sin embargo, notarse que la imagen de Cristo en la cruz no se encuentra en documento alguno hasta la segunda mitad del siglo VIII.

Es preciso confesar que las esculturas del arte cristiano son artísticamente inferiores á las que nos ha legado Grecia.

Las actitudes estables, de perfecto reposo, tranquilas y majestuosas de las estatuas griegas empezaron á desaparecer cuando se pretendió darles mayor vida, expresando con las contracciones de los músculos la agitación de un dolor ó una violencia pasional.

En la estatuaria de la *buena época* de Atenas la vida resulta del conjunto, y bajo las vestiduras que se ciñen al cuerpo, sin amaneramiento, parece que se ve palpitar la carne viva, que ha delineado con tanto amor el cincel del artista.

Pero cuando pretendiendo un adelanto se quiere dar á las figuras una expresión de realidad, cuando los ropajes se pliegan artificiosamente y se sustituye la línea elegante y sencilla del bajorrelieve por los relieves carnosos que nos presentan figuras en segundo y tercer término, la estatuaria decae de un modo que no basta á salvar la grandeza del asunto.

En el siglo VIII las representaciones que nos dan de Cristo en la cruz todas las artes plásticas, lo hacen aparecer con los brazos muy extendidos, los cabellos largos, la cabeza levantada, la corona de espinas rodeando las sienes y una amplia túnica que le llega hasta los pies. Ejemplo de esta clase de representación nos da el Cristo de Candas.

En el siglo X la túnica se acorta, llegándole sólo hasta las rodillas, y la cabeza se inclina melancólicamente, como puede verse en la imagen del Santo Cristo que se venera en nuestra gótica catedral de Burgos, y que presenta la particularidad de tener bajo sus plantas tres huevos de avestruz, ofrenda cuyo origen ignora la historia y no se ha atrevido á inventar la leyenda.

En los siglos XI y XII se acentúa la nota patética y se hace al Cristo más demacrado; se le marcan los cardenales, las costillas y las heridas; la cabellera revuelta y enmarañada aumenta, la barba se alarga, se aborrasca, y la corona de espinas adquiere un tamaño mayor.

En vez de falda, una sencilla banda de tela rodea el cuerpo del Cristo, de la manera que puede

verse en el célebre Cristo de Montañés, que se venera en Sevilla; en el Cristo de la Seo y en el *Santo Cristo de los Guardias* que existe en la parroquia de San Sebastián de Madrid.

Durante los siglos XIII y XIV parece que el Cristo se desprende de la cruz, y de sus heridas y de sus manos se hace chorrear la sangre en abundancia.

Del siglo XVI es la imagen del Cristo de Lepanto que se venera en la catedral de Barcelona, y que, según refiere la tradición, iba enhiesta en la proa de la galera capitana el día del célebre combate.

La ropilla de esta imagen difiere de las demás que dejamos apuntadas; lleva sólo una banda artísticamente recogida en la cintura y rodeada de una franja.

Hay que notar que las imágenes que cito no son todas de los siglos indicados. En dichas fechas aparecieron las *maneras* diferentes, que mezcladas subsisten hasta nuestros días, tanto en la pintura como en la escultura.

De intento he dejado de hablar de la expresión de las imágenes de Cristo. ¡Hay tan pocos artistas que hayan podido adivinarla para hacerla inmortal en su obra!

Cristos expirando, con el semblante plácido; Cristos con el rostro tranquilo, durmiendo, como el Salvador de Valencia; Cristos sombríos, con la faz torva, ó Cristos que nos obligan á apartar los ojos con miedo de sus violentas y dolorosas contracciones, son los que por desgracia abundan.

Por eso yo admiro entre todos los lienzos y esculturas el genial Cristo de nuestro incomparable Velázquez.

Sobre ese lienzo maravilloso, de cuyo valiente

fondo se destaca el Cristo pendiente de la cruz, hay que admirar, más que los tintes y los cálidos colores fundidos por el pintor en su privilegiada paleta, más que los efectos de luz y más que los primores del dibujo, la expresión inimitable del rostro.

Creo que no se encontrará nada semejante.

Aquella figura revela un dolor profundo en sus facciones, pero es un dolor inmaterial, el dolor que debió sentir el Dios hombre ante el mayor crimen humano: la ingratitud.

No de otro modo puede, sin empequeñecersele, considerarse el dolor de un Dios. En aquel ser perfecto no caben las contorsiones del dolor físico, no cabe más que el dolor compasivo hacia la humanidad, que no quiere la redención y derrama sangre de hermanos.

Su dolor está en consonancia con aquellas sublimes palabras de perdón que salen de sus moribundos labios, implorando la misericordia para los culpables.

Admirando ese soberbio cuadro, se cree que una inspiración sobrehumana delineó en el lienzo de Velázquez la expresión verdadera del Redentor.

Así, en estos días de Semana Santa, cuando la humanidad atemorizada por sus culpas acude á los templos, yo no olvido ir también al templo del Arte.

Allí, ante aquella imagen, no siento miedo ni temor; mi alma se abre á la esperanza, y creo firmemente en que no está lejos el día en que la humanidad huya de los errores y de la fuerza cautivada por el arte, el amor y la verdad, cumpliendo entonces el último sublime mandato del Mártir: «Amaos los unos á los otros.»

La viuda de Zorrilla

Parece que por un efecto de óptica Zorrilla está más lejos de nosotros de lo que realmente se halla. Su *Don Juan*, sus leyendas de imágenes y conven-
tos, sus poemas de las viejas calles, parecen ya
venidos de una época lejana, lo menos de dos ó
tres siglos antes de nosotros. Del mismo modo que
hay una literatura que se adelanta á nuestro tiem-
po, hay una literatura no menos clarividente que
va á la zaga de nuestro tiempo. Por eso Zorrilla se
quedó tan lejano de nosotros cuando está reciente
aún su apoteosis y cuando la viuda del poeta sigue
aún encendiendo el fuego de su hogar.

Quise ver á la viuda de Zorrilla, con ese res-
peto que profeso á las mujeres-relicquias, monu-
mentos vivos de un pasado glorioso, que nos pro-
dujo un momento de emoción y de ensueño en esa
época ingenua de las grandes admiraciones.

Subí commovida la estrecha y vieja escalera del
tercer piso y me detuve ante la modesta puertecita
en cuya madera campea un letrero que dice con
sencillez: «Colegio». Saboreaba toda la modestia
de la situación de la mujer que iba á buscar allí y
que había sido la compañera de uno de los poetas
más grandes de la España moderna; poeta inge-

nuo, romántico, inspirado, soñador y bueno; desinteresado, leal, desbordante; un verdadero poeta en su sensibilidad, sin academismos, con honradez; de los que experimentan la emoción de lo que escriben, no de los que sienten la emoción de los que han de leer sus falsedades; el poeta que recogió las leyendas más hondas de la raza, esas leyendas obscuras, venaje de minas patrias, que salvan al acaso los poetas.

Senti un impulso de cariño hacia la dama, que me recibió en la modesta salita, de antiguo y clásico corte clase media de últimos del pasado siglo. Una dama que conserva á sus setenta y tantos años restos de una gran belleza. Aspecto de dama linajuda, distinguida, que guarda el satinado de la piel, muy blanca, y el reposo de los modales y la conversación. La esposa del poeta ha sido una mujer hermosísima, de un tipo español castizo, una aragonesa de las que en nuestro más gráfico lenguaje se apellida *una buena moza*.

Muy afable y asequible se presta á la amistosa conversación, en la que yo pretendo, con poca piedad á veces, desentrañar en sus más íntimos recuerdos.

—Conservo poca memoria—me dice—. Yo estaba tan grave cuando Pepe murió, que pensaban que iba á seguirle á la tumba... después he estado tres años ciega... Ahora este temblor nervioso no me deja...

—¿...?

—Si, sí; el recuerdo de él no me abandona un momento... procuraré darle á usted detalles...

—¿...?

—¿Vida retrospectiva? El me contaba su vida en nuestras horas de placidez... He olvidado muchos detalles. La infancia de mi marido fué muy triste...

su padre era un hombre de hierro... policía de Fernando VII; quería que Pepe fuese carlista, y él, con otro espíritu y otros ideales, no pudo soportar la atmósfera de su casa y escapó de ella en un carrromato de gitanos... Después... me contaba cosas muy pintorescas... Vivía en una buhardilla de la plaza del Celenque con unos cesteros... fué en el tiempo en que escribió su poesía á Larra... Entonces, un noble personaje fué á buscarlo y se lo llevó á su casa, desde donde escribió solicitando el perdón de su padre. Cuando Pepe lo supo sintió tal pánico, que huyó de casa del duque para refugiarse en otra pobre buhardilla, donde las penalidades y el hambre le hicieron caer enfermo... Su padre no le perdonó nunca... mandó que arrojasen sus huesos á la fosa común para no recibir ni las oraciones de su hijo junto á la sepultura...

Se detiene entristecida por el recuerdo del dolor de su esposo ante aquella salvaje venganza póstuma, y yo recuerdo también haber saboreado aquel dolor en las estrofas menos sabidas del poeta, cuando en una amarga queja dice:

...Hasta privarme intentabas
del cariño maternal.

Dios no te lo permitió,
mi madre á Dios por su hijo
pidió y lloró y me bendijo
y me amó y me perdonó.

Mi madre en mi mano deja,
por tú no cuidarte de ellos,
de sus queridos cabellos
una perdida gudeja.

Y hoy dos que á mi madre amamos
sus cabellos repartimos
y los dos la bendecimos
y los dos por ti rogamos.
¡He aquí lo que pido á Dios!
¡Que nunca ver-te permita

la desventura infinita
que has dejado de ti en pos!

Por mí, padre, bien has hecho,
yo me avengo á tal castigo;
Dios para hacer tal cómigo
te acuerde cual yo el derecho.

Y luego el grito supremo de desesperación:

¡Oh, política maldita,
cuya ciega fe insensata
el amor del padre mata
y á los hijos se lo quita!
¡Maldita sea en la tierra
la política opinión
que echa á Dios del corazón
y á los hijos se lo cierra!

**Y la valentía con que añade que si alguna vez
le arrastrara un partido político**

No sería el de que mi padre fué.

Y la amargura de aquella estrofa del cementerio de Valladolid:

Mis padres yacen aquí;
antes de volver al mar
voy en su sepulcro á orar
por si el mar me traga á mí.

Y ante la revelación brutal del sepulturero:

Sus huesos ha remachado
tantas veces mi azadón,
que Dios sólo en el montón
sabe ya cuyos han sido.

**Prorrumpé en la invectiva, en que envuelve á
la patria toda:**

Villa en que heredar debí
casa y finca solariegas
y que hasta el polvo me niegas
del barro de que naci.

Tal vez más que por su genio, yo lo amé por su dolor, por su herida, por su queja:

Mejor que en mesas reales
y en mesas de emperadores,
comíera yo en tus cabañas,
¡oh, madre de mis entrañas!
pan tuyo con tus pastores.

La viuda de Zorrilla reanuda su relato:

—En la misma casa en que vivía Zorrilla habitaba una señora viuda, riquísima, que tenía un hijo mayor que Pepe. Subió llena de piedad á cuidar al poeta enfermo... y se casó con él. El matrimonio no fué dichoso. Ella era celosa... Zorrilla tenía el genio fuerte, á pesar de su bondad. Estaba sereno, contento y se enfurecía de pronto... pero en seguida conocía su error. Algunas veces venía á decirme: «Perdóname. Ya sé que no tengo razón de enfadarme. Cuando la tengo, no me enfurezco.» Y así era, en efecto; en los momentos graves permanecía ecuánime, severo; bondadoso, como él era... Sin duda, con su primera esposa no se entendía tan bien, y á los dos años de casado se separaron y se marchó á París... Yo la conocí á ella un día en el teatro del Príncipe. Doña Florita era una mujer hermosísima, á pesar de sus años; una belleza excepcional. Muy distinguida, amiga íntima de la emperatriz Eugenia. No tenía más defecto que su mal gusto en el vestir. Siempre de colores claros, sobrecargada de adornos de un modo ridículo. Un día la reina Isabel II escribió á Zorrilla anunciándole que le enviaba á su mujer para que se reuniese con ella... Zorrilla escapó á Méjico antes de que llegase el regalo.

—¿...?

—Sí; en Méjico fué el amigo íntimo de Maximi-

liano, al que profesaba entrañable cariño. Volvió á Europa después de muerto su padre y doña Florita para arreglar sus asuntos y volver al lado del emperador. Fué cuando yo lo conocí. Me dedicó un libro que no me entregó y en cuya primera página decía: «A Juana Pacheco, que será mi mujer», ¡y aun no me había dicho una palabra de amor! Despues me lo dió, siendo novios, con una quintilla en la última página, en la que decía que si algún día llegaba á leer hasta la última línea, entonces podría decirle qué pensaba de él.

—¿Qué libro era?

—*Un drama del alma*, sobre Méjico y Maximiliano. Es un libro agotado...

Y yo recordé aquel libro, tan amado en los días de mi infancia, que me hizo amar á Maximiliano y buscar á Carlota en su abandonado castillo de Bruselas.

—Zorrilla iba á embarcarse para Méjico—prosiguió doña Juana—cuando recibió una carta del emperador... «No vengas: voy á abdicar y nos veremos en Miramar.» La noticia de su fusilamiento sobrecogió á mi marido. Lloró á Maximiliano como á un padre, y hasta su muerte ha llevado luto por él.

—¿Y ese libro, esas cartas?—pregunté ansiosa.

—No conservo nada. Muerto él, enferma yo, todo se ha perdido. Me robaron hasta el testamento. Sus coronas y su despacho los mandé al Museo de Valladolid... no me queda nada... ni nada me era preciso para su recuerdo...

Trabajosamente se levanta y me trae unos retratos de Maximiliano. Esas fotografías antiguas, pequeñas, aun siendo de grandes reyes, amarillentas, tan commovedoras. Me muestra al emperador con su semblante noble y sus ojos honrados, tris-

tes, profundos... Es una fisonomía de esas que están marcadas por el sello excepcional de los elegidos. Me parece escuchar en su boca aquel último encargo que Zorrilla expresó en sus versos:

Si ves á Carlota, di que muero
cristiano, emperador y caballero.

Y comprendí el dolor del poeta y sus invectivas á Francia y á la ciudad regicida, la verdad de sus maldiciones y de su invocación:

Haz que en América sea mi acento
rugido de león calenturiento.

Después la viuda me enseña los retratos de la familia real de España. Hay uno de Alfonso XII con esta dedicatoria: «Al gran poeta don José Zorrilla, con admiración por su obra y su desinterés personal.»

El de la reina Cristina lleva la fecha de su casamiento y sus frases se han borrado sobre el papel fotográfico. El de la infanta Eulalia la representa casi niña; mucho menos bella y elegante que ahora que es parisién.

Doña Juana me enseña un retrato de ella. Está joven y elegantísima.

—Me lo hicieron en Italia—me dijo—. Nos casamos al año siguiente de la muerte de Maximiliano, y mi marido tenía la pasión de los viajes. Siempre estábamos con el equipaje al hombro. La luna de miel la pasamos en Italia.

—¿Fué usted feliz?

La viuda medita un poco.

—Mi marido fué más bien un padre que un marido para mí. Tenía treinta años más que yo. Cuando nos íbamos á casar todo el mundo se oponía; me

hablaban mal de él; me decían que sería celoso; que me esclavizaría... No hice caso, sugestionada por su gloria... y no tuve de qué arrepentirme... jamás coartó mi libertad; fui muy dichosa... pero era galante... las mujeres lo buscaban mucho... en Italia me lo disputaban...

No pude menos de sonreír maliciosamente, recordando aquella frase del *Tenorio*:

Salté á Italia, buen país...

y para disimular mi sonrisa le dije:

—¡No es extraño, señora! Ya ve usted; yo misma aun vengo buscándolo...

—Pero usted busca al poeta—me respondió con viveza juvenil—; su sentimiento se purifica más en la muerte... Antes... yo no podía separar en mi amor al poeta del hombre.

Se vuelve á levantar y me trae retratos de su esposo, en grupos con damas, que ostentan peinados y trajes antiquísimos, en los que está él como recién casado con ellas.

—Mire usted, esta es la duquesa de... esta la marquesa... la actriz... la... ¡Todas se desvivían por retratarse á su lado! ¡Lo que yo no pude conseguir jamás!

Esta frase me llena de respeto. Veo la psicología del poeta anciano que temía aparecer cerca de la esposa juvenil y que dejó, quizás sin sospecharlo, una eterna amargura detrás de él.

—Yo quisiera un retrato de usted de ahora, le enviaría el fotógrafo si me lo permitiese...

—No; yo no debo retratarme ya—me contesta con una entereza en la que alienta toda la coquetería de una belleza perdida y que hace inútil insistir.

Tenemos una pausa penosa.

—¿Cómo escribía su esposo?...

—No tenía ninguna hora señalada; a todas horas y con perfecto equilibrio. Se guiaba por la inspiración y dejaba mucha labor sin corregir. Así es que quedaron a su muerte muchos legajos inéditos sin acabar. Los tiene un amigo suyo que no se ha atrevido a ordenarlos aún.

Con timidez abordo un nuevo tema:

—¿Su situación económica?

La viuda me cuenta que su esposo no dejó ninguna fortuna y con sencillez entra en detalles de su vida. Ha tenido la candidez de reconocer deudas de la juventud de su marido y de no defender indiscutibles derechos ante los tribunales. Se queja con amargura de las sociedades literarias que se llevan el producto de las obras de su marido.

—Ya ve usted—me dice—, a mí sólo me pertenecen los derechos de las que se representen en el extranjero, y únicamente cobro las de América del Sur; porque dicen que Cuba y Filipinas no son del extranjero ¡aún!...

De este modo la viuda de Zorrilla no puede vivir ni del fruto del trabajo de su marido ni del recuerdo que la patria le consagra. Sólo los reyes han honrado la memoria del poeta, pasándole a ella la pensión de 3.000 pesetas que le tenían concedida.

—La reina Cristina me escribió dándome el permiso y anunciándome este favor—me dice.

Comprendo que me debo despedir, pero no me resigno.

—¿Y esos papeles, esos retratos, esas cartas perdidas?—digo angustiada.

—Es imposible hallarlos—repite doña Juana—. Algo, muy poco, debe quedar en los baúles, cerra-

dos después de su muerte, y que yo no he visto con mi ceguera y mi enfermedad.

—¡Si yo pudiese verlos!—murmuro en voz baja.

Doña Juana me escucha y me promete buscar en ellos á mi regreso.

Y me marcho encantada de haber conseguido la evocación viva y algo inverosímil en esta hora, de un poeta lejano y entero, lleno de una lírica tan heroica, esperando el dia de volver á buscar en los baúles, que bajarán de la buhardilla, con la ansiedad de los coleccionistas que hallan un cuadro del Greco ó de Goya en la salita cerrada y casi sin luz de una casa burguesa.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	V
AUTOBIOGRAFÍA	VII
Misión suprema.	15
Miniaturas de la moda.	19
La vuelta á Goya.	22
Tema delicado.	25
Amor de emperatriz y odio de emperador.	28
Oyendo á la infanta Eulalia.	32
Las porcelanas.	38
Las mujeres y la literatura.	40
Las fumadoras.	46
Las españolas en América.	49
Los españoles en París.	52
El Ministro de la moda.	56
Los brazos de las Venus.	59
Engaños de información.	64
La elegancia de las manos.	68
Esposas de presidentes.	71
Cincuenta años de teatro.	77
Mujer fuerte.	81
Las encantadoras.	84
Sin acuerdo.	87
Beethoven y las mujeres.	91
Colombine y Pierrot.	95
La popularidad femenina.	100
La ladrona (cuento).	104
Las admiradoras de Rousseau.	110
Las mujeres de Sudermann.	113
El feminismo de Benot.	116
Las periodistas... de la Puerta del Sol.	119

	<u>Págs.</u>
Mad. Catulle Mendés.	123
El Napoleón inédito.	128
La danza del oso.	130
Contrastes	133
Las mujeres de Maeterlinck.	136
Hablando con Georgette Leblanc.	139
La influencia persa.	144
Cuestión internacional.	147
Inconsecuencias de la gloria.	151
Presentimiento de muerte.	154
Danzas de arte.	158
Leyendas y tesoros..	162
El 3.330.	166
Los nuevos bailes rusos.	169
Grandes coquetas.	172
Trouville y Deauville.	175
La elegía de las faldas..	178
Desde Melilla..	181
¡Guerra á la guerra!	200
Por los israelitas.	206
Los árbitros de la moda.	210
Los cuadros del Greco..	213
En el último capítulo.	219
Catalina Sforza y sus recetas.	223
La ciudad de los Cristos.	226
Las mujeres en la vida de Jesús.	230
La hermosafea.	236
Jorge Sand.	239
La viuda de Wágner.	243
La originalidad.	246
Leonardo de Vinci y su obra.	248
Teresa.	255
La belleza del gesto.	259
Cristo en la cruz.	262
La viuda de Zorrilla.	267

